



E125
.N9
M3

ca, Alvar,
- Disc. +
Argentine
I. Title.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

E125
.N9
M3

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00018075690



LOS MARTIRIOS DE ALVAR NÚÑEZ

3AD
E125
. N9
M3
LOS MARTIROS

DE

ALVAR NÚÑEZ

ESCENAS HISTÓRICAS DE LA CONQUISTA DEL PLATA

POR

ALFREDO OPISSO



MICROFILMED BY THE UNC
LIBRARY PHOTOGRAPHIC SERVICE

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.

Sucursal.—Calle Espoz y Mina 15
MADRID



Maucci Hermanos.—Cuyo 1070
BUENOS AIRES

Es propiedad de la
CASA EDITORIAL MAUCCI
de Barcelona



LOS MARTIRIOS DE ALVAR NÚÑEZ

I

La partida

Era el día 2 de Noviembre de 1540.

Las campanas de la ciudad de Cádiz tocaban á muerto, y las gentes con el semblante contrito dirigíanse á las iglesias á rezar por las almas del Purgatorio. Las calles aparecían desiertas, pero habíase reunido en la playa algún gentío, deseoso de presenciar la partida de la flota que, al mando de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador, Capitán General del Río de la Plata, con título de adelantado, según capitulación hecha con la sacra cesárea majestad del emperador Carlos V, debía ir en socorro de los supervivientes de la fatal expedición que acaudillara años antes D. Pedro de Mendoza.

Componíanse los grupos que se hallaban estacionados en la ribera, de viejos marinos, veteranos de las guerras de Alemania y de Italia, algunos clérigos y frailes y varias mujeres, madres hijas ó amadas de los expedicionarios.

Veíanse balancearse sobre el mar, asaz picado y

de sombrío color, bajo el cielo nebuloso, dos naos y una corbeta, bastante grande una de las primeras. Iban á bordo, además de los pilotos y marineros, cuatrocientos soldados, magníficamente aderezados, todos ellos con armas dobladas, y nada faltaba de cuanto fuera menester.

—Mal día ha escogido el señor Alvar Núñez para hacerse á la mar—decía un fraile capuchino:—no me embarcaría yo con él.

—Y muchísimo menos en compañía del capitán Gonzalo de Mendoza, á quien siempre ha de sobrevenirle alguna gran desgracia en tal día,—arguyó un anciano fraile de la Merced.

—Dispensen usencias—replicó un viejo piloto,—pero todos los días son buenos ó son malos para irse á jugar el pellejo; además de que, cuando el señor Alvar Núñez está vivo, ya es difícil que pueda morirse nunca. Recuerdo como si fuera ayer, cuando en 1522 partió con 600 hombres para la Florida el señor Pánfilo de Narvaez; de aquellos seiscientos hombres, sólo escaparon cuatro para contarlos, y uno de ellos, Alvar Núñez.

—No creo vuelva á verse cosa igual—repuso un veterano, cuya pierna de palo y los emplastos que llevaba en la quijada y la nuca le daban estrafalaria apariencia;—¡andar diez años perdidos por aquellos andurriales, entre indios, pasando los más terribles naufragios que puedan afligir á un cristiano, y escapar con vida! Lo que me extraña es que el señor Alvar Núñez Cabeza de Vaca le queden todavía ganas de volver á las andadas.

—Es buen cristiano, y se ve que nada le arredra—dijo el capuchino.

—De eso respondo yo—arguyó á su vez un reverendo clérigo, beneficiado de la catedral.—Hombres como el señor Alvar Núñez Cabeza de Vaca no hay dos; buen cristiano, piadoso, caritativo, incapaz de hacerle mal á nadie, resignado, sufrido, merece que Dios le tenga siempre bajo su protección y le libre de los más arriesgados peligros.

—¡Amén!—respondieron los interlocutores.

—¡Ay pobrecitos soldados!—exclamó á esto una

garrida moza, que lloraba amargamente por ir embarcado en aquella flota su amador.—¡Lo que van á pasar en ese río, que Dios sabe si vendrá crecido siempre!

—¿Qué río decís, hija?—preguntó el fraile.

—Ese río del oro ó de la plata ó lo que sea, á donde van ahora mis amores. ¡Mientras no sea de sangre ó de hiel!

—Pues figuráos, hija, que es un río que no cogería ni en veinte bahías tan anchas como esta—repuso un antiguo piloto, que jamás había estado por allá.—Y se llama de la plata, porque no hay más que acercarse á la orilla y cogerla á puñados.

—Pues entonces, que cojan la que puedan en un par de días y se vuelvan para acá—arguyó la desconsolada gaditana.

—No es eso lo que quiere su majestad—dijo el capitán,—sino que los españoles que van ahora al Río de la Plata, socorran y libren á los que andan por allí desperdigados, aunque sólo Dios sabe si habrá quedado alguno para contarlo, tan desgraciada fué la expedición del señor don Pedro de Mendoza.

—¡Desdichada de mí! ¡Entonces van á tardar cuatro ó cinco años en volver!

—Decid diez ó doce, y no os equivocaráis—replicó el piloto.—Contad sino que habrán de andar lo que menos cuatro ó cinco mil leguas para dar con los que allí quedaron.

—No os aflijáis tanto, hija—dijo el capuchino;—puede que den con ellos enseguidita.

—Y dígan sus mercedes—continuó la gaditana;—¿son hermosas las indias?

—Eso va en gustos, respondió el capitán, pero por lo que á mí toca puedo asegurar que á buen hambre no hay pan duro. Yo no sé si las tudescas son hermosas ó feas, ni si las milanesas valen ó no lo que las españolas, y sin embargo, con todas apechugábamos...

—¡Válgame el cielo! ¡si mi señor se llega á enamorar y se casa, aviada quedo, mísera de mí!

—Eso no pasa nunca—aseguró el capitán.—Pue-

dense tomar las indias por comblezas, pero nunca por mujeres legítimas. Pero ved... ya leván anclas... ¡Adiós! ¡adiós, buenos cristianos! ¡Que Dios os lleve á salvamento!

—¡Buen viaje! Gritó el piloto. ¡Viva el rey!

—¡El cielo os guíe! ¡ay pobrecitos soldados!—dijo entre sollozos la gaditana.

—Yo les encomendaré á Dios—agregó el fraile,—y en cuanto llegue al convento diré al P. Guardián nos haga rezar la oración «Pro iteribus et peregrinantibus».

—¡Ay, sí, padre!—replicó la buena moza;—ahí tiene usencia dos maravedis para que diga unos responsos para las almas de los que mueran.

—Hija, los responsos se dirán cuando sepamos que hay algún difunto; no hay que anticiparse.

Poco después, perdíanse de vista las velas en el horizonte, rumbo al Sur.

II

En el mar

De pié en el castillo de popa de la nao capitana, hallábase el adelantado del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, rodeado del contador Felipe de Cáceres, del factor Pedro Dorantes, del capitán Pedro de Estopiñan Cabeza de Vaca, su primo Luis de Miranda, clérigo, el paje Antón Bravo, el escribano Juan de Valderas y varios otros capitanes, oficiales y religiosos.

Era el adelantado hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto de carnes, de expresión más bondadosa que enérgica, pero no por eso menos varonil que la del más ceñudo semblante. Tenía los cabellos y la barba canosos; la piel atezada, los ojos negros, la nariz aguilena. Los terribles

trabajos que había padecido, habían doblado algún tanto su cuerpo, aunque sin lograr hacer mella en la férrea voluntad.

El adelantado daba instrucciones á cada uno de los que con él se hallaban, desapareciendo á medida que tenían que ir á darlas cumplimiento, hasta que por fin quedó solo con su paje, joven de dieciocho años, de hermosa presencia, imberbe aún, pero en cuyo rostro se pintaba la resolución y la más despejada inteligencia.

—Por fin nos favorece el tiempo—dijo el adelantado, gracias sean dadas á Dios. Veremos si llegamos pronto á Canarias, y ya tendremos ganada buena parte del camino.

—A buen seguro que llegaremos pronto—respondió Antón Bravo,—y harto nos conviene después de esos dos meses que hemos tenido que esperar en Cádiz hasta que no dejaran de reinar vientos contrarios. ¡Me tarda ya, señor Gobernador, llegar al Río de la Plata!

—Eres joven y se comprende tu impaciencia, Antón; ¡dichoso tú! Yo ya no me impaciento por nada, y sería menester calamidades nunca imaginadas para que me sintiera abatido.

—Todo saldrá á medida de vuestros deseos—respondió el paje.—No siempre se han de padecer naufragios, y además, bajo vuestro mando, es imposible que no se ejecute todo con acierto. No hay que temer á los elementos, señor Gobernador; por esa parte no nos vendrá ningún peligro.

—Pues entonces ¿de qué hemos de temer?

—Señor... yo no tengo ningún motivo para acusar á nadie, pero me da el corazón que estáis rodeado de traidores...

—¡Antón! ¿Cómo te atreves á hacer tales suposiciones? Toda mi gente es honrada, leal, valiente... Así, no prosigas, y jamás vuelvas á repetir lo que acabas de decirme.

—Está bien, señor; pero yo os juro que si todos, hasta el último, os vendieran, yo os seré fiel y leal, como si fuese vuestro perro. Eso no me lo podéis prohibir.

Nublóse la frente de Alvar Núñez, y el adelantado, al cabo de un momento, dijo:

—¡Retírate, Antón! Si te necesito, ya te llamaré.

El adelantado se acercó á la borda, y poniéndose de codos sobre ella cayó en una profunda meditación.

III

Camino de las Indias

Nueve días habían transcurrido desde la partida de Cádiz, cuando el vigía apostado en la cofa del palo mayor gritó:

—¡Tierra!

La flota, á impulsos del noroeste que reinaba, ganó pronto el puerto de Santa Cruz de la Palma, en la isla de este nombre; allí desembarcó la gente, y vuelvo de nuevo el tiempo contrario hubieron de permanecer fondeados durante veinticinco días, con viva desesperación de Alvar Núñez que anhelaba hallarse ya en Tierra Firme. Por fin llegó la hora de poder continuar la ruta y con rumbo á la isla de Cabo Verde.

Dos días hacía que navegaban cuando la nao capitana comenzó á hacer agua, con gran temor de los que á bordo se encontraban, pues llegó á subir hasta doce palmos desde la cala.

—Señor gobernador—decía con mal contenido enojo el piloto Antonio Lopez.—Mala nao comprasteis, pues con ser nueva ha hecho agua al primer viaje... se han perdido más de quinientos quintales de bizcocho, todo el aceite, y otros bastimentos...

—Todo eso que decís, piloto,—repuso Alvar Núñez,—no nos alivia de nada... Aquí no hay más que darle á la bomba sin descanso, y cuando llegemos á puerto todo quedará remediado...

—Eso es lo que veo yo difícil; que podamos llegar á puerto.

—Piloto, yo os aseguro que si en vez de lamentaros como estáis haciendo, fuerais á ayudar á los que estan achicando la nao, llegaríamos antes de lo que pensáis.

Antonio Lopez á estas palabras se retiró, pálido de coraje, y encontrándose en la cruzía con un capitán llamado Garcí-Venegas, exclamó:

—¡En mal hora nos embarcamos con ese hombre que trae la desgracia consigo! Si él ha padecido muchos naufragios y ha salvado el pellejo, en cambio todos los demás se fueron á fondo... ¡Mal-haya!...

—Lo mismo os digo. piloto, pero en cuanto hayamos llegado á donde vamos, procederemos como mejor nos plazca.

Ocho días después, sin que se dejara de dar á la bomba ni un momento, llegaba la flota al puerto de Santiago, en la isla de este nombre, una de las de Cabo Verde, con gran contentamiento de los que por espacio de tanto tiempo habían creído irse á pique de un instante á otro, con excepción de Alvar Núñez, y de Antón Bravo, que ni por asomo llegaron á perder la serenidad.

Ya fondeadas las naves, procedióse á sacar los caballos á tierra para que se oreasen y descansasen algún tanto, y todos los marineros de los demás buques se emplearon en la faena de dar á la bomba.

—No hay que fiar mucho, señor Alvar Núñez, de este mal puerto—le dijo un piloto al adelantado,—porque hay millones de ratones.

—¿Ratones? ¿cómo es eso?—repuso el gobernador.

—Pues bien claro está; por poco que uno se descuide, quedan roídos los cabos que llevan las anclas, y ahí se quedan estas, y el barco á merced de Dios. Yo creo que es cosa de las muchas peñas que hay en el fondo, y por eso decimos que en este puerto de Santiago hay ratones.

—Lo que hay—dijo interviniendo en la conversación el veedor,—son muchos doblones.

—Sí los hay, y no es de extrañar—respondió el piloto. Son de los que vienen á mercar negros para las Indias.

—No veo qué sacó el P. Las Casas de conseguir que los indios no fuesen esclavos—dijo Alvar Núñez, pues en vez de ellos se hace esclavos á los negros, y todos somos igualmente hijos de Dios, que no puede consentir de modo alguno que haya esclavos, ni blancos, ni loros (amarillos), ni negros.

—Pues bien ha de haber esclavos, señor gobernador,—replicó Antonio López.

—¡No! ¡Jamás!—respondió con energía Alvar Núñez.—¡Nadie tiene derecho á esclavizar á otro, aunque debiera perecer el mundo entero!

Antonio Lopez se encogió de hombros, y murmuró dirigiéndose al capitán Garci-Venegas:

—¡Está loco!

IV

Utilidad de los grillos

Veinticinco días permaneció la armada de Alvar Núñez en aquel mal puerto, para acabar de achicar la nao capitana, y mercar los víveres necesarios, y fué de ver el asombro de los naturales, ante el hecho de que durante aquel tiempo no hubiese fallecido nadie de los que iban en la flota española, pues era sabido que cuantos allí desembarcaban morían á los pocos días, por lo malsano del clima, y de ahí que se atribuyese á milagro la cosa.

No tardó mucho tiempo la armada en «pasar la línea», y como la gente padecía de mucha sed por el gran calor que hacía, el maestre bajó á la bodega para requerir las botas de agua que había, quedando aterrado al ver que de cien que

había embarcado, sólo quedaban tres, para cuatrocientos hombres y treinta caballos, sin contar la marinería.

—Es imposible seguir—dijo Alvar Núñez.—No queda más recurso que buscar tierra.

Las naos pusieron la proa al Oeste, y así navegaron por espacio de tres días, sin ver señal alguna que denotase la proximidad de continente ó isla.

Eran las cuatro de la madrugada, cuando la gente de la capitana hubo de despertar al estridente chirrido de un grillo, que desesperadamente cantaba. Sorprendidos los soldados, inquirieron de dónde podía proceder, resultando al fin que lo había metido en la nao, en Cádiz, un soldado que hallándose algo malo, tenía deseos de oír la música del grillo durante las largas noches de la navegación, pero que con gran disgusto suyo, no había dado señales de vida desde que partieron de España.

—¡Pues cuando el grillo canta es que siente la tierra!—exclamó un marinero...—Hay que ver bien por donde andamos.

Subieron al castillo de popa algunos soldados, y con espanto columbraron vagamente á la confusa claridad de los primeros albores del día, algunas enormes rocas, contra las cuales indefectiblemente se hubieran estrellado los barcos, á no ser por el providencial canto del grillo.

—A poco más nos ahogamos cuatrocientos cincuenta hombres—exclamó el veedor;—veremos si...

—Teneis razón—le interrumpió el paje;—pero no nos hemos ahogado, y es de creer que no nos faltarán grillos para avisarnos cuando convenga...

La flota fué costeando, y cada noche cantaba el grillo su estridente serenata; los pilotos señalaron á lo lejos el Cabo Frío, que como es sabido dista poco de Río Janeiro, y el 29 del mes de marzo (1541) llegaban las naos y la carabela á la isla de Santa Catalina, donde desembarcaban todos.

V

La isla de Santa Catalina

Pasado recuento, resultó que de los 46 caballos embarcados en España, sólo se habían salvado 26. Alvar Núñez mandó algunos hombres en busca de indios, pues debía haberlos, y en efecto, presentáronse cuatro de ellos al poco tiempo, logrando sacarse en claro que en la cercana costa andaban dos españoles. Y no fué menester ir á buscarlos sino que al día siguiente llegaron en una canoa. Eran dos frailes franciscanos, que por largos meses habían permanecido sin noticias de nadie, en poder de los indios, que de continuo les amenazaban de muerte.

Dos meses hacía que permanecía Alvar Núñez en la isla de Santa Catalina cuando, con grandísima alegría de todos, desembarcaron nueve españoles, que, casi desnudos, venían en un ligero batel. Llevados en seguida á presencia del gobernador, abrazóles este y les colmó de miramientos, procediendo luego á pedirles noticias.

—Señor,—respondió el que parecía más autorizado,—hemos tenido que huir de Buenos Aires por los malos tratamientos que, á pesar de ser todos vasallos de su majestad el Emperador, nos daban los capitanes que en aquella provincia residen. Buenos Aires está poblado aún, pero no tardará en despoblarse por la tiranía de aquellos malos hombres...

—Ved lo que habláis, hidalgo—le interrumpió diciendo Alvar Núñez.—Es imposible que siendo españoles y cristianos puedan ser tan malos como decís.

—Quiera Dios que algún día no tengáis que venceros de ello por vos mismo, señor goberna-

dor—continuó el fugitivo.—Sabed que Juan de Ayo-
las á quien D. Pedro de Mendoza envió á descubrir
tierras, fué muerto en un puerto que llaman de
la Candelaria, en el río Paraguay, á causa de que
al ir á acogerse con otros cristianos é indios que
allí debían esperarles en unos bergantines, se en-
contró que el capitán de estos, Domingo de Yrala,
vizcaíno, se había retirado, abandonándolos. La
mayor parte de la gente española reside en una
ciudad que han llamado de la Ascensión; en Buenos
Aires hay ahora setenta cristianos, y está por te-
niente y gobernador de todo el Río de la Plata
aquel traidor de Domingo de Yrala, que os he
dicho. En buena hora llegáis, señor, pues no pueden
ya sufrir los malos tratamientos que á los españoles
pobladores y conquistadores dan los oficiales de
su majestad, y no menos á los indios, que parece
imposible que así puedan conducirse... Por eso nos
fuímos, resueltos á no parar hásta España para
poner en conocimiento del Emperador lo que aquí
sucede...

—Proveeré lo que sea menester, amigos míos—
respondió Alvar Núñez,—y entretanto, quedad en
la armada, pues sois hombres provechosos, y mu-
cho habréis de servirme, ya que conocéis la na-
vegación de esos ríos por donde tendremos que
pasar.

Alvar Núñez no tuvo desde entonces más idea que
acudir cuanto antes en socorro de los maltratados
españoles, y para llegar cuanto antes á la Ascensión
y Buenos Aires resolvió ir por tierra.

—Señor gobernador—exclamaron al oír esto el
contador Felipe de Cáceres y el piloto Antonio
Lopez;—es imposible lo que propone vuesa merced.
Lo que hay que hacer es ir con toda la armada
á Buenos Aires, y desde allí hacer la entrada.

—Esa será vuestra opinión—respondió Alvar Nú-
ñez,—pero ya sabéis la mía, y no he de variarla.
No tengo más que deciros.

Retiráronse los dos contradictores asaz mohi-
nos, y Alvar Núñez llamó al factor Pedro Dorantes,
en quien, como hermano de Andrés, su compañero

de salvación en la jornada de la Florida, tenía depositada la mayor confianza.

—Dorantes—le dijo,—nadie mejor que vos para el cargo que voy á confiaros. Os llevaréis la gente que estiméis conveniente y partiréis á reconocer la tierra, para ver por qué punto podremos hacer la entrada.

—Señor, no tengo más que obedecer cuanto queráis mandarme—respondió Pedro Dorantes.

El bravo factor se puso en marcha á las pocas horas, con algunos españoles é indios.

Tres meses y medio transcurrieron sin noticias de los expedicionarios, al cabo de cuyo tiempo regresaron sin haber experimentado ninguna pérdida. De la reseña que hizo Dorantes del terreno que había recorrido se dedujo que el mejor sitio para internarse era por el valle del río Itabucu.

Procedieron á abastecer la expedición, compuesta de 250 arcabuceros y ballesteros, 26 hombres á caballo, varios frailes y algunos indios de la isla de Santa Catalina.

—¡Otra vez nos ponemos en marcha el día de Difuntos!—murmuró el capitán Garci-Venegas, dirigiéndose al veedor. —Diríase que el gobernador quiere tentar al cielo, emprendiendo cosas en día que sólo debiera pensarse en rezar por los muertos.

Quedaban en la isla 140 personas entre todos, que debían embarcarse en la flota para Buenos Aires, al mando del capitán Pedro Estopiñan Cabeza de Vaca, una vez las naos hubieran vuelto de la travesía á Tierra Firme para conducir la expedición.

VI

Amor y odio

Eran las seis de la mañana del citado día, habiéndose fijado la partida para las ocho de la misma.

El campamento español, emplazado cerca de la playa, presentaba la mayor animación, con el ir y venir de soldados, marineros é indios que embarcaban en canoas los bastimentos, pertrechos y armas destinadas á la expedición, para ser transportadas á bordo de las canoas.

El capitán Diego Salazar de Espinosa habíase ausentado á caballo con pretexto de dar instrucciones á unos indios del interior de la isla, pero se detuvo mucho antes de llegar al lugar que había indicado, y echando pie á tierra internóse en un espeso bosque de palmeras, hasta llegar á una choza, ó mejor dicho, una especie de cobertizo hecho de ramas y cañas, que ocultaba á la vista el interior.

Sin esperar á que llegara, salió del cobertizo una mujer, joven y bella, que se arrojó en brazos del alférez.

—¡Isabel!—exclamó Salazar—¡luz de mis ojos!

—¡Diego de mi alma!—balbuceó la joven, llorosa.

—No te aflijas, corazón mío—siguió diciendo Salazar.—Era imposible que siguieras con nosotros... ¡Dios sabe los peligros que nos esperan! En Buenos Aires estarás segura... y ya verás cómo en breve volveremos á reunirnos...

—¡Oigate el cielo! ¿Pero qué voy á hacer sin ti? ¡Cuán largas me parecerán las horas, temblando

Alvar Núñez.—2

siempre por tu vida! ¡Cuánto tardarán en pasar los días! Y allí, sola, sin tener la menor nueva de vosotros... ¡Qué tormento, Dios mío!

—No temas, Isabel! Dios nos protegerá, y cuando conquistada y poblada la tierra á donde vamos lleguemos á Buenos Aires nos verás á todos buenos y salvos!

—¡Ah! ¡Si así fuera! ¡Verte de nuevo, ver á mi padre después de tantos trances y peligros, sería para mí como un sueño de ventura!

—Tu padre es valiente y fuerte como pocos, y todos auguran que el capitán Garci-Venegas se cubrirá de gloria.

—¡Podrá ser valiente como lo eres tú! ¡pero quién puede responder de la vida! ¡Y si tú murieras, Diego de mi alma, moriría yo también!

—Ahuyenta esos tristes pensamientos. Concluída la jornada, tu padre no se opondrá ya á que seas mi esposa. Tales cosas he de hacer que conseguiré desarrugar su ceño.

—¡Y á mí qué me importa que quiera consentir ó no? Sólo tuya habré de ser... ¡El mundo entero podría despreciarme, y sería mayor todavía mi desprecio al mundo mientras tú me amaras!

—¡Isabel mía!

Contaría la hija del capitán Garci-Venegas unos veinte años; era bajita, deliciosamente proporcionada, con magníficos cabellos y grandes ojos garzos, de largas pestañas, sombreados por espesas y arqueadas cejas; el color trigueño, el rostro era mejor redondo que ovalado; la frente despejada, pero ligeramente fruncida; la nariz bien formada, algo aguileña; la boca un poco grande, de encarnados labios. Pintábase en su semblante una energía que casi parecía varonil y como una profunda melancolía. Vestía holgadas sayas y corpiño de escote cuadrado, de tela azul, con mangas amplísimas; cubría su cabeza un ligero casquete y lucía en el cuello una sarta de preciosas perlas.

Salazar de Espinosa contaría veinticinco años; alto, moreno, fornido, con la barba en punta, tenía los ojos azules, y su rostro, enjuto y severo apa-

recía transformado ante la bella Isabel, para revelar tan solo la mayor ternura. Llevaba morrión, colete de búfalo y botas altas. é iba armado de pistolas, puñal y espada.

Era adictísimo á Alvar Núñez, que le quería con amor de padre, fielmente correspondido.

El capitán Garci-Venegas, brutal soldadote que había hecho las guerras de Alemania é Italia con el emperador, no tenía en el mundo más que á aquella hija, en la que adoraba, y celoso de separarse de ella habíale llevado siempre consigo do quiera fuese, aun ahora mismo, á pesar de los peligros que amenazaban á la expedición; cegado por su cariño, habíale mantenido poco menos que en reclusión, lo cual no impedía que, hacía dos años, la hubiere enamorado el bizarro alférez Salazar, al salir de la catedral de Sevilla el día de jueves santo.

Entregados se hallaban los dos amantes á las efusiones propias de aquel amargo trance, que les separaba por sólo Dios sabía cuanto tiempo, y tal vez para siempre, cuando hubieron de sobresaltarse al escuchar el ruido de pisadas de caballos, en dirección á donde se hallaban ellos.

Los caballos iban al paso, y oíase también rumor de voces.

Isabel y Diego se ocultaron precipitadamente detrás del cobertizo, y á los pocos minutos veían acercarse, á través de las ramas de palmera y los bejucos que formaban como una especie de cortina al cobertizo, un grupo de jinetes, en quienes reconocieron al capitán Garci-Venegas, al contador Felipe de Cáceres, al piloto Antonio Lopez y á un fraile.

—Nos va á llevar á la expedición—decía el piloto.

—Es terco como él solo; despreció mis consejos; ¿á quien se le puede ocurrir hacer la entrada por ahí, cuando debería hacerse por Buenos Aires?—repuso Felipe de Cáceres.

—Como tiene hecho pacto con el diablo, para escapar él, mientras los demás perecen, no es ex-

traño que quiera hacer lo que se le antoje—arguyó el fraile.

—Yo me encargo de todo—dijo Garci-Venegas.—Una vez á bordo, mis hombres se apoderarán de los pilotos y les obligarán á hacer rumbo á Buenos Aires en vez de dirigirse á la costa. Prenderemos al adelantado, y poco costará deshacernos de él. Vos, Cabrera, tomaréis el mando, y haremos lo que debemos hacer.

—Y el emperador nos lo tendrá en cuenta. Es imposible que su majestad apruebe que se trate á los indios como si fuesen cristianos, y así lo hace Alvar Núñez—replicó Cáceres.—No parece sino que Alvar Núñez quiere probar que hicieron mal en lo que hicieron el marqués del Valle y el marqués Pizarro.

—¡Razón tenéis, Antonio!—dijo Cáceres.—A buen seguro que Alvar Núñez jamás hubiera enviado al infierno á Guatimocín ni á Atobdipa.

—Diablo, para mí, que ya le enviaremos á él—replicó Garci-Venegas.

—¿Qué van hacer?—exclamó Isabel, una vez dejara de oírse más palabras.

—Déjalo; no sucederá nada—respondió Salazar. Siempre hay quienes murmuran, pero son propósitos que se lleva el viento.

Aprovechando la distancia á que se hallaban los jinetes, montó á caballo Salazar, llevando á la grupa á Isabel, y arrancando á galope no tardó en llegar á las inmediaciones del campamento, donde la joven descabalgó, separándose de él, por última vez, con una mirada en la que se transparentaba á la vez que inmenso amor la más acerba desesperación.

Salazar espolcó el caballo y fué en busca de Alvar Núñez, que á la sazón se hallaba en un bohío, dictando instrucciones á varios capitanes. Echó pie á tierra, y entrado en la choza:

—Señor gobernador—exclamó...—Os ruego me concedáis un minuto de audiencia, con permiso de esos señores, para escuchar un ruego que he de dirigiros.

Alvar Núñez, algo extrañado, respondió:

—Perdonad, señores... Al instante os volveré á llamar.

Salieron los capitanes y quedando solos Salazar y el adelantado.

—Señor—exclamó el alférez...—No hay tiempo que perder... Os juro, por Dios, que sólo os diré lo que interesa á vuestra salvación. Ordenad al capitán Garcí-Venegas que embarque en la última nave, juntamente con el piloto Antonio Lopez y el contador, pero, por la salvación de mi alma, no en la que vayáis vos; es preciso que no llegue el capitán hasta que toda la gente menós su compañía estén en Tierra Firme. No me preguntéis nada. O hacéis lo que os aviso, ó estamos perdidos todos.

Alvar Núñez le miró, le cogió la mano con fuerza y respondió.

—Gracias, alférez Salazar. Estad tranquilo. El capitán embarcará el postrero.

—¡Dios nos proteja!, señor gobernador!—repuso Salazar.

Dos horas después partía de la isla de Santa Catalina la primera nao que debía conducir á la embocadura del Itabucu á los expedicionarios: Alvar Núñez había dispuesto que el piloto Antonio Lopez y el capitán Garcí-Venegas embarcasen los últimos, para cuidar de los bastimentos.

De vuelta á la isla las naos y la carabela, embarcaron en ellas los que habían quedado en tierra, y la flota hizo rumbo á Buenos Aires, yendo Isabel al cuidado de una dueña y bajo la inmediata protección de Pedro Estopiñán.

VII

Las primeras jornadas

Ya en Tierra Firme la expedición, comenzaron á internarse los conquistadores, por un país abrupto y despoblado, cubierto de bosques vírgenes, á través de los cuales había que abrirse paso á hazos.

Diez y nueve días transcurrieron en tan penosa marcha, hasta que al cabo de aquel tiempo desembocó la hueste en una llanura donde se les aparecían algunos pueblos de indios; gente de buena índole, hospitalaria, que saludaba con inocente alegría á los invasores y les ofrecía todo género de bastimentos, á cuyas finezas correspondía Alvar Núñez con presentes de camisas, cuentas de vidrio y otros rescates, no sin escándalo de los que le rodeaban, incapaces de comprender los nobles y humanitarios sentimientos de aquel hombre verdaderamente excepcional, dada la época.

Eran aquellos indios Guananies; raza agricultora, pero belicosa y vengativa, de arrogante apostura; de nada inquietaron sin embargo, á aquellos extranjeros, satisfechos con que no se les infiriese ningún agravio.

Continuando su camino la hueste, cruzaba el 10 de diciembre el Iguazu, y á los tres días tenía que vadear otro río, llamado el Tibagi, extrañamente enladrillado de grandes losas, «puestas en tanta orden y concierto como si á mano se hubiesen puesto». Difícil fué el vado de este río, pues los caballos y la gente resbalaban, y así no tuvieron más remedio que pasar cogidos del brazo, para resistir el ímpetu de la corriente.

La fama del buen tratamiento que daba Alvar Núñez á los indios, pagándoles cuanto les compraba y colmándoles después de esto de regalos, hizo

perder el temor á los naturales que sin recelo alguno, acudían al paso de los españoles proveyéndoles de cuanto era menester.

Hallándose por entonces en un lugar llamado Tapapirazu, llegó un indio convertido al cristianismo, desde la Ascensión, (después la Asunción) donde se hallaban muchos españoles que se habían salvado de la expedición de D. Pedro de Mendoza, la mayor que hasta entonces hubiera pasado á las Indias, pues constaba de 2.000 hombres.

Interrogado Miguel que así se llamaba el guaraní, dijo que pensaba dirigirse á la costa del Brasil, por su gusto, y dió cumplida relación de lo que pasaban los españoles á quienes iban á socorrer, y cuyo número disminuía de cada vez más por la muerte que les daban los indios.

Brindóse Miguel á servir de guía á los expedicionarios hacia la Ascensión, y prosiguió su marcha la hueste, harto enojada con la estrecha disciplina que imponía Alvar Núñez para que por ningún concepto molestasen á los naturales, y como había corrido presto la voz de que aquellos cristianos no cometían el más leve desaguizado, los indios acudían sin recelo, antes bien con marcadísimo contento, y proveían de cuanto era menester á los cristianos, cobrando en seguida, y recibiendo por encima regalos que estimaban infinito, como tijeras, cuchillos y demás.

El país por donde cruzaban era delicioso, fertilísimo, surcado por infinidad de arroyos, y el calor tropical quedaba mitigado por la espesa sombra de los bosques por donde atravesaban. Todo cambió, sin embargo, al salir de un pueblo llamado Tungui, el día 15 de diciembre; todo eran ahora ciénegas, ríos y malos pasos, que recordaban á Alvar Núñez, aquellos que había tenido que salvar en su extraordinaria odisea desde la Florida á la costa del Pacífico. Día hubo en que fué menester tender deciocho puentes para que pudiesen pasar los ríos y las ciénegas la gente y los caballos; vinieron después unas enhiestas sierras, cubiertas

de gruesas cañas de aceradas púas, pero con tal espesor que no dejaban ver el cielo, siendo menester que fueran á vanguardia veinte hombres con hachas para abrir camino.

Al cabo de cinco días de tan penosa marcha, llegó la hueste á un bosque de pinos, altos, derechos, tan corpulentos que cuatro hombres no hubieran podido abrazar su tronco; veíanse muchos monos, colgados de las ramas por la cola, así como gran número de jabalíes.

Poco después, llegaban á un lugar de indios tobas llamado Tugui, y allí dispuso el gobernador se detuviesen para celebrar la Navidad.

VIII

La Nochebuena

Sorprendente era para los españoles el calor que se dejaba sentir, como en la más ardiente noche de verano. No hacía aquel tiempo en España por la Pascua de Nacimiento. Todo era raro y extraordinario en aquellas tierras.

La hueste se regocijaba del descanso que el gobernador la concediera: no era frecuente, sin embargo, que les dejara descansar, pues como caudillo expertísimo sabía bien que si se detenían y cometían excesos en el comer enfermaban, mientras todos conservaban la salud yendo en marcha y teniendo que ser sobrios, á la fuerza.

En un principio, los soldados murmuraban, y atribuían á terquedad de Alvar Núñez aquella inexorable orden de andar siempre, pero al cabo concluyeron por observar que el gobernador obraba prudentemente.

Con todo, el veedor y el capitán procuraban bajo mano mantener el descontento, bien que contrariados por Salazar y Antón Bravo, que exhor-

taban á los aventureros á tener ciega confianza en la pericia y el amor de Alvar Núñez, verdadero padre de todos.

Esparcidos por el bosque, cantaban los soldados los viejos villancicos de su tierra, al compás de vihuelas y zambombas. Faltaban sin duda mujeres, pero pudieron á su vez contemplar cómo bailaban las indias, al son de un formidable banjo, ó tambor, que percutía un guarani.

Era una danza monótona, pero no exenta de interés, hasta que al cabo, los soldados, fácilmente enterados del compás que llevaban las bailadoras, formaron corro con ellas, á la luz de las hogueras.

Eran las indias que bailaban doncellas todas, y aun podía decirse que entre ellas había algunas no faltas de cierta belleza. Su tez era de un cobrizo claro; los cabellos negros, larguísimos y lisos enlazados con cordones rojos; los ojos hermosos, aunque afeados por la carencia de cejas y pestañas, que era costumbre arrancar en el momento en que apuntaban; la frente elevada, la nariz aplastada. Llevaban por aretes una concha en cada oreja, y en las piernas y brazos unos brazaletes de huesos humanos. Al revés de los hombres no se pintaban el cuerpo.

Pudieron comprender nuestros españoles que las jóvenes gozaban de mucha libertad, al revés de las casadas, convertidas en verdaderas esclavas.

Todas, excepto de las caderas, cubiertas por un trozo de tela, iban desnudas, y no parecía que los indios se mostrasen celosos de la familiaridad con que las trataban los españoles.

—Si pudieran vernos las mozas del Toboso cogidos de esos adefesios, en vez de bailar manchegas al salir de la misa del gallo—exclamaba dirigiéndose á un camarada un soldado joven.—¡de fijo nos sacaban los ojos!

—Pues ¿qué se ha de hacer? A donde fueres haz lo que vieres, y no hay más que bailar al son que nos tocan,—respondió el otro, natural de Argamasilla.—Además de que no se pescan truchas á bragas enjutas y si hoy andamos por estos veri-

cuetos como peregrinos que van á besar al santo, mañana volveremos á nuestra tierra con la bolsa henchida de doblones, y hechos unos indianos que podrán darles quince y raya á los hidalgos.

—¡Y quién sabe si tan hidalgos como ellos! Lo que es yo no me contento con menos que con ser alcalde de algún pueblo de esos que vamos á conquistar ó á fundar.

—De menos nos hizo Dios; pues ¿no son marqueses D. Hernando Cortés y Francisco Pizarro? ¿y no le hicieron alcalde á Bernal Díaz, que tiene en Argamasilla quince ó veinte parientes destripa-terrones, hartos de ajos?

—Dejémoslo todo á voluntad de Dios, que á la fuerza ha de premiar á los que por su servicio exponen á cada momento su pellejo. Pero... ¡calle! ¡lindo villancico el que canta Diego Vazquez!

Oíase una voz, de dulce expresión, que cantaba acompañado de una vihuela:

—¿A dónde bueno, zagal?

—A un portal.

—¿Hay algo bueno que vel?

—Un clavel.

—¿Quién nos le ha brotado agora?

—La aurora.

—¿Y él que color le ha dado?

—Encarnado.

—Hagamos guirnalda de flores
para ir, zagalico, á Belén;
que á la rica corona de estrellas
las desluce un hermoso clavel.

—¡Hola! Mira á Antón Bravo, que no puede soltarse de esa india...

—Es mozo y galán, y si en España las doncellas se morían por él, claro que á las indias ha de parecerles más lindo que Gerineldos. Pero no, no le envidio los amores... ¡Qué fea es la libertad!

—Descontadizo eres; ¿quieres que por ahí encontremos Orianas y Belermas?

—Cierto que no; á no ser que lo sean todas esas

bruja, y estén encantadas, esperando al Merlín que las vuelva á su primitivo estado.

—Todo podía ser, pero entretanto hay que contentarse con lo que quiera depararnos la suerte.

Duró el bailoteo hasta que rió el alba, á cuya hora los soldados, oyendo el toque de los atabáles, se retiraron á sus reales, para descansar á la sombra de los pinos.

Tres días permanecieron en aquel lugar, al cabo de los cuales principió su marcha la hueste; el país por donde caminaban ahora, era delicioso y rico; los naturales cultivaban el maíz y el cazabe, batatas y multitud de legumbres; sacaban mucha miel de las colmenas formadas en las oquedades de los árboles, y había grandes bosques de cedros y cipreses. La gente era de color rojizo-amarillento claro, más bien de baja estatura que no alta ó mediana: de cabeza redondeada, la nariz algo corta, pero no aplastada; los ojos pequeños, pero vivos, la barba redonda, los cabellos negros, y no se afeitaban ni la barba ni las cejas. Tales son los caracteres físicos de los guaraníes.

Todo cambió de aspecto, sin embargo, el día de Año Nuevo, en el cual habrían de internarse por ásperas sierras y espesos cañaverales, en pleno desierto; la marcha era difícilísima, por tener que abrirse paso; habían de pasar con frecuencia caudalosos ríos y arroyos, y gracias á que se descubrió que en el interior de las cañas había unos grandes gusanos buenos de comer y que en otras había agua, púdose llegar, el 6, de nuevo, á tierra otra vez poblada sin tener que lamentar ningún grave padecimiento, y en perfecta salud los soldados.

Como siempre, fueron los españoles muy bien recibidos por los indios, á causa de haber corrido la voz de que no cometían ningún atropello ni la menor extorsión, por las severas órdenes dadas por Alvar Núñez.

Corría el 14 de enero cuando de nuevo llegaban los españoles á orillas del Iguazu, y el 31 se detenían á orillas del Paraná, que debían pasar en canoas y balsas.

Medía el Paraná un gran tiro de ballesta de anchura, llevaba impetuosa corriente y formaba grandes remolinos que hacían sumamente peligrosa la navegación.

Véase que Alvar Núñez, ya en la otra orilla, en vez de mostrarse contento y alegre, parecía hallarse profundamente inquieto y preocupado.

IX

En la Ascensión

Acamparon los españoles y Alvar Núñez llamó al comisario, al contador y al capitán Salazar de Espinosa para celebrar consejo.

—Me trae en desasosiego—les dijo,—que no hayamos encontrado aquí ya los bergantines que llevé á pedir á los capitanes que están en la Ascensión. Es extraño que teniendo noticia de mi llegada, no se haya apresurado á cumplir lo que les tenía prevenido. Tenemos muchos enfermos y no pocos despeados, y hubieran venido muy bien los bergantines para embarcarlos, mientras nosotros seguíamos por tierra.

—Puede que estén más arriba—dijo el contador Felipe de Cáceres.

—Tal vez sea como decís—respondió Alvar Núñez;—de todas maneras, no es prudente permanecer aquí; los indios á pesar de lo bien que les tratamos, podían imaginar alguna traición; reunirse en gran número y arrojarnos al río.

—¿Qué pensáis hacer entonces?—preguntó el comisario.

—Disponer que los enfermos se embarquen en las balsas, y bajen por el río, dirigidas por ese indio que se ha ofrecido á servirles de guía, hasta la Ascensión. Según ha dicho, llegado á un cierto lugar, donde vive un indio principal, cristiano, cria-

do que fué de Gonzalo de Acosta, hay que remontar otro río que lleva el nombre de Paraguay, y sobre él se halla la Ascensión.

—Se cumplirán vuestras órdenes, señor adelantado.

Los enfermos y demás gente que no pueden andar son treinta, pero se necesita buena escolta. Vos, capitán Salazar, tomaréis cincuenta arcabuceros y ballesteros, y les acompañaréis.

—Así lo haré, señor gobernador—respondió el capitán.

—Según ha dicho el indio, de aquí á la Ascensión sólo hay nueve jornadas. No tardaréis, creo yo, mucho más tiempo vosotros en llegar, sobre todo si encontráis los bergantines.

—Señor gobernador, tened por seguro que se cumplirá de todo punto lo que ordenáis,—respondió Salazar.

Embarcados los enfermos y la escolta bajo la guía del indio á que se había referido Alvar Núñez, y se llamaba Iguaron, prosiguió el resto de la hueste en camino por tierra, á través de un terreno cenagoso y surcado por grandes ríos, pero muy poblado. Como siempre, los indios, envez de hostilizarles, les salían al paso, proveyendole de mantenimientos, que el gobernador pagaba.

Cuatro días hacía que andaban cuando con gran sorpresa de todos llegó al campamento un español, que venía de la Asunción, y fué al momento conducido ante el gobernador.

—¡Señor! ¡El cielo os ha traído sin duda!—exclamó.—Bien sabíamos por las cartas que nos hacíais llegar por los indios que andábais cerca, pero jamás pudimos estar seguros de que llegase á ser verdad... ¡Bendígaos Dios, á vos y á cuantos os acompañan; pues nos libraréis de los peligros que sin cesar nos amenazan!

—¿Tan grande es el riesgo?—preguntó Alvar Núñez.

—No es posible ponderarlo—respondió el español. No sé si sabréis que todos los españoles que D. Pedro de Mendoza envió á hacer entrada, al

mando de Juan de Ayolas, perecieron en poder de los indios y con ellos otros cristianos... No podíamos esperar socorro de nadie... El puerto de Buenos Aires está ahora despoblado, y de haber venido por aquella parte no hubierais podido llegar hasta aquí, pues los indios, al ver despoblado el puerto, han tomado gran osadía, y no cesan de decir que no han de dejar salir vivo á ningún cristiano.

—Ponto llegaremos, y no habrá ya nada que temer,—dijo Alvar Núñez.—Tal vez los indios se vicieron maltratados, y por eso se declararon enemigos. Es preciso proceder de otra suerte, y no apartarse nunca de la bondad y la dulzura para que, en vez de querernos mal, se alleguen á servirnos.

—En cuanto á eso, bien podría ser, respondió el español, porque si de malos tratamientos hubiesen de quejarse, nunca acabarían, fuera de los comarcanos de la Ascensión, pues á esos los capitanes les tratan bien, por lo que les conviene.

Continuando su marcha la hueste, hubieron de quedar sorprendidos desde Alvar Núñez hasta el último soldado al ver que casi todos hablaban perfectamente en lengua castellana por su largo trato con los españoles de la Asunción.

No podía desearse mejor recibimiento que el que hallaban los españoles en su marcha; los indios cuidaban de tener limpios y barridos los caminos, y al llegar á los pueblos eran esperados por los moradores, hombres, mujeres y niños, que formaban largas procesiones, y levantando los brazos en alto, aclamaban en su lengua á los recién llegados.

—¡Esto es Jauja!—decían los soldados viejos, al ver cómo los guaranies repartían jarros de vino de maíz, y toda suerte de víveres: pan, batatas, gallinas, pescados, venados, miel, curiosamente aderezados; pero lo que más les placía era poder conversar con ellos en la lengua de Fernando de Rojas y Jorje Manrique.

Eran las nueve de la mañana del sábado, 11 de

marzo de 1542, cuando la hueste de socorro entraba en la Ascensión, en medio del frenético entusiasmo de los que allí moraban y á quienes parecía un sueño aquella aparición. Pero si asombrados parecían estar los pobladores, no menos lo estaban los recién llegados al ver á la mayoría de los allí residentes vestidos de cueros de ciervo, por haber perdido ó haberse roto sus antiguos vestidos.

—Ahora sí creemos, señor Alvar Núñez, que hacéis milagros, como dicen los hacíais en la jornada de la Florida—decía un viejo capitán superviviente de la expedición de D. Pedro de Mendoza.—¿Cómo imaginar que pudierais llegar aquí, estando despoblado el puerto de Buenos Aires, por donde podíamos ser únicamente socorridos? Intercesión divina fué que se os ocurriera venir aquí por tierra, aunque no se nos oculta las fatigas y penalidades que habréis tenido que afrontar.

—Dios nos ha guiado, hijo mío—respondió Alvar Núñez;—ya desde ahora podréis vivir sin temor alguno, pues todos juntos nos bastamos para llevar á cabo la empresa de reducir esta provincia del Río de la Plata á la santa fe cristiana y ponerla en posesión de la sacra cesárea majestad del emperador Carlos V.

Dicho esto, y congregados en la Plaza Mayor. Domingo de Yrala, teniente de gobernador del Río de la Plata, los oficiales de Alvar Núñez y los capitanes, clérigos y gente que residían en la provincia, mandó leer el adelantado las previsiones y poderes que llevaba, en virtud de las cuales reconocían todos por capitán general y gobernador á Alvar Núñez Cabeza de Vaca y le fueron entregadas las varas de la justicia.

Alvar Núñez las tomó y repartió luego en otras personas para que en nombre de su majestad administrasen la justicia civil y criminal en la dicha provincia, lo cual, como no es menester decir, encendió la ira á los que quedaron ahora relevados y en cuyos pechos pronto cedió la alegría su lugar al odio más reconcentrado.

X

En Buenos Aires

Grande era la ansiedad del gobernador por no tener la menor noticia de la gente que había enviado por el Paraná y el Paraguay en las balsas, para que hicieran por dicho río el viaje á la Ascensión. Por fin, al cabo de un mes, llegaron los expedicionarios, sin que faltara sino uno, víctima de un jaguar.

Las penalidades y peligros habían sido terribles sin embargo. Desde los comienzos del viaje, los indios, en sus canoas, les habían perseguido, mientras otros desde tierra no cesaban de dispararles flechas en medio del más terrible vocerío y del medroso són de los banjos ó tambores.

—Nuestra situación era desesperada—decía el capitán Salazar.—Los indios se relevaban y así podían atacarnos de día y de noche. Gracias á Dios, como el Iguazú llevaba mucha corriente, las balsas iban haciendo su camino, sin que por nuestra parte tuviéramos que cansarnos en remar, bastándonos con gobernar para no dar en la orilla. grandes peligros pasamos con los remolinos, que amenazaban á cada punto en hacer zozobrar las balsas, pero de todos nos ha salvado Dios...

—Ciertamente, pero á no tratarse de capitanes y soldados tan valerosos, no sé qué hubiera pasado—dijo interrumpiendo el paje Antón Bravo.

—Creed que bien era menester no supiese ninguno de nosotros lo que es miedo,—continuó Salazar.—Catorce días con sus noches estuvimos sin poder descansar ni un momento, perseguidos por doscientas canoas; y era lo peor que todas ellas llevaban unos grandes garfios para coger las balsas y echarlas á tierra. donde nos hubieran dado cruel

muerte. Así llegamos hasta los lugares de aquel indio cristiano que nos había dicho Iguaron, y, gracias á él, que nos llevó á una isla suya, en el río Paraná, pudimos salir de hambres y peligros, y hubo medio de curar á los heridos. Y allí estuvimos hasta que llegaron los bergantines que en nuestra busca envió el gobernador. Ahora ya, Dios sea loado, estamos reunidos todos, y ya nada tenemos que temer.

La alegría del gobernador hubo de ser grandísima, al ver llegar á la gente por cuya suerte había temido tanto tiempo, pero no por eso podía darse por tranquilo. Las noticias recibidas en la Ascensión á propósito de Buenos Aires le habían impresionado hondamente. Aquellas ciento cuarenta personas, entre ellas muchas mujeres, que había enviado en la nao capitana á dicho puerto, debían hallarse en crítica situación. Era preciso, también acudir en su socorro, empresa llena de peligros, pero de absoluta necesidad, y así determinó hacerlo.

El capitán Salazar de Espinosa, que tan bizarramente había conducido el convoy de enfermos por el Iguazu y el Paraná, ofrecióse á encargarse del cometido, pero Alvar Núñez se negó á ello, á pesar de lo mucho que porfiaba el capitán.

—No, os necesito aquí, á mi lado—le había respondido el gobernador.—Ya sé que no podría confiar en mejores manos el socorro, pero hacéis falta aquí. No insistáis más.

Pero á pesar de tan categóricas palabras, Salazar insistía... y era natural que insistiese: en Buenos Aires hallaría á Isabel Venegas, por cuya suerte estaba ansioso; por fin, comprendió que era inútil porfiar, y se contentó con entregar una carta á un joven y gallardo alferez llamado Martín de Chaves,—uno de los que se hallaban con Domingo de Yrala en la Ascensión—para que le pusiese en manos de la hija del capitán, todo ello con el mayor secreto, y bajo fe de caballero.

Chaves juró que cumpliría bien y fielmente el

encargo, y la expedición, compuesta de dos bergantines. al mando del capitán Juan Romero, se hizo á la vela á primeros de mayo.

Iban en los bergantines algunos españoles, antiguos pobladores de la abandonada ciudad, y llevaban los buques gran cargamento de vino, harina y demás cosas necesarias.

Alvar Núñez, antes de partir las naves, llamó á Juan Romero y le dijo:

—Capitán, se trata de un servicio importantísimo: es necesario que Buenos Aires vuelva á poblarse, y para ello os atenderéis al parecer de los vecinos que allá vuelven y podréis decir cuál es la parte más suficiente para hacerse la población y puerto. Sin Buenos Aires, es imposible poder hacer nada de provecho, pues las naos que aquí vengan, han de fondear allí. En cuanto lleguéis, mandaréis construir bergantines que suban hasta aquí, pues las 150 leguas que hay desde la Ascensión á Buenos Aires no pueden hacerse por tierra.

—Se obedecerán vuestras órdenes, señor gobernador,—respondió Romero.

—Una cosa he de encargaros ahora, muy encarecidamente. Es necesario que hagáis buenos tratamientos á los indios que encontréis á lo largo del Paraná; que les traigáis en paz á la obediencia de su majestad y que por ningún estilo dejéis de darles la razón cuando la tengan. Y ahora, id con Dios y que él os lleve á salvamento.

Partieron los bergantines, que siguiendo la corriente del Paraguay, río abajo, desembocaron presto en el Paraná, y desde allí, ya sin estorbo, fueron bajando hasta llegar al río de la plata, donde fondearon á primeros de junio. Reconocidas las riberas, vieron fondeada la nao en una ensenada cercana al puerto donde se levantaba el abandonado caserío de Buenos Aires.

Aí momento izaron banderas los bergantines, é hizo igual la capitana, y hacia ella hicieron rumbo los dos barcos.

El capitán Pedro de Estopiñan, que tenía á su cargo la nao, salió al encuentro de los bergantines

en una canoa, y con indescriptible alegría subió á bordo del bergantín en que estaba izada la insignia del capitán.

Al encontrarse Estopiñan y el capitán Romero, arrojáronse en brazos uno del otro, sin poder pronunciar palabra: tanta era la emoción que embergaba sus ánimos. Por fin, disipada la primera impresión exclamó Estopiñan:

—Paréceme, capitán Romero, que estoy viendo abiertas las puertas del cielo al contemplaros á vos y á vuestros barcos... Habíamos perdido ya toda esperanza, y de no haber llegado en nuestro socorro podíamos darnos por perdidos tal vez hoy mismo.

—Gracias á Dios, ya no hay cuidado alguno... El gobernador es hombre de suerte y consigue cuanto se propone. Nadie creía que pudiera llegar á la Ascensión y allí está hace ya días; ha querido que yo viniese en vuestro auxilio, y aquí estoy. Pero, decidme; ¿cómo no estáis en Buenos Aires? ¿qué ha ocurrido?

—No podéis figuraros, capitán, las desgracias que han ocurrido aquí... En cuanto llegamos á primeros de diciembre, fuimos en demanda del puerto de Buenos Aires, y en vez de encontrar gente que saliera á recibirnos, vímoslo todo desierto. Alarmados ante aquel silencio, saltamos en tierra y vimos á la entrada del pueblo, un mástil clavado en tierra, y grabadas en su corteza estas palabras: «Aquí hay una carta».

—¡Maravilloso lance!—exclamó Romero.

—Cavamos, registramos, y no descubrimos nada, hasta que por fin, imaginamos dar unos barrenos y dimos con la carta, escondida en lo hondo de unas grietas de la roca. Estaba firmada por el vecedor Alonso de Cabrera, y por Domingo de Yrala, que se titulaba teniente de gobernador de la provincia.

—¿Y qué decía la carta?

—Decía cómo habían acordado despoblar á Buenos Aires y llevarse á la Ascensión la gente que residía en el puerto. Figuraos, ahora, capitán, qué situación la nuestra. No podíamos volver á

la isla porque ya sabíamos que no estabais allí; los tiempos eran contrarios y era azaroso salir de este rincón. Una vez se agotaron los bastimentos, intentamos hacer alguna entrada, pero al momento nos salieron al paso los indios, que nos enviaban espesas nubes de flechas. Ya estábamos resueltos á zarpar y volver á la isla de Santa Catalina, cuando quiso Dios que algunos naturales, codiciosos de rescates, nos trajeran víveres, á escondidas de los demás, y como cada vez que venían se llevaban buena cantidad de tijeras, hachuelas, cuentas de vidrio y otras zarandajas, íbamos conllevando, bien ó mal nuestra situación, pero ahora han pasado ya quince días sin que se hayan dejado ver. Tal vez los otros les han descubierto y les han matado.

—¿Y no os atacaban en sus canoas?

—Dos ó tres veces lo intentaron, pero salieron escarmentados y se conoce les metieron mucho miedo los tiros de nuestras bombardas.

—Ahora somos ya bastantes para hacer frente á los indios, Estopiñan, y en cumplimiento de las órdenes del gobernador, es necesario que repoblemos á Buenos Aires. ¿Cuánta gente sois?

—Salimos 140 de la isla de Santa Catalina, y somos hoy 115, pero hay más de treinta mujeres.

—Nosotros somos cincuenta; bien podemos pues, volver á la ciudad. y mantenernos en ella, pues la posesión de Buenos Aires es la llave de la dominación en toda la provincia del Río de la Plata.

—Se cumplirán las órdenes del capitán general, capitán Romero, y cuando queráis iremos á tierra.

—Es lo que debemos hacer; plantaremos nuestros reales en el pueblo, y allí comenzaremos á reconstruir las casas.

—¡Quiera Dios que todo salga á medida de nuestra voluntad!—respondió Estopiñan.

El capitán Romero se despidió del capitán de la nao y regresó á bordo de su bergantín.

XI

Villanía

Mientras estaban departiendo en la nao los capitanes Estopiñán y Romero, el alférez Martín de Chaves, que había acompañado á su capitán á bordo, se apresuraba á ir en busca de Isabel Venegas, á la cual encontró en la estrecha camareta que ocupaba bajo cubierta.

Los padecimientos habían alterado la salud de la joven cuya palidez era extremada, aunque sin haber perdido los encantos de su rostro.

—Señora,—exclamó Martín de Chaves,—perdonad mi osadía si me atrevo á presentarme ante vos...

El alférez, sorprendido ante la hermosura de la doncella, sintióse presa de un indefinible sentimiento.

—Soy alférez de la compañía que manda vuestro padre, y no hubiera venido con el capitán Romero á no tener que comunicaros ciertas nuevas... Mi nombre, Martín de Chaves.

—Os agradezco vuestra bondad, alférez Chaves—respondió Isabel, pero graves deben ser las nuevas que me traéis cuando á tantos peligros os habéis expuesto.

—¿Quién por vos no expusiera cien veces la vida?—exclamó el alférez...

—Decid, ya, señor alférez, y dejad las galanterías á un lado.

Chaves, pálido, inquieto, y con muestras de luchar entre encontrados sentimientos, repuso:

—Señora... no no podéis dudar de la verdad de mis palabras cuando os diga que vengo á hablaros del capitán Salazar de Espinosa.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡decid, decid pronto!

Chaves se pasó una mano por la frente, bañada por un sudor frío... Titubeó un momento, y continuó:

—¡Merecáis, entonces ser más venturosa!...

—¡Alférez! ¡hablad! ¡hablad por Dios! ¿qué ocurre? ¿qué le ha pasado á Diego?

—Señora... yo no me atrevo á deciros lo que ha sido de él...

—¡Ha muerto!

—El alférez vaciló y repuso.

—No... no puedo aseguraros eso... pero fué hecho prisionero por los indios...

—¡Diego de mi alma!... ¡Ah, qué desventura la mía!... ¿Cuándo? ¿Cuándo fué hecho prisionero?

—Señora... pésame tener que aumentar vuestra pena... el capitán tenía amores con una india... y se conoce que le prepararon una emboscada...

—¿Qué decís? ¡Eso es mentira! ¡Sois un miserable impostor! Diego no puede amar á otra mujer que á mí... ¡Basta ya! ¡Salid de mi presencia!

Chaves, lívido, repuso:

—¡Ojalá mintiera! Sólo por daros esa nueva accedí á las súplicas de vuestro padre...

—¡Mi padre os ha dicho que vinieseis!

—Sí; me lo rogó, y compadecido de su aflicción, cedí...

—¡Miserable! ¡mi padre ignoraba esos amores!

—Tal vez, pero el capitán soltaría alguna palabra, y vino á descubrirlo... Y nada más tengo que deciros... Pésame haber tenido que ser portador de esas nuevas... ¡Dios os guarde!

Retiróse el alférez, y apenas hubo desaparecido de su vista rompió Isabel en desgarrador llanto. Era imposible dudar de la verdad de las palabras del alférez... ¡Amar Diego á otra mujer! ¡á una despreciable india! Al pensar en tal humillación hecha á su dignidad creía volverse loca.

XII.

El ataque

Era oscura la noche; algunos centinelas velaban el sueño de la gente de la nao y los bergantines.

De pronto el vigía de la nao exclamó:

—¡Álarma! ¡alarma! ¡los indios nos cercan!

A aquellas voces, repetidas por los centinelas, saltaron de sus coyos y literas todos los que á bordo estaban, y Estopiñán, subiendo al castillo de popa pudo ver que la nao estaba rodeada por las canoas de indios, al mismo tiempo que llegaba hasta ellos el vocerío terrible de los otros indios que rodeaban á los bergantines.

Por ser la nao de mayor capacidad que los bergantines había el capitán Juan Romero dispuesto que quedaran en ella cuarenta hombres de los que habían llegado en los bergantines entre ellos el alférez Chaves.

Colocáronse los hombres á lo largo de los amurales y en los castillos, y respondieron con sus ballestas y arcabuces á las rociadas de flechas de los guaranies, que exhalando salvajes gritos se acercaban á los costados de la nao y lanzaban garfios contra las bordas, para abordar. Al fulgor de los fogonazos de los arcabuces veíase que los enemigos, envueltos en pintados ponchos eran en crecido número hasta perderse de vista las canoas.

No era menos vivo el fuego de arcabucería de los bergantines.

Una hora hacía que duraba la refriega. Habían caído muertos tres españoles y heridos más de veinte que fueron transportados á la crujía, y allí eran curados por las mujeres de á bordo, cuando apareció el alférez Chaves, el cual, dirigiéndose á Isabel la dijo:

—Seguidme...

—¿A dónde queréis que vaya?—respondió la joven, con altanería.—Este es mi puesto.

—Hay otros heridos...

—Entonces vamos.

Y dejando á las demás mujeres al cuidado de los lesionados, siguió al alférez.

Este, al pasar por delante de la camareta de Isabel, se detuvo y dijo:

—Aquí es, entrad.

La joven obedeció, y una vez dentro el alférez cerró la puerta con presteza, mientras resonaban á cubierta los tiros de los arcabuces y bombardas.

—Os amo, Isabel,—exclamó el alférez, postrándose suplicante ante la joven.—¡Amadme también vos! ¡No sé lo que ha pasado en mí en cuanto os he visto! ¡Vuestro amor, ó la muerte!

La joven, haciendo un esfuerzo, logró desasirse de las manos del alférez, y pálida de coraje exclamó:

—¡Sois un miserable!

—¡Perdonadme, Isabel! ¡Mi amor me ha enloquecido! ¡Ah! ¿Por qué no me amáis? Yo sere digno de vos; por vos haré lo que no puede hacer ningún hombre... ¡Qué hermosa sois!

—¡No digáis más, porque aun aumentaréis mi desprecio! ¿Es ese vuestro puesto, cobarde?

—¡Cobarde yo!

—Sí... ¡Cobarde y bellaco!... Si no tuviera seca la boca os escupiría al rostro.

—¡Ira de Dios!

—¡Qué! ¿Me amenazáis? ¡No os temo!... y lanzándose hacia la litera, cogió un puñal escondido debajo del almohadón.—Atreveos á acercaros ahora, mal caballero!—exclamó.

Su rostro, contraído por la cólera y el desdén era soberanamente bello; una arruga plegaba fuertemente su frente, en su mitad, y sus ojos despedían rayos.

Isabel, con agilidad de un jaguar se lanzó sobre el alférez, pero este, que previó el golpe la rechazó, aunque infiriéndose una herida en la mano al desviar el arma.

—Sangre de traidor es la que derramáis, no la de soldado—exclamó la joven.—¡Oh! Salid ya de aquí, antes no hos mate yo, haceos matar por los guaraníes... ¡Id á dónde tenéis obligación y dejadme!

—No,—replicó Martín de Chaves.—Estamos perdidos... Vamos á morir todos, y no quiero que el diablo se lleve su alma antes de que seáis mía... ¡Isabel, no sabéis cuánto os adoro!

Y de nuevo se adelantó hacia la joven que, viéndose sin defensa por haberle caído el puñal al suelo, rompió en gritos de socorro, hasta que el alférez la hizo enmudecer tapándole la boca con la mano.

Los gritos fueron oídos, sin embargo, y llegaron algunas mujeres que golpearon fuertemente la puerta, mientras seguía el fuego en la cubierta.

Nadie abría, pero por fin consiguieron entrar echando abajo la puerta, de delgadas tablas. Y allí vieron á Isabel desmayada, en brazos del alférez, y este, pálido, con los cabellos en desorden, y cubierto de sangre que manaba de la herida de la mano.

—¿Por qué estáis aquí?—exclamó la dueña de Isabel.

—Pasaba por la cruzía... he oído gritos... y he encontrado desvanecida á esa niña...—respondió Chaves sin poder ocultar su turbación.

—¡Quitad!... Nada hacéis aquí...Id arriba—respondió la dueña.—No es cosa vuestra andar con mujeres desmayadas...

El alférez, tambaleándose, salió de la camareta y fué á pedir un pañuelo para vendarse el corte á las mujeres que curaban á los heridos en la cruzía. Subió á cubierta, y como si estuviera poseído de infernal furor disparó sus pistoletas contra las canoas, matando á dos indios y recogiendo las flechas que yacían por el suelo, las fué lanzando á mano con tan certera puntería que no erraba disparo.

Comenzaba á alborear; veíase que las canoas eran más de cuarenta, y el doble las que rodeaban

á los bergantines. Eran en gran número los indios muertos y heridos.

No cejó la pelea, antes bien pareció reanudarse con mayor ardor; una flecha vino á dar en el hombro del alférez, y le hizo caer, privado de sentido.

Algunos soldados cogieron al oficial y lo bajaron á la cruzía. La dueña de Isabel reconoció al momento al alférez, y se dispuso á curarle, comenzando por desatacarle el jubón y la ropilla, que tiró al suelo. Hallábase con las mujeres la hermosa niña, y hubo de sorprenderle que cayera un papel del jubón. Recogiólo y quedó maravillada al ver escrito su nombre sobre el pliego.

Corrió presurosa á su camareta, rompió la nema y creyó saltársele el corazón al ver la firma del capitán Salazar. Tan temblorosa estaba que tuvo que sentarse; no acertaba á leer, pero por fin, haciendo un esfuerzo recorrió aquellas adoradas líneas. La carta decía lo siguiente:

«Isabel mía: Ya que no he podido conseguir embarcarme en los bergantines que van en socorro de la nao en que te hallas, confío la presente al alférez Chaves, que noblemente ha aceptado el encargo, bajo secreto.

»No pienso sino en ti y en los riesgos que puedes correr. Tu imagen no se aparta de mis ojos ni un instante, y mi corazón parece querer saltárseme del pecho para volar donde tú estás.

»No me olvides, como no te olvido yo; Dios querrá que salgamos en bien de esta conquista, y tornaranse glorias y venturas los padecimientos y peligros de hoy. Entonces le pediré al capitán tu mano, y no me la negará, pero si así no fuera, el gobernador me dará el permiso y quedaremos unidos para siempre ante Dios y ante los hombres.

»¡Cuánto diera por verte! Adiós, mi amor. Reza por mí, y seré salvo, pues Dios no desoirá tus oraciones. Tuyo hasta la muerte

DIEGO.»

Isabel creyó volverse loca... ¡Era falso cuanto le había contado Martín Chaves! ¡El villano se había guardado la carta y cubierto de infamia al noble capitán Diego Salazar! El cielo se había apiadado de ella librándola pronto de aquel tormento que la hubiera matado á no tardar.

Pero ¿qué suplicio no merecía el villano que después de haberla lacerado el corazón había querido robarla su honor? Allí yacía, gravemente herido... pero no era aquella muerte la que merecía: no debía morir como un bravo, sino como un ruín villano. Isabel, por dulce que fuese, sentía anhelos de venganza, y por eso, ansiosa de que no muriese el traidor, salió rápida de la cámara y quiso cuidarle ella misma, por si lograba salvarle de aquella muerte heroica... que no quería tuviese.

De ahí el asombro del alférez cuando al volver en sí vió á su lado á Isabel, que con el mayor cuidado le restañaba la sangre y le aplicaba bálsamo á la herida.

XIII

El socorro

Transcurrían los días en tranquilidad: los indios no habían vuelto á atacar, y así se pasaron tres meses, durante los cuales Isabel permaneció dos ó tres veces cada día al lado del alférez, hasta que la herida quedó del todo cicatrizada.

El amor del alférez, que había comenzado por brutal deseo, convirtiéndose en veheméntísima pasión, y no parecía que Isabel se mostrase indiferente á sus palabras, y aun á las lágrimas que tal vez vertía.

Y sin embargo, en odio no cedía; hubiérale perdonado al alférez su indigna violencia, pero jamás la traición hecha al capitán. Chaves, arrepentido sinceramente de su mala acción, le había pedido

clemencia mil veces, y aunque Isabel parecía no querer acordarse de lo pasado, no olvidaba ni el más mínimo pormenor, y tanto como en el amor del capitán, pensaba en la venganza que había de tomar del traidor.

A todo esto, hacíase cada día más crítica la situación de aquellas naves: pasóse el invierno (ó sea desde junio á septiembre) en relativa tranquilidad, esperando cada día nuevas de la Ascensión, que no venían, hasta que á primeros de octubre recibieron noticias de que había salido una expedición en su socorro.

Alvar Núñez, en efecto, siempre afecto á la suerte de sus soldados é inquieto por lo que podría ocurrir en Buenos Aires, ordenó á fines de julio que se armasen otros dos bergantines, que cargados de bastimentos y con cien hombres á bordo al mando del capitán Gonzalo de Mendoza, bajaran por el Paraná al Río de la Plata y auxiliaran á los que que allí estaban en la repoblación de Buenos Aires.

La nueva de que pronto llegarían socorros y la tranquilidad de que habían gozado reanimó en gran manera á los españoles; y de ahí que llenos de confianza y por ser tan molesta la permanencia en el estrecho espacio de los bergantines y la nao, creyeron que no habría ya peligro y lo pasarían mucho mejor estableciéndose en tierra, mayormente dejándose sentir el frío y sin poder encender hogueras.

Puestos de acuerdo los capitanes Estopiñan y Romero, dieron pues orden de que desembarcasen españoles, para establecerse en un real á cierta distancia del río; formando allí varias tiendas con las velas de los buques ó improvisando chozas con ramaje.

Era una noche de á mediados de septiembre, y todo era contento entre la gente al verse en relativa libertad, fuera de la incómoda estancia á bordo. Soldados y marineros cantaban alegremente; bailaban las mujeres con sus galanes y prometíanse todos el pronto término de sus padecimientos en cuanto llegasen los bergantines de Mendoza.

Hallábase Isabel Venegas al pie de un corpulento cedro cuando se acercó á ella Martín de Chaves.

—¿Os molestaría mi presencia, señora?—preguntó.

—No, señor alférez—respondió la joven.

—¡Si yo pudiera deciros, señora, hasta donde llega mi arrepentimiento!... ¡Voy á perder la razón con recordar todos los instantes la acción indigna que, sin ser dueño de mí, pude cometer!

—Ya os he dicho muchas veces, señor alférez que no debéis pensar más en ello. Por mí; queda olvidado todo.

—Sólo vos podéis hablar así, porque sois, no una mujer, sino un ángel del cielo.

—¡Excusad tales alabanzas, señor alférez! Soy una pobre pecadora, como todas las mujeres, harto menesterosa de que Dios tenga clemencia de mis culpas.

—¿Culpable vos? ¿de qué? ¡jamás habéis hecho nada que no sea noble, bueno, digno de la recompensa del cielo! ¡Ah! No es extraño que yo os adore como á una santa.

—Ea, callad, alférez...

—Me habéis salvado la vida, y tengo derecho á deciroslo. Y á deciros también que esta vida es vuestra... El día que me digáis que muera, moriré.

—¡Oh! Nunca os diré eso.

—Sin embargo, podría llegar el caso de que mi muerte os fuese necesaria, y yo os juro, Isabel, que ese día moriré.

—No os entiendo, alférez—repuso Isabel, á quien pareció interesar ahora lo que decía Chaves.

—Hay un hombre á quien he ofendido de una manera imperdonable... sin que lo sepa aún... Puede saberlo: podéis decirle vos lo que yo hice, ó puedo decirlo yo... Verdad es que en nuestros tiempos mi villana estratagema es corriente en nuestras tierras... Tenía yo un amigo en Sevilla, de quien tal vez habréis oído hablar, el capitán D. Juan Tenorio, famoso por sus amorosos lances, que ha debido más de uno de sus triunfos á la misma treta que quise yo emplear... Yo no quiero decir

que no sea una vileza; sólo quiero manifestaros que no he sido yo el primero en cometerla... Entre ese hombre y yo no cabe olvido ni perdón; hemos de jugarnos la vida, para que desaparezca uno de los dos; pues bien: ¡juro que cuando ese hombre me abofetee y caiga sobre mi con su acero desnudo, yo romperé mi espada.

Isabel, á pesar suyo, sintióse conmovida, y exclamó:

—¡Oh, no! ¡No penséis más en lo pasado, os repito, señor alférez!... Sois joven... y podéis gozar de la vida por muchos años, amado por una mujer digna de vos...

La voz de la joven era algo trémula. Desde hacía algún tiempo, acusándose ella misma de desleal, sentía debilitarse el odio que sentía hacia Martín de Chaves. En vano pugnaba por representarse la villana escena de cuando pretendió violentarla y rememoraba la felonía de dar por desleal y prisionero al capitán Salazar: no sentía ya palpitar su pecho de indignación, ni sus mejillas se encendían de rubor.

El alférez, con tristeza, respondió:

—Gracias por vuestros nobles deseos, señora; sólo os ruego que os acordéis siempre de lo que os he dicho.

De pronto oyóse un rumor lejano; cundió la alarma en el real, y al poco tiempo vieron aparecer, desembocando por una barranquera un numerosísimo tropel de indios con antorchas, armados de arcos y mazas, que, con gran vocerío corrían hacia el campamento.

Estopiñán, con voz de trueno gritó:

—¡A las armas! ¡Las mujeres á las tiendas!

Ya los indios que iban delante saltaban la empalizada que defendía el campamento, y blandiendo sus mazas dejaban tendidos en el suelo á algunos españoles. Los arcabuceros hicieron una descarga y los ballesteros dispararon sus flechas, causando grande estrago en los acometedores, más no por eso cejaban estos en su intento. Luchaban los españoles á brazo partido con los guaranies, y un

tropel de estos incendiaban las tiendas y las chozas.

Las mujeres lanzaban agudos gritos de espanto y huían despavoridas hacia abajo, perseguidas por los indios.

El alférez Chaves, que estaba en primera línea, volvióse al notar el resplandor y pudo ver cómo los indios corrían en pos de las desgraciadas cristianas. Entonces, como si estuviera loco, lanzando un terrible juramento, abandonó su puesto, atropellando á cuantos encontraba al paso, lleno de fiereza el rostro, corrió desesperado tras de los indios que huían con las mujeres en brazos hacia la barranca, hasta alcanzarlos.

Uno de los guaranies, que iba entre los últimos, arrastraba á Isabel, que forcejeaba por desasirse; corrió frenético y al ver el indio ante su presencia á aquel temerario, solo, soltó á Isabel, y enarboló su maza para descargarla rápida sobre el alférez. Este esperó el golpe, pero el guarani entonces, cayó sobre él, y ambos se abrazaron, luchando por derribarse, mientras los demás, sin atender á aquella pugna, proseguían su carrera.

Isabel, con los vestidos desgarrados, levantóse y al ver al alférez luchando con el guarani, arrojóse sobre él cogiéndole por los hombros, con lo cual vacilando acabó por caer al suelo. La joven entonces, sin dar tiempo á Chaves, arrebatóle á este el puñal que llevaba en el cinto y lo clavó en el corazón del guarani, brotando una corriente de sangre de la herida.

—¡Otra vez, Isabel!—exclamó Chaves, cayendo de rodillas á sus pies...

—Gracias, señor alférez—respondió la joven.— Estamos en paz... ¡Corramos al real!

Los dos se encaminaron apresuradamente hacia el campamento donde continuaba encarnizada la lucha.

—¡Cielos! —exclamó Chaves. — ¡Qué ocurrirá?... ¡No véis?

Ocurrió, en efecto, un hecho incomprensible. Los guaranies se veían atacados de flanco por nutrido fuego de arcabucería, hasta ponerse en huída los

que formaban la retaguardia de los asaltantes, y á los pocos minutos, los que se hallaban delante del real caían á montones bajo las pelotas que lanzaban tres falconetes, acabando por dispersarse, después de dejar el campo sembrado de cadáveres y de heridos.

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡viva el rey!—gritaban los extraños combatientes.

—¡Son los españoles que esperábamos!—exclamó Martín de Chaves.

—¡Ah! ¡Dios los envía!—repuso Isabel.

Así era, en efecto; acababan de fondear los bergantines con ciento cincuenta hombres que mandaba Gonzalo de Mendoza, y no pudo ser más providencial su llegada, pues de no haber comparecido á aquella hora, era indiscutible que los guaraníes hubieran matado á todos los españoles que había en el real.

XIII

El sino del capitán Mendoza

Indescriptible era la alegría que reinaba en el real, al verse libres del terrible riesgo que acababan de correr los que en él se hallaban, y no menos por la llegada de aquellos valientes españoles. Sólo Martín de Chaves parecía ajeno al general contento, pero duró poco su preocupación, cuando al encontrarse con uno de los recién llegados le preguntó:

—¿Quién manda el socorro?

—El capitán Gonzalo de Mendoza.

—¿Y que otros capitanes vienen?

—Solorzano y Hernandez.

—Buena gente. Nos habéis salvado la vida á todos

—Sí, por ahora.

—¿Teméis algo, pues?

—¿Pues no lo sabéis?

—¿Qué?

—¿Qué el día de Todos los Santos siempre le sucede algún desastrado caso al capitán Mendóza? Y ya estamos cerca. No sé cómo sabiendo eso el gobernador había de enviarle á él.

—¡Niñerías! amigo Acuña.

—No creáis tal; es el sino del capitán Mendoza.

Tranquilo Chaves por lo que se temía, y no es menester decir que era la llegada del capitán Salazar, marchóse con los grupos, comentando como los demás los terribles trances del combate.

En cuanto amaneció, fueron enterrados los muertos, entre los cuales se contaban seis españoles, pero la triste impresión que esto produjo quedó compensada con el arribo de seis mujeres que habían raptado los guaraníes la noche antes, y habían logrado fugarse durante la huída, sin faltar ninguna.

Celebrado consejo de capitanes se acordó que á toda costa era preciso fundar y asentar de nuevo el pueblo de Buenos Aires, pero no en el mismo lugar sino junto á la embocadura del río S. Juan en el Paraná; y en su virtud comenzáronse los trabajos á los pocos días.

No pasó mucho tiempo sin que se hubiesen levantado algunas casas, en las cuales se albergaron los españoles, pero sobrevino la estación de las lluvias, y los torrenciales aguaceros que caían á cada momento derribaron las dobles tapias, y hubieran quedado los españoles á la intemperie á no tener el refugio de los barcos.

Los capitanes celebraron consejo y acordaron que por entonces había que renunciar á la empresa y que lo más prudente era subir río arriba y traer toda la gente á la Ascensión.

La resolución contrarió al alférez Chaves, por más que lo tuviera muy callado; y ¿cómo podría ver á Isabel á todas horas, como podía hacer entonces? Los celos que le atormentaban de una manera horrible siempre, recrudecían ahora. De nuevo Isabel podría escuchar las palabras del capitán Salazar; su conciencia le impedía callar lo ocurrido,

aunque lo callara Isabel, y en cumplimiento de la promesa que, sin exigírselo, tenía hecha, veía que no le quedaba más remedio que dejarse matar por el capitán.

La hermosa niña, por su parte, con grave escándalo de sí misma y viva sorpresa de la dueña, no parecía alegrarse en extremo de aquella determinación, que la volvería al lado de su padre, y de su amado. Con una especie de remordimiento sentía que ya no aleteaban en su pecho aquellas ansias de venganza que la habían convertido en grande cuidadora del alférez para que conservara la vida, y pudiera expiar su felonía, entregándole al desprecio y al castigo del capitán. Y cuando tales conturbaciones experimentaba su ánimo y leía por milésima vez la carta de Salazar, irritábase al comprender que ni aun así podía recobrar su antiguo rencor al alférez, á quien, por otra parte debía ahora haberle librado de ser esclava de los guaranies.

Procedíase á los últimos preparativos de marcha, cuando al dirigirse á bordo de la nao de Estopiñan encontró Chaves al alférez Acuña, que debía embarcarse en un bergantín cargado de bastimentos.

—¡Ay, amigo Chaves! ¡Dios nos la depare buena!—exclamó Acuña.—31 de octubre!

—¿Aun porfiáis en vuestros malos agüeros, amigo Acuña? ¡No seáis crédulo tan en demasía!

—Os afirmo, Chaves, que Gonzalo de Mendoza tiene mala estrella el día de Todos los Santos, y tengo por solemne importunidad que zarpeamos hoy, víspera de la fiesta.

—Para los que vamos por la mar no rezan los días; recordad que embarcamos en Cádiz el día de Difuntos.

—Bien lo recuerdo, y por eso hemos tenido tan mala suerte.

—No tanta hasta ahora, Acuña. Podemos darnos por contentos en comparación del desastrado fin que tuvieron otros, como Pánfilo de Narvaez.

—Bien, pero está por ver cómo acabará esto.

—Con Alvar Núñez, acabará en bien.

—En cuanto á él, no lo dudo; dicen que en la

jornada de la Florida hacía milagros curando á los enfermos y moribundos con solo santiguarlos. Pero si él salva siempre el pellejo no pueden decir lo mismo los otros.

—A todos nos llevará Dios á salvamento, amigo Acuña. Tengamos confianza en su misericordia.

Poco después, hallándose ya á bordo la gente, comenzó á soplar furiosamente el «pampero»—aquel viento del sudoeste que tantos estragos causa;—hallábanse las naves surtas junto á unas altas barranqueras y el bergantín de Gonzalo de Mendoza amarrado fuertemente á un árbol de la orilla, cuando de pronto dejóse sentir un terrible sacudimiento de la tierra... Era un violentísimo terremoto... La tierra se levantaba con la misma fuerza y altura que las olas del río; caían en el Plata los árboles de las márgenes y el corpulento cedro á que estaba amarrado el bergantín de Mendoza se desplomó sobre cubierta, volcándolo. Los tripulantes que pudieron se arrojaron al agua, y la nave, arrastrada por la corriente, con la quilla arriba y la arboladura abajo, fué llevada á más de media legua por la corriente; grandes averías sufrieron las demás naves; una vez pasada la tormenta, recontóse la gente y se encontraron á faltar catorce personas del bergantín de Mendoza, que murieron ahogadas.

Todos murmuraban del funesto sino que para el bravo capitán tenían aquellos días, y el alférez Chaves hubo de reconocer que no eran vanas las aprensiones de Acuña.

Prosiguió la navegación; por la noche había amainado el temporal y no se sentían nuevos terremotos; los cinco barcos remontaban perezosamente la corriente del Plata y al rayar el alba divisaban la embocadura del Paraná. De pronto vióse cómo se chocaba contra un escollo la nave cargada de bastimentos en que iba el alférez Acuña: fué obra de pocos momentos; habíase estrellado la quilla, y el barco desaparecía como por ensalmo, pereciendo la mayoría de los que en ella iban, incluso el desgraciado alférez.

Chaves se sintió hondamente impresionado; no habían sido vanos los presentimientos de su amigo, y cuando por fin cerró la noche, respiró tranquilo.

Un mes después, ó sea á primeros de diciembre de 1542, llegaban á la Ascensión la nao y los tres bergantines, dando todos gracias á Dios por haber escapado de tantos peligros.

El capitán Garci-Venegas abrazó llorando á su hija, que no menos conmovida demostraba estar, pero hubiérase dicho que Isabel se hallaba distraída. El capitán Salazar de Espinosa, aquella misma noche, conversaba con ella en la reja, mientras todos se hallaban entregados al descanso.

XIV

El león y las sabandijas

Digamos ahora qué había sido de la hueste de Alvar Núñez, mientras ocurrían en la boca del Río de la Plata las escenas anteriormente narradas.

No hacía muchos días que se hallaba aposentado en su casa,—de madera y paja como todas,—el gobernador, cuando hubo de recibir gravísimas quejas de los guaraníes contra los oficiales del rey, á quienes acusaban de los mayores atropellos y escándalos.

Alvar Núñez procuró apaciguarlos; les dirigió palabras consoladoras y les despidió repartiéndoles muchos rescates, como camisas, bonetes, ropas y otros objetos, con lo cual se retiraron asaz contentos.

Pocos días después, desembarcaban en la Ascensión varios jefes indios, de agigantada estatura, pertenecientes á una nación llamada de los agaces terribles enemigos de los guaraníes. Muy respetuosamente manifestaron al gobernador que estaban dispuestos á ser vasallos del rey de las Españas y ofrecían conducirse en lo sucesivo como buenos

amigos de los cristianos y de los guaraníes. Alvar Núñez les dictó con su acostumbrada bondad, y les hizo prometer se atenderían á las condiciones que les dictara, encaminadas todas ellas á que hubiese paz entre las diversas tribus indias.

Mas que esas visitas y reclamaciones preocupaba, sin embargo, á Alvar Núñez la situación de los españoles que se hallaban residiendo en la Ascensión, supervivientes de la desgraciada expedición de D. Pedro de Mendoza. Pobres y necesitados en su mayor número, repartióles el gobernador ropas, camisas, calzones y armas, todo graciosamente, con lo cual aquellas buenas gentes hubieron de colmarle de bendiciones, pero si esto ocurría con ellos, no sucedía lo mismo con los oficiales, desde el momento en que el gobernador estaba resuelto á poner coto á sus atropellos y desafueros.

Una tarde, de á primeros de junio, recibieron orden algunos de dichos oficiales de presentarse al gobernador. Alvar Núñez les recibió afablemente.

—Ruégooos, señores,—les dijo,—que os abstengáis de aquí en adelante de hacerles á los pobres vecinos de la Ascensión los agravios y vejaciones de que se quejan tan amargamente, pues si hemos de ser justos con todos los hombres, sean cuales fuesen, más obligación nos cabe aún tratándose de quienes son nuestros hermanos.

—Harto bien se les trata—respondió un oficial llamado Arévalo,—y lo que hay es que son avarientos y villanos, y más merecen que se les haga entender la razón á palos que con buenas palabras.

—No conviene emplear el palo, si las buenas palabras bastan, señor oficial—replicó Alvar Núñez.—Tengo recibidas muchas quejas también del rigor con que procedéis á la cobranza de las dadas á su majestad; no es suya la culpa sino pueden pagar con la puntualidad que quisieran; no está la conquista asaz asegurada para que se hagan todos ricos.

—Señor gobernador, nosotros tenemos por obligación mirar por los intereses de su majestad—

respondió otro oficial, llamado Govantes,—y no debemos meternos en si pueden pagar ó no.

—Nunca querrá su majestad que se cometan extorsiones, señor oficial. Asimismo habéis cometido abuso al inventar derechos y gabelas que son contra ley; así lo habéis hecho con el pescado, la manteca, la miel, el maíz y otros mantenimientos, y aun con los pellejos de que se visten los pobladores, comprándolos á los indios naturales.

—Señor gobernador, esos derechos son necesarios, y os requerimos á que les déis vuestra sanción, por convenir así al servicio de su majestad—exclamó Arévalo.

—Ved, Arévalo, que estáis hablando conmigo—replicó Alvar Núñez,—y no tenéis derecho á levantar la voz. Os lo advierto porque me pesaría tener que obrar de otra manera. Sabed desde ahora, que os prohibo cobréis los derechos que habéis impuesto, y que los pobladores no tienen obligación alguna de satisfacerlos.

—Esos derechos los mandó cobrar Domingo de Yrala, teniente de gobernador, en ausencia de Don Pedro de Mendoza, y cuando él lo hizo, por justo lo tendría.

—Pues yo lo tengo por injusto, y se cumplirá mi voluntad. Y ahora, basta ya. Soy quien tiene en sus manos la autoridad, y no consentiré que nadie la escarnezca. Los indios deben ser tratados con bondad, y los pobladores como hermanos. Así lo haréis, y espero no tendré que tomar ninguna medida para recordarlo. Retiraos.

Salieron los oficiales poseídos de rabiosa ira, y reunidos en casa de Arévalo se juramentaron para hacerle al gobernador todo el mal que pudieran. Lejos de obedecer las terminantes órdenes de Alvar Núñez, mostráronse más crueles que nunca en los embargos, apremios y coacciones para que los pobladores satisficieran las cantidades debidas á su majestad y pagaran los nuevos impuestos, que en realidad no eran otra cosa que nuestros actuales consumos, en vista de lo cual el gobernador mandó prenderlos.

Y así se iba haciendo de cada día más violento el odio de los capitanes y oficiales que no podían sufrir aquellas bondades con que el gobernador quería se tratase á los indios, atrayéndolos por la persuasión y los medios suaves.

Este era asimismo el contexto de las instrucciones del rey, en los cuales se encargaba á los frailes, clérigos y religiosos tuvieran especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados los indios, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para proveer y remediarlo.

XV

En campaña

Preocupado se hallaba el gobernador con el mal proceder de los oficiales de su majestad, que con su llegada habían visto terminar los atropellos y vejaciones de toda suerte que desde su asiento en la Ascensión venían cometiendo, cuando hubo de requerir su atención la llegada de varios jefes indios de las tribus comarcanas, en queja de unos indios llamados guaicurúes, que moraban no lejos de sus viviendas, á la otra orilla del Paraguay. Aquellos crueles enemigos les usurpaban las tierras, habían hecho muchas muertes en los ancianos, hermanos y parientes, y les impedían dedicarse á la caza, la pesca y la recolección de miel, de donde sacaban su manutención.

Alvar Núñez escuchó atentamente las quejas de aquella buena gente, de tiempo hacía convertida á la fe cristiana, adicta á los españoles y de natural pacífico, pero no quiso desde luego prometerles que reduciría por la fuerza á los guaicurúes, sino que antes intentaría llegar con ellos á una avenencia.

De ahí que enviase un destacamento de soldados

á avistarse con aquellos indios y les apercibiesen con toda templanza.

Confiado el mando de la fuerza, compuesta de cincuenta hombres, al alférez Chaves, partió este y pasó el Paraguay en un bergantín. Buscó á los guaicurúes pero no halló rastro de ellos, por lo cual fué siguiendo río arriba todo aquel día.

Por fin dió con unos indios que corrían con tanta ligereza detrás de unos venados, que llegaron á alcanzarles en su carrera. Detuviéronse los guaicurúes al ver á aquellos extranjeros y con arrogante tono preguntáronles á qué habían ido allí.

El alférez, por medio de los intérpretes indios que llevaba, les transmitió los requerimientos del gobernador, á lo cual respondieron ellos que fuese á decírselo á su cacique.

—Decídeles que los españoles no han de ir en busca del cacique, sino que el cacique debe presentarse aquí—advirtió Chaves á los intérpretes.

Así lo hicieron, y oída la contestación de los guaicurúes, dijeron los intérpretes:

—Esta gente dice que no quiere prestar obediencia ni ser amigo de los españoles ni de los guaraníes, y que al momento nos vayamos de su tierra.

—Yá me figuraba yo que esos malditos herejes nos contestarían con insolencia—exclamó un fraile, llamado Martín de Armenta, que formaba parte de la expedición.—Todo es tiempo perdido, y bien hubiera podido el gobernador dejar de andarse con requerimientos y zalemas, y castigarles, como puede y debe.

—Padre—respondió el alférez,—represento aquí al gobernador, y no os consentiré que le censuréis como estáis haciendo. A vos toca convertir infieles, y á él disponer las cosas de la guerra y de la paz. Ea, en marcha.

La fuerza se dirigió hacia donde había quedado fondeado el bergantín, pero apenas se habían alejado doscientos pasos los españoles, cuando cayó sobre ellos una rociada de flechas, que disparaban algunos centenares de guaicurúes, reunidos á las voces de los cazadores con quienes se habían de-

tenido. Respondieron los españoles con los tiros de sus arcabuces y ballestas, pero no sin tener que lamentar algunos heridos.

Pesóle á Alvar Núñez el malogro de sus buenos propósitos, y se dispuso á obligar por la fuerza á los guaicurúes, ya que no habían valido las palabras persuasivas. Así, una vez lista la expedición de Gonzalo de Mendoza, en socorro de la nao de Estopiñan y de los bergantines de Juan Romero, procedió con febril actividad á organizar otra, para sojuzgar á los guaicurúes. Componíase la hueste de doscientos arcabuceros y ballesteros, y doce caballos, pero debían unírseles gran número de guaranies.

Salió Alvar Núñez, á caballo, al frente de los españoles en una fría mañana de á fines de julio (invierno en aquel país), y fueron todos siguiendo por la orilla izquierda del Paraguay, hacia arriba, hasta llegar á un pueblo de indios llamado Capua, á cuatro leguas de la Ascensión.

Sorprendente era el espectáculo que allí se les ofreció: formados en las arboledas de la orilla del río, veíanse grandes escuadrones de guaranies, pintorescamente aderezados, engalanada la cabeza con plumas de papagayo, pintados de muchos colores los arcos y cargados de haces de flechas todos ellos. Al divisar á los españoles habíanles saludado con sus atabales, cuernos, trompetas y cornetas, produciendo desaforado estrépito.

Celebrado consejo, acordóse que pasaran á la otra orilla algunos españoles y guaranies para reconocer el terreno, y enterarse de si los guaicurúes eran sabedores de la salida de aquella fuerza. Cumplieron bien el encargo los enviados, y regresaron al siguiente día, dando noticia de que los guaicurúes verdaderos nómadas, habían abandonado el campamento donde habían permanecido hasta entonces y se dirigían hacia el norte á cazar; la distancia, á que se habían ausentado sería de cinco ó seis leguas, á contar desde frente á Capua.

Sin perder momento dispuso Alvar Núñez que se embarcasen los españoles en los bergantines,

y los caballos en balsas mientras los indios lo hacían en sus canoas, para pasar á la otra orilla. Gente animosa y ganosísima de pelear, alborozáronse los cristianos ante la expectativa de la guerra y todos quisieron ser los primeros en embarcarse: resultado de tal impaciencia fué el ir tan cargada una barca, que zozobró. ahogándose dos españoles, arrastrados por la fuerza de la corriente.

Duró el paso del Paraguay desde las diez de la mañana á las seis de la tarde, por lo cual fué preciso hacer alto en la ribera, con buena guarda y centinelas.

Apenas había amanecido, cuando Alvar Núñez renunúa en consejo á los capitanes y religiosos; expúsoles su propósito que era ante todo, enviar algunos hombres á descubrir por dónde andaba el enemigo y procurarse noticias sobre su número para no dar un paso en falso, y aprobada la idea, esperóse la vuelta de los adalides que no estuvieron de regreso hasta la noche.

—Señor gobernador—dijo un soldado llamado Pedro Valdés, que con otros dos y algunos indios había realizado aquel servicio,—los guaicurúes han cazado todo aquel día, haciendo que caminaran delante sus mujeres é hijos; no sabemos si se detendrán donde les hemos dejado, pues son ligeros y corredores como unos corzos y ya sabemos que no están quedos en un mismo sitio dos días seguidos. Como sus casas son de estera nada les cuesta levantarlas.

—Guiaréis hacia el sitio donde les dejásteis en vuestro seguimiento, y confío en que podremos acabar pronto y bien la empresa que hemos acometido.

Tardábales á los españoles, y no menos á los guaraníes, ponerse en marcha, y así, al rayar el alba del siguiente día, domingo, dispuso Alvar Núñez que se moviera la hueste, pero con el mayor silencio, con prohibición de hacer ninguna señal con los atabales y bocinas, así como el encender fuegos, para no descubrirse al enemigo.

Iban delante á guisa de exploradores, algunos

indios, escogidos entre los más ágiles corredores, para que á la menor señal de alarma pudieran dar aviso; formaban la vanguardia, en correcto y bien ordenado escuadrón, los guaraníes, en número de más de diez mil hombres, armados de arcos y mazas; iba en seguida constituyendo el cuerpo de batalla ó centro, el gobernador con la gente de á caballo, armados de lanzas y pistoletas; venían detrás la infantería española, arcabuceros y ballesteros con algunas bombardas. La retaguardia estaba compuesta de guaraníes, y bien custodiado por ellos iba el carruaje de las mujeres, encargadas de las municiones y víveres, así como de la curación de los heridos.

Caminó primero la columna, que se alargaba más de una legua, por una verde llanura, pero en cuanto llegó la hueste á una parte donde se extendía un espeso bosque, mandó el gobernador seguir por allí, al objeto de ir más encubierta la expedición.

Magnífico cuanto extraño era el aspecto que presentaba aquel ejército, los guaraníes, con sus vistosos plumajes de papagayos y sus policromados arcos, iban todos pintados de almagre y otros colores, adornados los cuellos y penachos con cuentas blancas, y con muchas planchas de bruñido cobre que, al reverberar en ellas el sol, producían tanto resplandor que era maravilla de ver.

El gobernador, con su barba canosa y enérgico semblante, hubiera revelado ser desde primera vista el general de aquella hueste con sólo fijarse en su aire de autoridad y su imponente porte. Vestía amplio sombrero de fieltro con plumas moradas; colete de cuero amarillo, ropilla con mangas acuchilladas, y faja encarnada y calzas de terciopelo negro con botas altas de cuero amarillo. Iba envuelto en una capa negra y colgada de su cinto una espada, y llevaba en la mano la vara de su autoridad. El caballo ricamente enjaezado, iba con mantilla y silla colorada y amarilla.

Los arcabuceros con morrión y coraza de escarcelas, llevaban colgados en bandolera los frascos

de pólyora y los frasquillos de pelotas ó balas, al hombro el pesado arcabuz y la horquilla para sostenerlo; ceñido á un lado el puñal y colgada del otro la espada.

Los ballesteros—subsistentes aún en las Indias,—llevaban en la cabeza almete y defendido el pecho por un coselete de planchas corredizas, atravesado con una banda colorada.

Las mujeres que iban en el carruaje eran seis, todas ellas solteras ó viudas, de las que se hallaban desde años en la Ascensión ó habían llegado allí en la nao de Estopiñan.

El bosque por donde atravesaban era espesísimo, sorprendiendo á los españoles la extraordinaria abundancia de venados y avestruces ó nandúes que encontraban á su paso, sin que pudieran perseguirlos, por la rigurosa orden del gobernador tocante á la quietud con que debía hacerse la jornada.

Habíase ya puesto el sol, y la hueste se había detenido para rezar los españoles el Ave María, cuando cundió grande alboroto en la vanguardia, propagándose rápidamente á lo largo de las filas.

Alvar Núñez picó á su caballo y seguido de los demás jinetes corrió á informarse de lo que pasaba.

Detúvose la hueste, y el capitán Garci-Venegas, acercándose á dos arcabuceros, les hizo disimuladamente señal de que se acercaran.

—Tal vez ahora se presente ocasión,—les dijo en voz muy queda...—En cuanto se ponga á tiro, no vaciléis.

—No era menester que nos lo recordarais, somos hombres de bien, y trato es trato.

—Mil muertes merecerá, que no una—replicó el capitán.—Si Dios no lo remedia va' á llevarnos á la perdición.

—Nos salvaremos, si hay manera—respondió otro.

—Bueno, pues; no hay que hablar más... Di palabra á Domingo de Yrala, y no he de volver sin habérsela cumplido.

Ya en esto había vuelto al centro de la batalla Alvar Núñez.

—No ha sido nada—dijo dirigiéndose á los capitanes Venegas y Salazar de Espinosa. Es que ha llegado un espía y los guaraníes han creído que traía malas nuevas, cuando las ha traído muy buenas, pues sabe dónde han hecho parada los enemigos. Adelante; no puede hacer una luna más clara. Los ballesteros que armen sus ballestas y los arcabuceros que carguen los arcabuces y enciendan las mechas. Aunque los guaraníes son amigos, conviene prevenirse y guardarnos, pues no hay que fiar nunca de esas gentes.

Continuó su marcha la hueste, por la espesura de los bosques, y estaba á punto de cerrar la noche cuando de nuevo se alborotaron los indios, prorrumpiendo en ensordecedora gritería.

De nuevo acudió Alvar Núñez siempre desconfiado de la lealtad de los guaraníes, á pesar de la amistad con ellos contraída.

Los españoles confusos por aquel vocerío y creídos de alguna traición aprestáronse á la defensa, y como llevaban preparadas las ballestas y arcabuces por orden del gobernador, lanzáronse sobre los guaraníes al grito de «¡Santiago! ¡Santiago!» rompiendo contra ellos.

Resonaron los tiros de los arcabuces, y Alvar Núñez pudo dar las gracias al cielo de escapar con vida, pues silbaron dos balas rozándole la cara. No prestó atención á ello sin embargo, sino á contener á los guaraníes que, azorados con la alarma,—ocasionada por haber atravesado un jaguar las filas de los que iban delante,—y atemorizados por los arcabuzos se habían dispersado, metiéndose por el monte adentro.

En un momento comprendió Alvar Núñez la terrible situación en que iba á quedar la hueste, si los guaraníes llegaban á desbandarse, y así, echando pie á tierra, por no poder el caballo seguir fácilmente fuera de la vereda, fuese tras los indios, gritando á voces:

—¡Alto! ¡no hay temor! ¡era un tigre! (así decían á los jaguares los españoles de entonces); ¡volved! ¡Ya sabéis que los españoles somos vues-

tros amigos, hermanos, vasallos todos de su majestad! ¡No haya miedo!...

A tales exhortaciones comenzaron á detenerse algunos, pero aun seguían huyendo la mayoría. Alvar Núñez, entonces, comenzó á llamar por sus nombres á los guaranies, nuevamente sometidos al cristianismo, que eran los jefes principales de aquella gente:

--¡Tened! ¡tened! ¡Pedro de Mendoza, venid á mí! ¡Juan de Salazar, acudid, teneos!... ¡Teneos, Francisco Ruíz!... ¡Lorenzo, no huyáis!... ¡Gonzalo, á mí!...

Aquellos llamamientos produjeron un efecto mágico, y poco á poco fueron volviendo todos.

Respiró á sus anchas el gobernador, cuyo ánimo había pasado por terrible angustia al pensar en los resultados de aquella dispersión: en primer lugar, hubiese sido una lucha de funesto resultado el de aquel puñado de españoles contra la innumerable multitud de guaicurúes, y en segundo término ¿qué iba á ser de los pobladores si los guaranies, de amigos, se convertían en fieros enemigos, creídos que los españoles iban contra ellos, según habían visto al disparar sus arcabuces y ballestas en aquella ocasión?

—Como vuestros soldados dieron contra nosotros—dijo el indio Pedro de Mendoza,—era de creer que queríais matarnos...

—Pero ¿cómo podías pensar eso?—respondió Alvar Núñez... La culpa ha sido vuestra que os habéis puesto en armas, sin motivo, por haber cruzado un tigre, y fué natural que mis soldados presumieran iban á caer contra ellos, convenidos con los guaicurúes...

—Puede que sea como decís, pero... yo no sé qué pensarán los demás.

—Ea, no hay que hablar más de lo ocurrido. Reflexionad que si hacemos esta guerra, es precisamente en favor vuestro, pues los españoles jamás hemos visto ni conocido á los indios guaicurúes, ni en nada nos han enojado ni causado daño; conque, volved á nuestro lado, y tened confian-

za de que lograremos vencer á nuestros enemigos y les obligaremos á aceptar las condiciones que queráis imponerles.

Convencidos por fin los guaranies, bajaron del monte y formaron de nuevo el escuadrón, pero Alvar Núñez dispuso que en lo sucesivo no fueran á vanguardia, sino que á retaguardia, yendo en cambio al frente los españoles, con los caballos delante de los indios.

El capitán Salazar, que se hallaba con grande ansiedad por la ausencia del gobernador, á quien había buscado en vano por aquellas espesuras, no pudo contenerse de besarle la mano cuando le volvió á ver, deshaciéndose en palabras de alegría.

—Creed que me tenía muy inquieto la huída de los indios—respondió Alvar Núñez,—porque si llegan á empeñarse en que íbamos contra ellos, y rompíamos, no nos quedaba más remedio que desamparar la provincia.

—Una vez más habéis demostrado asaz disposición del mando que su majestad os ha conferido, y Dios querrá conservaros para bien de todos nosotros.

—Sí, Dios no me desampara; esta misma noche ha hecho en mi favor un milagro, pues me han rozado la cara dos pelotas de arcabuz, que no sé cómo ha podido ser, pues yo me hallaba muy lejos de los indios. Sin duda los arcabuceros no han apuntado bien.

—¿Decís que han llegado dos pelotas donde os hallábais vos?

—Sí; y á poco más no puedo contarlo.

—Pues es extraño... y no sé qué pensar—respondió Salazar, muy preocupado. No han sido los arcabuceros de mi compañía; eso puedo asegurarlo.

—Serían los de la otra... No penséis más en ello.

Salazar se despidió del gobernador y se encaminó á su puesto.

—Es extraño... muy extraño...

Y era ciertamente extraño para él pero no para el capitán Garci-Venegas, que mientras la ausencia

de Alvar Núñez habíase apartado con los dos arcabuceros á quienes había dirigido la palabra cuando el primer pánico de aquella jornada y les decía:

—¡Bellacos! ¡torpes! ¡no servís para nada! ¡no sabéis tirar...! El gobernador se habrá puesto en guardia, y ya ahora será difícil acertarle. ¡Habrá que oír á Domingo de Yrala, cuando sepa que hemos errado el golpe!

XVI

La batalla

Restablecido el orden y cambiada la formación de la manera que se ha dicho, prosiguió su marcha la columna, no deteniéndose al través del bosque hasta el cabo de dos horas en que el gobernador mandó hacer alto.

Los capitanes, en cumplimiento de las órdenes recibidas, prohibieron que se encendiese lumbre ni fuego alguno, para no descubrir al enemigo.

Reinaba en consecuencia hondo silencio en el real, cuando llegó un espía de los varios á quien Alvar Núñez había enviado á practicar un reconocimiento. Conducido al momento á presencia del gobernador interrogóle este.

—He dejado á los guaicurúes asentado su pueblo—dijo el indio, que hablaba perfectamente el castellano.

—¿No habrán oído los arcabuzazos que se han tirado hace tres ó cuatro horas?—preguntó Alvar Núñez.

—No pueden haberlos oído, cuando no los he oído yo.

—¿A qué distancia se hallan de aquí ahora?

—Tres leguas.

—No necesito saber más; gracias, amigo.

Eran las doce de la noche cuando Alvar Núñez mandó levantar el campo, para poder llegar con el alba á la vista del campamento guaicurúe, poco antes de ponerse en marcha, y á fin de que en la brega no se confundiesen los guaicurúes con los guaraníes, dispuso que estos se pusiesen, cómo señal, unas cruces de yeso, puestas en los pechos y en las espaldas.

Comenzaba á rayar el día cuando divisaron los españoles al pie de un cerro las casas de estera de los guaicurúes, todas ellas larguísimas, tanto que tendrían lo que menos quinientos pasos. Alvar Núñez deseoso de que no fuesen sentidos los españoles y demás, mandó que para que no pudiesen relinchar los caballos se les hinchasen la boca de yerba sobre los frenos; estratagema que produjo todo el resultado que se pretendía.

Si se hubiese podido leer, sin embargo, en el corazón de Alvar Núñez hubiese visto que estaba rebosando de dolor. Sólo ejerciendo la mayor violencia sobre sus sentimientos se determinaba á atacar á aquellos pobres indios guaicurúes, contra los cuales no tenía ningún resentimiento ni abrigaba el menor odio. Había ido allí porque era necesario apoyar y tener de su parte á los guaraníes, ya que si estos se rebelaban, quedaba destruída la dominación con tanto trabajo establecida, y no habría más remedio que reembarcarse, abandonando la conquista.

Llamó, pues, á los jefes guaraníes y les dijo:

—A vosotros toca cercar el pueblo, pero no todo, sino que dejaréis una salida por la cual puedan escapar los guaicurúes y huir al monte. Cuanta menos sangre se derrame, mejor para todos. y ¡ojalá no tuviera que verterse ni una sola gota!

No había acabado de hablar Alvar Núñez cuando llegó hasta el real el ruido de los tambores que tañían los guaicurúes, con vivo espanto de los guaraníes, que se apresuraron á responder que en manera alguna cercarían el pueblo, quedando eso para los españoles.

Al ruido de los tambores sucedió un canto de guerra, cuyas palabras llegaban hasta allí perceptiblemente.

—¿Qué dicen?—preguntó Alvar Núñez.

—Cantan lo que tienen por costumbre, durante las velas y al amanecer. Dicen que aunque son pocos, son más valientes que todas las naciones y las desafían á que vayan contra ellos; dicen que son señores de la tierra y de los venados, y de todos los animales de los campos y de los ríos, de los peces que en ellos andan... Pero, gobernador... debemos retirarnos... Cuidad vos de habéros las con ellos, que nosotros no podríamos...

Inútil fué que porfiara para contener á los jefes guaraníes; estos poseídos de un miedo cerval, echaron á correr y se refugiaron en su escuadrón, formado á retaguardia.

Quedóse Alvar Núñez con algunos capitanes y alféreces y un español de la Asunción que sabía la lengua de los guaicurúes. Estos, ya llegado el día salieron de sus chozas y se adelantaron hacia oriente, postrándose para adorar al sol, y en esta coyuntura advirtieron la presencia de la hueste.

Uno de los guaicurúes, levantóse á toda prisa y acercándose á donde estaban los españoles, dijo gritando:

—¿Quiénes sois vosotros, que osáis venir á nuestras casas?

El cristiano, se adelantó á su voz y respondió:

—Soy Héctor (que así era en efecto, su nombre) y vengo con los míos á tomar venganza de los indios batales que matásteis.

—Enhoramala vengais—replicaron,—y así como hubo para ellos, habrá para vosotros.

Apenas hubieron dicho esto cuando lanzaron contra Héctor y los demás españoles que con él estaban los tizones de fuego que llevaban en las manos, corriendo luego hacia su campamento.

No habían pasado cinco minutos cuando reaparecieron los guaicurúes en gran número armados de arcos y flechas, lanzándose impetuosamente contra los españoles, como si en nada les tuvieran, en

vista de lo cual, echaron á correr los pocos guaranies que habían quedado aún cerca de Alvar Núñez.

—Capitán Barba—exclamó el gobernador montando á caballo;—encargaos de la artillería; vos, capitán Salazar, de la infantería; haced formar los escuadrones; vosotros, los jinetes, echad los pretales de los cascabeles á los caballos, y seguidme... ¡Santiago! ¡Santiago! ¡á ellos!...

Y picando espuelas lanzóse Alvar Núñez, seguido de los soldados montados, contra los guaicurúes, atropellando por todo, bravo, impetuoso, magnífico.

Entonces ocurrió un suceso extrañísimo; al ver los valerosos guaicurúes los caballos,—que jamás habían visto,—cobraron tal terror, que huyeron á la desesperada, buscando refugio en los montes, pero no sin incendiar una de las casas, en su precipitada fuga. Prendió fácilmente el fuego, por ser aquellas casas,—larguísimas, como se ha dicho,—de esteras, juncos y enea, y en breve se propagaba el incendio á todas las demás, que serían unas veinte... Los guaicurúes,—más de cuatro mil,—aprovecharon la densa humareda y el mar de llamas que salía del campamento para contener á los españoles en un ataque y poder ganar la espesura de los bosques.

Aun así, lograron matar á dos españoles y degollaron á doce indios guaranies y batales que tenían prisioneros, arrancándoles luego la piel del craneo, con la cabellera, con una rapidez asombrosa.

No por eso se detuvieron en su alcance los españoles, llevando siempre al frente al gobernador. Habíanse dejado ya muy atrás el pueblo incendiado, cuando de repente, salió de entre la espesura un indio que se abrazó al cuello de la yegua en que iba caballero uno de los soldados, y con las flechas que llevaba la atravesó por tres veces el cuello, hasta que por fin lo atravesó de una estocada otro de los jinetes. El incidente, aunque poco importante, determinó sin embargo, un comienzo de pánico, que no pasó adelante gracias á la serenidad

de Alvar Núñez, logrando así evitarse tal vez una terrible catástrofe.

Continuó todo aquel día la persecución, hasta quedar rendidos y fatigadísimos los españoles; habiéndose dado orden de hacer alto, resultó que habían sido cogidos más de cuatrocientos, entre hombres, mujeres y niños, que el gobernador mandó guardar en rehenes.

Al siguiente, creyendo ya bastante castigados á los guaicurúes, dispuso el gobernador emprender el regreso á la Ascensión.

No fué tranquila del todo la retirada, pues los guaicurúes picaban á cada momento la retaguardia, y aun á veces atacaban de flanco; eran á no dudar, gente sumamente intrépida, desconocedora del temor; regía para ellos el principio de que todo prisionero era esclavo del vencedor, y jamás dejaban de allegarse á aceptar sin protesta tan dura condición.

Sin embargo, el principal cuidado de Alvar Núñez estribaba en que no se desbandasen los guaraníes. Eran estos de tal condición, que en haciéndose con algún objeto de los vencidos, creíanse con derecho á volver á casa, y como eran muchos los que habían logrado recoger una pluma, un pedazo de estera ó alguna flecha, desfilaban sin esperar más, solos ó acompañados, de donde sucedió que algunos pelotones de guaicurúes consiguieron matar cerca de mil guaraníes, víctimas de su incomprensible torpeza al exponerse á ir solos, ó en pequeños grupos.

La victoria había llenado de entusiasmo á los españoles, muy satisfechos, por otra parte, al oír decir á los prisioneros guaicurúes que era aquella la primera vez que habían sido vencidos por otra nación de la tierra. Más que el regreso de un ejército, acabó por parecer al cabo, aquella hueste, un tropel de cazadores, asombrados los españoles de la prodigiosa cantidad de venados y otros animales que les salían al paso, en cuya ocupación se entretuvieron especialmente los soldados de á

caballo, que perseguían á los ciervos y los alcanzaban.

Desgraciadamente, hubieron de pagar cara la diversión dos españoles. Yendo á caballo Antón Bravo, el paje de Alvar Núñez con el intérprete Hector á la grupa, en pos de unos avestruces, viéronse de pronto rodeados de guaicurúes que asestándoles sus arcos les obligaron á entregarse prisioneros. Alvar Núñez, que quería como á un hijo á su paje, experimentó por ello tan hondo sentimiento que ya desde entonces se disipó toda la satisfacción que experimentara por el feliz término de la empresa.

Vivaqueó la hueste en un bosque y al rayar el alba prosiguió su camino siguiendo por la orilla del Paraguay, hasta llegar al sitio en que se hallaban fondeados los bergantines en que habían pasado á aquella parte: embarcados de nuevo llegaban á la Ascensión antes de tres horas, siendo recibidos con las más calurosas aclamaciones de los leales pobladores y de los muchos guaraníes que allí se hallaban.

No todos, sin embargo, mostraban el semblante alegre, y hubo de notarse con la mayor extrañeza que ni Domingo de Yrala, el ex-teniente de gobernador, ni los oficiales de su majestad, habían acudido á recibir al gobernador.

Apenas en la ciudad, vióse entrar al capitán Garci-Venegas en casa de Yrala, donde permaneció largo rato, saliendo luego los dos con el semblante asaz hosco.

Había quedado encargado del mando, durante la expedición del gobernador, aquel mismo Gonzalo de Mendoza, que poco después debía salir conduciendo el segundo socorro á Buenos Aires. Era hombre leal, inteligente y como Alvar Núñez, humanitario y justo, hasta ser objeto, por ello, de iguales censuras que el gobernador. Gracias á su tacto, había conseguido Gonzalo de Mendoza, con sólo 250 hombres que tenía, mantener á raya á las tribus indias que más de una vez habían intentado apoderarse de la ciudad.

—Señor gobernador—dijo el capitán Mendoza á Alvar Núñez;—grandes novedades han ocurrido en vuestra ausencia; comenzaré por noticiaros que encontraréis en las cárceles á seis indios yapirúes, genté valerosa, de crecida estatura, enemigos nuestros, y no menos también de los guaranies que los guaicurúes. Presentáronse aquí para pedir les auxiliáramos contra los guaicurúes, pero me temí no fuesen espías que vinieran á enterarse del estado de nuestro real, y por eso les puse á recaudo... Vos dispondréis ahora lo que estiméis mejor para el servicio de su maejstad.

—Hicísteis bien, capitán Mendoza, pero no conviene tenerlos presos si son inocentes. Mandad que se presente alguien que pueda servir de lengua (intérprete) y enviádmelos, no todos á la vez, sino uno por uno, para que yo les interrogue.

Cumplióse lo ordenado por el gobernador, y pudo este convencerse plenamente de que los yapirúes habían dicho verdad, y no les había llevado allí otro objeto que pedir nuestro apoyo contra los guaicurúes. En su vista, ordenó fuesen puestos en seguida en libertad, y no sólo esto, sino que les proveyó de muchos rescates para su jefe, exhortándoles á que dejasen de hacerles la guerra á los guaranies, vasallos de su majestad, y en cuyo favor acababa de hecer la guerra, y vencer á los guaicurúes.

XVII

Los agaces

—Puesto que tan felizmente habéis arreglado este negocio de los yapirúes, reduciéndolos á la obediencia he de poner ahora en vuestro conocimiento un hecho de más extrema gravedad—dijo el capitán Mendoza;—me refiero al mal proceder de los

indios agaces, siempre traidores. A pesar de las paces y amistades que con ellos concertásteis, nos han dado mucho que hacer durante vuestra ausencia.

—No me sorprende la nueva—respondió Alvar Núñez;—siempre recelé de esos agaces, pues no se cambia en pocos días la condición de las gentes.

—Lo que he de referiros es muy grave—prosiguió Mendoza.—Al día siguiente de haberos ausentado con la hueste, vinieron á mano armada á poner fuego á la ciudad, y gracias á la vigilancia de los centinelas se pudo evitar una desgracia que hubiera sido inmensa. Pusiéronse en fuga, pero, malvados siempre, saquearon los caseríos y destruyeron las labranzas de los cristianos, y robaron á más de treinta mujeres guaraníes. Ya desde entonces han venido cada día á darnos rebato; las indias de su generación que os habían dejado en rehenes, se huyeron, y fueron precisamente ellas las que les enteraron de las pocas fuerzas que aquí quedaban, y que por lo mismo no podía depararse mejor ocasión para matar á los cristianos.

—Ciertamente es muy grave lo que contáis—capitán Mendoza, y es necesarió hacer un ejemplar castigo. Mandad decir á los capitanes, oficiales de su majestad, clérigos y religiosos, que se reúnan aquí en seguida para proveer lo que interesa al servicio de su majestad y á nuestra salvaguardia.

Media hora después se congregaban los citados españoles en la cámara del gobernador.

—Buenos caballeros y reverendos padres—dijo el gobernador;—yo os ruego y en nombre de su majestad os mando que cada uno diga su parecer acerca de lo que conviene hagamos en vista de la conducta traidora, homicida y criminal de los agaces, que después de haber pactado paz y amistad con los españoles han venido á atacarnos con las más aviesas intenciones, faltado á su palabra y poniendo á los pobladores en el trance de perder sus vidas y haciendas. Id diciendo uno por uno lo que creáis debe hacerse, y yo, según lo que su majestad tiene mandado, haré lo que me aconsejéis.

Levantóse Garci-Venegas y exclamó:

—El poco vigor empleado con esos miserables indios, indignos aun de ser nuestros esclavos, les ha prestado osadía. He ahí el resultado de los buenos tratamientos y de las zalemas acostumbradas con ellos. Mi parecer, es pues, que hay que combatirles á sangre y fuego para castigarles como se merecen.

Todos, sin excepción, se manifestaron del mismo parecer.

—Yo os ruego, buenos caballeros y reverendos padres—dijo Alvar Núñez,—firméis con vuestros nombres y con la propia mano el acuerdo que se ha tomado.

Así lo hicieron todos.

—Y ahora, para que no se pueda decir que se ha procedido sin justificación, cuidaréis de formar proceso contra ellos. señor comisario, y lo juntaréis con los otros cuatro procesos que hay hechos, desde antes de mi llegada. Dios os guarde.

Salieron todos los reunidos, haciendo cumplida reverencia al gobernador, y llamando luego Alvar Núñez al alférez Chaves, le dijo:

—Enviad á buscar á los indios principales guaranies, y que se presenten luego.

Obedeció el alférez y al corto tiempo entraban en la cámara Pedro de Mendoza, Salazar, Ayucar, Ruiz Mairaru y demás jefes.

—Os he llamado—dijo el gobernador,—para que, sin faltar ni uno sólo, me traigáis todos los prisioneros guaicurúes que hicimos en la guerra, y entended que castigaré con el mayor rigor al que oculte á ninguno. Avisad cuando estén reunidos en el patio.

Los jefes guaranies se dirigieron en seguida á cumplir la orden, y una vez formados todos en el lugar dicho, bajó Alvar Núñez, y les dijo:

—Sabed todos que su majestad no quiere que ninguno de vosotros sea hecho esclavo, antes bien es servido de que se os ponga en libertad, libres seréis por lo tanto; volveréis á vuestras tierras y espero no os apartaréis de la obediencia del rey

de España que os ampara y defenderá siempre. Entretanto, vaya uno de vosotros á participarlo á los jefes, y en mi nombre entregadles como prenda de aprecio algunos rescates que os daré.

—Yo iré, si os place así—dijo uno de los prisioneros de gentil apostura.

—Enhorabuena; id, pues—dijo el gobernador.

Alborozados los guaicurúes levantaron los brazos al aire y prorrumpieron en alabanzas al noble y generoso gobernador.

Cuatro días habían transcurrido de la escena acabada de referir cuando el gobernador recibió aviso de la llegada de unos jefes guaicurúes que solicitaban audiencia todos ellos muy pintados y empenachados, y sin armas.

Bajó Alvar Núñez al patio, y en cuanto apareció, sentáronse los guaicurúes sobre un pie, en señal de paz, según era su costumbre. Llevaban consigo «lengua» ó sea un intérprete, y este habló al gobernador diciendo:

—Somos los principales de la nación de los guaicurúes. Nosotros y nuestros antepasados hemos tenido guerras con los guaraníes y los agaces, los guataes y naperúes, los mayaes y los yaripúes, y siempre los vencimos, jamás pensamos pudiera vernos nadie. Pero nos habéis vencido vosotros, y puesto que sois más valientes que nosotros venimos á ponernos en vuestro poder y á ser vuestros esclavos para serviros. Mandadnos, pues, gobernador, lo que queráis que hagamos, como súbditos obedientes; todo nuestro pueblo espera en la otra orilla para ofrecerse en vuestro servicio.

El gobernador mandó decir por su intérprete:

—Grande honor es para su majestad que una gente tan valerosa y tan temida venga á ponerse en su poder. Sabed que hemos venido aquí por su mandato, para que todos los naturales vinierais en conocimiento de Dios Nuestro Señor, y fuerais cristianos y vasallos de su majestad; para poner paz y sosiego entre vosotros; para apartaros de las guerras que hacéis á nuestros amigos los indios

guaranies. Sed también amigos nuestros y como á ellos os defenderemos y os trataremos.

—Tened por seguro, y lo juramos por los huesos de nuestros antepasados, que todos queremos ser vasallos de su majestad y amigos vuestros; que no nos apartaremos de la amistad de los guaranies y que os traeremos todo lo que hayáis menester.

—Así lo espero—respondió Alvar Núñez,—y para que veáis que es verdad lo que os digo, quedan en libertad todos los prisioneros que os hicimos...

A una señal de Alvar Núñez fueron conducidos allí los guaicurúes que estaban bajo la custodia de los guaranies, y les dijo:

—Libres sois... Volved á vuestra tierra...

Tal fué el asombro que les causaron estas palabras, que parecía no acertaban á creerlo, pero cuando, por fin, se convencieron, rompieron todos en alegres exclamaciones y se arrodillaron ante el gobernador, demostrándose con la la expresión de su semblante el inmenso agradecimiento que hacia él sentían.

—Y decid ahora,—repuso Alvar Núñez.—¿Qué ha sido del prisionero nuestro, único que nos hicisteis cuando volviamos de la guerra? ¿Lo matasteis?

—No lo matamos y volverá cuando quiera—dijo uno de los jefes.

—¿Cuándo quiera? Entonces ¿por qué no ha venido con vosotros?

—No ha querido.

—¿No ha querido? ¡Extraño caso!

El jefe pareció no comprender la extrañeza, y se dispuso á partir con los demás. Alvar Núñez, para más asegurar la sumisión de aquellos valerosos indios les colmó de presentes, entre ellos joyas, hachuelas, camisas, bonetes, cuentas y tijeras, con lo cual se embarcaron contentísimos.

Veíanse desde la Ascensión, en la opuesta orilla del Paraguay, gran multitud de gente, que en cuanto aportaron las primeras canoas, con los prisioneros, levantaban los brazos en alto y proferían jubilosos gritos.

La noticia de la victoria conseguida por los españoles sobre los hasta entonces invictos guaicurúes, produjo lo que se llama hoy un efecto moral inmenso en las demás tribus indias, que de continuo enviaban embajadas á la Ascensión en solicitud de ser admitidos á la obediencia de su majestad el rey de España, dejando rehenes en garantía de su palabra.

Diez días después de la reunión celebrada para acordar el castigo de los traidores agaces, y terminados los procesos que mandó formar, volvió á reunir á los capitanes, oficiales y religiosos, y se resolvió condenar á pena de muerte á catorce de los presos, como así se hizo, ahorcándolos.

Resueltas aquellas cuestiones, fué cuando Alvar Núñez dispuso el socorro que á las órdenes de Gonzalo de Mendoza debía pasar á Buenos Aires.

XVIII

Idilio

Era un medio día de á primeros de Agosto. Los tibios rayos del sol calentaban dulcemente, mitigando el vigor del frío que se dejaba sentir. El Paraguay reflejaba en su rápida corriente el verdor de sus orillas, cubiertas de arboledas y manglares. Trinaban millares de pájaros en el tupido ramaje, y oíanse los destemplados gritos de los monos que saltaban de una rama á otra y el ronco bramido de los ciervos corriendo en la espesura de la selva.

El paje Antón Bravo se halla muellemente tendido en una hamaca suspendida de las ramas de un sauce colosal y sentada sobre un montón de ramas, á su lado, veíase una joven india, ceñida la cabeza con un penacho de plumas de avestruz. Iba envuelta en una manta de colores y caía á lo

largo de su espalda en dos trenzas la abundosa y negra cabellera. La joven contemplaba amorosamente al gentil mancebo, que por su parte, la tenía cogida de una mano.

A ella debía la salvación el paje de Alvar Núñez.

Era rarísima costumbre de los guaicurúes el derecho que poseía toda mujer á redimir al prisionero que quisiera, el cual desde entónces, no sólo tenía salva la vida, sino en plena libertad. El cautivo podía entonces marcharse, si así lo deseaba y en caso de quedarse entre los guaicurúes, era considerado como igual á ellos. De ahí lo que se lee en los «Comentarios» de Alvar Núñez, es á saber: «Y es cierto que las mujeres tienen más libertad que la que dió la reina Doña Isabel, nuestra señora, á las mujeres de España».

Digamos ahora que había tenido doble suerte Antón Bravo, pues además de haber salvado la vida, resultaba que su bienhechora era verdaderamente hermosa, y lo hubiera sido aún entre los españoles, tan esbelto era su talle, tan dulce era su mirada, delicadas sus facciones y bien formado el cuerpo, prescindiendo del color ligeramente rojizo de su tez.

El paje, que en un principio sólo había experimentado vivísima gratitud hacia su salvadora, acabó por sentirse preso en las amorosas redes de Cupido, cuyo imperio, á lo que se veía, se extendía también á aquellas hasta hacía poco tiempo ignotas tierras.

Poco á poco, habían logrado entenderse, y aunque la india, llamada Aracasa desconocía en absoluto las finezas del trato civilizado, sabía expresar con los ojos y la inflexión de la voz el profundo amor que hacia el lindo paje sentía.

Antón Bravo había comenzado por pasar alrededor del cuello de la joven un collar de conchas del cual pendía una cruz, y la señalaba el cielo, como asiento de la Divinidad representada en aquella cruz.

Ello es que, sujeto por aquellas dulces cadenas, no se había dado prisa en repasar á la Ascensión,

dejando siempre tomar una resolución al otro día. Y así pasaron semanas, y aun tal vez no se hubiera decidido nunca á volver á no haber tenido noticia de los preparativos de una expedición que organizaba el gobernador para hacer «una entrada» ó sea nuevos descubrimientos de tierras.

La joven, entre palabras castellanas y otras de su propia lengua, que ya Antón Bravo comprendía, le decía:

—Me engañarás, Antón... Te irás y me dejarás sola... y yo me moriré de frío...

—No, no te dejaré nunca... Siempre irás conmigo...

—Te dará vergüenza...

—¡Pobre Aracara! Era una mujer como las demás, sólo que más buena que todas las demás... Te debo la vida y la libertad, y por ello no soy tu dueño, sino tu esclavo...

—En tu tierra las mujeres son más hermosas que nosotros. ¡Qué dirían de mí si me vieses!

—Hay indias tan hermosas como puedan ser las mujeres más hermosas del mundo... Un capitán nuestro, llamado D. Hernando Cortés, que conquistó un imperio más grande que toda la tierra que se ve desde la cumbre de vuestros montañas, amó como te amo yo á ti, á una india, y no sería tan hermosa como tú.

—¿Es verdad?

—Verdad; la convirtieron en cristiana, como te convertirán á ti, y se llamó Marina, y fué después dama principal, como lo serás tú.

—¡Que buenos sois! No solamente los más valientes de la tierra, sino los más nobles.

Así debes pensar siempre, Aracara. Los españoles no venimos á hacer daño á nadie, sino á convertir al cristianismo á los que ignoran á Dios Nuestro Señor, y una vez amigos nuestros, ya no los tenemos por indios, sino por hermanos en Dios, y no nos damos vergüenza de casarnos con indias... ¡Oh, cuántos hay ya que se han casado!

—Yo no te pido que te cases conmigo, sino que me quieras,—respondió la india.

—No has de pensar así, Aracara. Las mujeres deben casarse con aquellos que las aman; y no han de querer ya jamás á otro.

—Está bien hecho, pero aunque no nos casáramos, yo no querría jamás á nadie sino á ti, aunque nuestra costumbre es diferente, pues les queremos á cuantos nos piden que les queramos.

—Eso es pecado para los cristianos; pero ya habrá tiempo de que vayas aprendiendo y sabiendo los mandatos de nuestra santa religión.

—Obedeceré todo lo que manden que he de hacer y he de pensar. Mientras no me abandones, haz de mí lo que quieras.

Antón Bravo saltó de la hamaca, donde descansaba á consecuencia de una ligera herida que había recibido en una rodilla, al ser hecho prisionero, y abrazó con efusión á Aracasa.

—¡Ea!—exclamó. Ya es hora... Vamos...

Los dos se dirigieron algún trecho hacia abajo y se detuvieron al llegar á un árbol al cual estaba atada una canoa, dentro de la cual se veían una calabaza y una bolsa curiosamente tejida.

Antón Bravo atrajo la canoa hacia el margen, poco elevado allí, y saltó en la embarcación, donde recibió en sus brazos á la joven.

Cogió luego los remos, y colocándose á popa, hundió uno de ellos en el agua, á guisa de timón, dejándose llevar de la corriente.

La joven, llena de alegría, no dejaba de mirarle ni un momento, riendo y volviendo la cabeza á cada punto hacia abajo hasta que á las dos horas distinguieron en la opuesta orilla las casas de la Ascensión, asentada en lo alto de un cerro bañado por el río.

La llegada del paje fué saludada con entusiastas vítores, por contar con muchísimos amigos entre los soldados y los pobladores, y todos á una hubieron de sentir envidia al notar la singular belleza de la joven guaicurúe que con él venía.

Alvar Núñez, radiante de contento, aunque procurando ocultarlo bajo un aire de serenidad, le recibió diciendo.

—¡A buena hora llegáis, paje! ¿Os habéis perdido por allá?

—Por más que perdido hubiera debido darme, señor, á no haberse apiadado Dios de mí haciendo que una mujer de los guaicurúes, muy joven y bonita, me salvara de la muerte.

—Debéis entonces, quedarla agradecido, y procurar la salvación de su alma, que es lo mejor que puede hacerse en favor de los pobres gentiles.

—Eso he hecho, señor, y así la he traído conmigo para que la cristianen... á bien que ya empecé á hacerlo yo mismo.

—¡Ah, paje! ¡Ya comprendo entonces por qué habéis tardado tanto!—exclamó sonriendo Alvar Núñez... ¡Andad con Dios y tened en cuenta que aunque se trate de una india, es tan digna de respeto como la más linajuda señora castellana! Así, conducíos como hombre de honor, y si no lo hiciéseis, sabré obligaros yo.

—Señor gobernador sé lo que debo hacer, pues por algo soy vuestro paje desde ha cuatro años, y á vos os tengo por dechado.

—Pláceme que habléis así, y si os he dicho lo que os he dicho es porque no solamente hay que cumplir con la ley de Dios, sino evitar todo motivo á que se enojen las mujeres, que si bien tratadas son ángeles, pueden convertirse en demonios, si á tal extremo se llega en maltratarlas. Y yo me entiendo, y Dios me entiende. Algún día habrá que lamentar una desgracia, y no tendrá de ello la culpa las indias, sino nosotros.

XIX

Amorosas cuitas

Era maravillosa la actividad que en todo desplegaba el gobernador. En ocho meses que llevaba tan sólo en la Ascensión había sometido ya por las

armas, ya por la política, á las tribus enemigas de las vecinas tierras: había enviado dos expediciones á Buenos Aires; había asegurado el abastecimiento de la ciudad, y se disponía ahora á emprender una importantísima expedición para descubrir nuevas tierras y reducirlas á la obediencia del rey de España. Con lo hecho quedaba más que realizado su principal objeto, cual era el socorro de los españoles que habían quedado en el Río de la Plata, después de la catástrofe experimentada por la armada de D. Pedro de Mendoza.

Trabajábase con ardor en la playa de la Ascensión en la construcción de varios bergantines y diez navios de remos para remontar el río y de una carabela que Alvar Núñez pensaba enviar á España para dar noticias de su empresa. Véanse en las riberas inmensos rimeros de tablones, grandes troncos de árboles que eran entregados á los aserradores y no cesaba el martilleo de las fraguas y el golpear de los martillos de los calafates.

Todo lo había dispuesto personalmente Alvar Núñez; él mismo había ido á buscar las maderas, que luego los indios habían cortado y traído, cobrando religiosamente lo pactado, como tenía por costumbre hacerlo el gobernador, enemigo de imponer jamás prestaciones ni obligar á trabajos forzados.

Mientras se procedía á la construcción de los nuevos buques, envió Alvar Núñez, á fines de Noviembre (1542) tres bergantines con 90 españoles y algunos indios, al mando de Donmingo de Yrala (el exteniente de gobernador) para que remontando el Paraguay fueran á descubrir nuevas tierras.

Un mes después, llegaban á la Ascensión la nao y los cuatro bergantines de Estopiñan, Romero y Gonzalo de Mendoza, pero la alegría que esto ocasionó hubo de quedar turbada por la ansiedad con que se esperaba el regreso de Domingo de Yrala, del cual no se tenía noticias desde que partió en octubre.

Pero no solamente ocurrían cosas notables que todo el mundo sabía, sino que en aquella aparta-

dísima colonia, perdida en la inmensidad de lo desconocido, se desarrollaban dramas terribles como en la más agitada ciudad de España; misteriosas aventuras, tristísimas escenas.

En la misma hora en que, llegada Isabel Venegas á la Ascensión, departía en la reja con el capitán Salazar, renovándose entre ambos los más apasionados juramentos, el alférez Chaves, envuelto en una manta de indio, se hallaba apostado en el extremo de la desierta calle donde conversaban los dos enamorados. Sentía cómo se le retorcia el corazón de celos, y su mano trémula acariciaba nerviosamente la cruz del puñal que llevaba en el cinto.

Allí, á su alcance, estaba el rival aborrecido, pero no era él quien debía matarle; había jurado, al contrario, que jamás se defendería; recordaba amargamente que debía la vida á Isabel, y en su desesperación maldecía el momento en que la joven pudo librarle de los brazos del guaraní en el ataque del campamento. Habría sido preferible mil veces la muerte. Más de una hora duró aquel suplicio, durante el cual, á pesar del sofocante calor que se dejaba sentir, todo su cuerpo estaba cubierto de un sudor helado. Por fin vió cómo se retiraba el capitán, que pasó por su lado sin reconocerle.

Martín de Chaves, entonces, remontó la calle, y al mirar hacia la reja vió una sombra blanca, detrás de ella. Pasó apresuradamente, pero en seguida, como atraído por fuerza irresistible retrocedió y de nuevo cruzó por delante de la reja.

Esta vez no era vaga sombra lo que se distinguía, sino á Isabel, que, quizá molestada por el calor, se hallaba allí, para respirar más fácilmente.

Chaves, sin ser dueño de sí se detuvo y murmuró:

—¡Dios santo! ¿á qué venís aquí?—exclamó en tono angustioso.—Dejadme... Idos... ¡Oh Dios mío!... Idos, idos, por favor...

—Sí... me voy... perdonadme... Isabel, adios...

—No me habléis... idos... Pero por Dios os ruego

Alvar Núñez,—6

no os vuelva á ver aquí... nunca... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y diciendo esto la joven se alejó hacia el interior del cuarto, grande y casi desnudo de muebles, según se pudo ver á favor de la débil claridad que penetró por su puerta, al abrirla la joven.

Chaves, sombrío, se encaminó hacia su casa, presa de la más violenta agitación.

¿Qué hacer? se preguntaba el desgraciado. Y reconocía que era superior á sus fuerzas resistir aquel tormento que se le esperaba á cada momento, al pensar que el capitán é Isabel se verían, se hablarían, se escribirían y concertarían... ¡Maldecida hora aquella en que Alvar Núñez le envió con Romero al socorro de la nao! ¡Maldecida aquella en que no cayó bajo la maza del guarani!

—No: yo no puedo continuar cerca de «ellos»,— exclamó por fin el alférez...— ¡Quiero morir, é iré en busca de la muerte!

Al día siguiente el alférez Martín de Chaves se avistaba con algunos jefes guaranies, y pedía después audiencia al gobernador.

Apresuróse este á concedersela, y al ver á Chaves le recibió afablemente, por apreciarle en singular manera.

—Señor gobernador—dijo el joven;—vengo á pedir una merced, que ningún daño puede causar á nadie, antes bien quizá pudiera producir algún bien.

—Hablad, Chaves, si de mí depende podéis darla por concedida.

—Desde octubre no se tiene noticia de Domingo de Yrala, y quisiera pedir permiso para salir yo en su busca.

—¿Vos? ¿y cómo queréis emprender esa expedición sino tengo gente que daros?

—No os pido nada, sino el permiso. Yo me arreglaré. Conozco algunos indios que me seguirán, y con ellos solos basta.

—En tal caso, no sólo os doy permiso, sino que os agradeceré en el alma vuestra valiente resolución. Pero ¿no habéis pensado en los peligros que

corréis? Vais á penetrar en tierras que no sabemos quienes las habitan; pueden ser indios feroces ó cuando menos traicioneros, creed que si os sucediera una desgracia no me perdonaría jamás haber sido el causante de ella.

—El oficio del soldado, señor gobernador, es morir, si no hay otra salida... Pero á lo menos, si muero, lo habré hecho con gloria, y para servir de algo á los míos.

—Sois un bravo, alférez Chaves. Disponed lo necesario, y partid cuando queráis.

—Os quedo agradecísimo, señor gobernador. Partiré esta misma tarde; ya están preparadas las canoas, y sólo tengo que pedir os me recomendéis á Dios. si por acaso no vuelvo.

—¡Venid á mis brazos, hijo mío!—exclamó Alvar Núñez. profundamente conmovido.

Abrazáronse el noble anciano y el joven oficial, y Chaves salió de la cámara cubierto de palidez, pero firme y arrogante.

No costó mucho alistar algunos centenares de guaranies, y como se esparciese la noticia de aquella inesperada expedición, tres soldados, que se hallaban de tiempo en la Ascensión, pidieron á Chaves les permitiese ir con él, á lo cual accedió recibida la venia del gobernador.

Antes del anochecer partían remontando el Paraguay más de cincuenta canoas, yendo en la primera el alférez Chaves y dos jefes guaranies, conocedores del país.

Terriblemente penosa fué aquella expedición, pero de nada se quejaba Chaves, que á cada momento daba pruebas del más temerario valor como si buscara la muerte. Llegados al puerto llamado de las Piedras, setenta leguas más arriba de la Ascensión, salió á su encuentro un cacique llamado Moquiraci, señor de aquellas tierras, que se opuso por toda clase de medios á que desembarcaran para ir descubriendo tierras, y sobre todo el paradero de la gente de Domingo de Yrala, que por allí había debido hacer la entrada. Chaves, sin embargo, logró con su energía forzar el paso.

Guiados por los que se decían prácticos en aquel terreno internáronse los cuatro españoles y los guaranies, y así anduvieron á la aventura por espacio de treinta días, víctimas del hambre y la sed más extremadas; por dichosos se daban cuando podían encontrar algunos cardos. Por fin, no sintiéndose ya con fuerza para continuar, á pesar de las conminaciones de Chaves, acordaron regresar á la Ascensión. Regresaron, pues, y al llegar al puerto de las Piedras, halláronse con Moquiraci, que salió al frente de su hueste, lanzando sus hombres amenazadores gritos contra los españoles.

—¡Os queréis matar los cuatro!—exclamó uno de los jefes guaranies.—Escondéos entre nosotros: abandonad vuestros vestidos y armas... Estáis perdidos...

—¡Eso lo vamos á ver!—respondió Chaves, y escapando como un loco de entre los guaranies que pretendían retenerlo, con una lanza en una mano y el puñal en la otra corrió hacia donde se hallaba Moraquici, y sin detenerse por la lluvia de flechas que contra él caía, destrozándole la ropilla, y atravesándole el morrión, cayó sobre el jefe indio pasándole de parte á parte con su lanza, á cuya vista dispersóse su hueste lanzando espantosos gritos.

Habían desaparecido las canoas que dejaron en el puerto de las Piedras, y hubo que emprender á pie el camino de la Ascensión, después de cruzar el río en balsas. Todos los expedicionarios volvían flacos, desastrados, debilitados con aquellos largos padecimientos, pero se hubiese dicho que Chaves estaba verdaderamente loco, tan extraviada era su mirada, tantas veces se le oyó hablar solo y tan rudos sacudimientos experimentaba á veces, sin motivo que los explicase. Pálido, ojeroso, crispados los labios, breve el habla parecía la imagen de la desesperación.

—El alférez debe tener los demonios en el cuerpo—decía uno de los soldados españoles,—porque no se comprende que no duerma, ni se esté quie-

to, ni piense en los peligros que se va buscando el mismo.

—Razón tenéis, Valdés—respondió otro.—Sólo teniendo el diablo en el cuerpo se puede salvar la piel después de lo que hizo con el Moquiraci... No le tiraron tantas flechas á San Sebastián como á él, y ninguna le dió.

—Eso es ser hombre de suerte y nada más,—arguyó el tercero.—Allí tenéis á Alvar Núñez, que se salvó con otros tres, de entre los seiscientos que fueron con Pánfilo de Narvaez á la Florida.

—Sí; no se puede negar que es hombre de suerte el gobernador. Yo estaba casi á su lado cuando en la guerra con los guaicurúes le pasaron dos pelotas tan cerca del rostro que le chamuscaron la barba, y por cierto que no acerté á comprender cómo pudieron ir á parar allí los tiros.

—Es buen cristiano, y Dios le tiene bajo su amparo—dijo Valdés.

XX

El incendio

Corrían los días mediados de febrero cuando los expedicionarios divisaban á lo lejos el alegre caserío de la Ascensión, sobre la elevada colina á cuyos pies se deslizaba el Paraguay.

—¡Gracias á Dios!—exclamaron los soldados...—Allí están nuestros compañeros...

—Sí, allí están,—respondió como ensimismado Martín Chaves.—Allí están ellos...

No faltaría un cuarto de legua para llegar cuando Valdés exclamó:

—Me parece que sale mucho humo de la parte donde está nuestro cuartel...

—Sí... es cierto—respondió otro soldado.—Hay mucho humo... Algo se quema...

No había acabado de decir estas palabras cuando de en medio de la humareda comenzaron á surgir grandes llamas, que se propagaron en seguida con pavorosa rapidez, hasta envolver en pocos minutos una gran extensión del caserío, casi todo él de esteras, paja ó madera, siendo muy pocas las casas de tapia.

—¡La Ascensión arde!—exclamó Chaves... Corramos...

—Pero los soldados y los indios, harto cansados de la caminata y nada temerosos de las consecuencias de la guerra, ya que á tal distancia se hallaba de la hoguera, no parecieron dispuestos á seguir al alférez, el cual, por otra parte, sin cuidar de si continuaban ó no, corrió á todo correr hacia la ciudad, tropezando con los grandes tropeles de gente que de la Ascensión salían huyendo des-pavoridos.

—¿Dónde es el fuego?—preguntó Chaves á unos guaranies.

—Toda la ciudad está ardiendo... Ya no hay en ninguna cuadra que no hayan prendido las llamas.

—¿Y por dónde ha empezado?

—Por la casa de Arévalo...

¡La casa de Arévalo estaba frontera á la que ocupaba el capitán Garci-Venegas!

Chaves loco de terror, penetró en la ciudad, y corrió jadeante, por entre los escombros humeantes, hacia la casa de Isabel, teniendo á cada momento que retroceder por cerrarle el paso las llamas.

Horrible era el cuadro que á la vista se ofrecía, á cuyo doloroso espectáculo se añadía el desesperado vocerío de los que se hallaban en peligro, los lamentos de los heridos y el despacible són de los atambores y bocinas de los indios, que poseídos de terror tocaban á alarma. En una encrucijada, entre montones de humeantes esteras y tablones, encontróse Chaves con Alvar Núñez, que á la cabeza de algunos soldados recorría las calles, y dictaba las disposiciones más al caso para com-

batir en lo posible el incendio. Desde la ciudad al río había largas hileras de soldados é indios que se pasaban de mano en mano los cubos de agua para apagar el fuego, único medio utilizable.

Martín de Chaves retrocedió, para no perder minuto en conversación, y dando vuelta á una pared que amenazaba desplomarse de un momento á otro llegó frente á la casa del capitán Venegas cuyas paredes por ser de adobe, habían resistido. Las casas de al lado estaban ardiendo, y la de Arévalo era un montón de ruínas.

Habíanse quemado las puertas y ventanas y salía por ellas una acre humareda. Chaves penetró en la casa y no oyó el menor grito. El calor era tan horrible que parecía el interior de un horno.

—¡Capitán! ¡Isabel!—gritó.

Nadie respondió. Inquieto, sin embargo, fué siguiendo en su busca y de pronto prorrumpió en un grito. El capitán é Isabel se hallaban tendidos en el suelo, en un oscuro aposento, junto á una puerta por donde seguramente habían pretendido huir y no había cedido por no correr el cerrojo, de puro enmohecido.

Chaves cogió á Isabel y la levantó. Sus labios estaban cubiertos de espuma y no respiraba.

—¡El humo la ha ahogado!—exclamó con desesperación, y corrió con ella hacia el cuarto de la reja.

Dejóla en el suelo otra vez, desatacó su corpiño, y abriéndole con fuerza los labios cerrados la introdujo los dedos en la boca y hasta las fauces, para sacar la espuma de que estaba llena la boca.

Después comenzó á golpearle en la espalda, poniéndola boca abajo y apretó con fuerza el pecho.

¡Era en vano! Isabel no daba el menor quejido; sus manos y su rostro estaban fríos, con la frialdad de la muerte.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡alma mía!—exclamaba el alférez. ¡Vuelve en tí!... ¡Isabel!...

No quería abandonar aquel adorado cuerpo; no quería aceptar el desengaño terrible de que todo había acabado. Continuó extrayendo la espuma que

de nuevo subía á la boca; continuó golpeándola en la espalda; continuó apretándole fuertemente el pecho.

No daba Isabel señal de vida.

—¡Así he de perderte!—exclamó. ¡Oh, no habrás muerto sola!

Y levantando á Isabel oprimiéndola violentamente contra su pecho; con verdadera locura, como si quisiera que sus cuerpos se fundiesen en uno solo. Así permaneció largo tiempo dejando únicamente de estrechar á la joven contra su pecho para respirar él.

De pronto creyó soñar... Hacía más de media hora que tenía á Isabel en sus brazos, cuando la joven lanzó un debilísimo suspiro.

—¡Isabel! ¡Isabel mía!—exclamó Chaves.

La joven volvió á suspirar.

—¡Isabel! ¡Vives! ¡Vives!... ¡Alma mía!...

La joven hizo un ligero movimiento, pero volvió á caer aplomada en brazos del alférez.

Este, atribuyendo aquella especie de resurrección á la fuerte opresión que había ejercido contra el seno de Isabel, volvió á comprimir su pecho con las manos, y con el pañuelo de la desgraciada niña volvió á extraer la espuma de sus labios.

A los dos minutos Isabel volvió á suspirar, pero esta vez abrió los ojos y miró á Chaves, aunque sin parecer reconocerle.

El alférez la colocó en el suelo, con la cabeza levantada y ladeada, y desabrochó su basquiña.

Isabel murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Isabel... ¡Demos gracias á Dios!... ¡Estáis salvada!...

—¡Ah! ¡Mi padre!—exclamó.—¡Mi padre!... ¿dónde estáis, señor?... Venid...

Chaves respondió:

—No temáis... Pronto lo veréis... Calmaos... Bebed...

Y acercó á los labios de la joven un jarro de agua, asaz caliente, que en el cuarto había.

—Tranquilizaos, Isabel... ¡Vuelvo al momento á vuestro lado!...

Chaves fué hacia el cuarto donde quedaba yaciendo el capitán Garci-Venegas y lo condujo á otro aposento, más claro.

El capitán no daba tampoco señales de vida. El alférez le quitó la ropa, hasta dejarle desnudo de arriba, y comenzó á apretarle el pecho con las dos manos, descansando tan sólo para respirar.

De vez en cuando abandonaba la pesada faena para ver si le ocurría alguna novedad á Isabel, que seguía en el suelo, medio desvanecida aún.

El capitán, á pesar de todo, no daba la menor señal de vida.

El alférez, que parecía empeñado en desafiar á la muerte, quiso continuar á pesar de todo, y cuando se cansaba de apretarle el pecho, golpeábale las espaldas al asfixiado.

Una hora había transcurrido de esta suerte, cuando Garci-Venegas pareció respirar aunque muy levemente.

—¡Capitán!—exclamó Chaves.—¡Animo!... ¡Estáis salvado!...

Garci-Venegas dió otro suspiro y abrió los ojos.

—¡Gracias á Dios, capitán!... ¡Sea enhorabuena!... ¡Ya no hay nada que temer!...

El capitán miró en torno suyo con estupor, y no pareció reconocer á Chaves. Este, le dejó colocado también con la cabeza algo levantada y vuelta á un lado, instintivamente, corrió hacia donde estaba Isabel.

El humo había desaparecido en parte, pero era insoportable el olor acre y nauseabundo que se dejaba sentir, procedente de la paja, las ropas los animales domésticos y las provisiones que habían sido pasto del terrible incendio.

Isabel se hallaba aun en el suelo, calentado como si debajo hubiera brasas.

—Señora—exclamó Chaves, al dirigirse á ella,—Dios ha querido traerme á esta casa. Perdonadme si me veís de nuevo aquí.

—¡Chaves!—murmuró débilmente la joven. Y en

seguida, como despertando de una pesadilla exclamó:

—¡Dios mío!... Sí... ¡Nos quemábamos!... ¡Padre! ¡padre!

—Señora... el capitán Venegas se hallaba sano y salvo y pronto lo veréis...

—No... Quiero verle en seguida, vivo ó muerto... Llevadme, llevadme á él... ¡Padre de mi alma!...

El alférez se inclinó y cogiendo á Isabel por el talle la levantó, sosteniéndola en sus brazos, pero apenas hubo dado dos pasos por el cuarto, perdió de nuevo el sentido.

—¡Isabel!—exclamó dulcemente Chaves.—¡Ea! ¡Cobrad ánimo!...

Chaves mojó el pañuelo en el agua del jarro y frotó la frente y las sienes de Isabel, que al cabo de algunos minutos volvió en sí, y rompió á llorar amargamente.

El alférez dejó que la joven diera rienda suelta al llanto, sosteniéndola siempre por el talle. La joven, suelta la cabellera, en desorden los vestidos, pálida, frías las manos, se abrazó entonces á Chaves, colgóse de su cuello y así permaneció largo rato, bañando con sus lágrimas el pecho del enamorado alférez, cuya cabez, presa del vértigo, parecía darle vueltas.

—Vamos á ver á vuestro padre, señora—murmuró por fin Martín de Chaves.

Isabel fijó en el rostro del joven sus bellos ojos garzos enrojecidos por el llanto y le dijo:

—Martín!... ¡Me habéis salvado dos veces la vida!...

—Señora—respondió Chaves—Dios lo ha querido.

Un momento después Isabel se arrojaba en brazos de su padre. que, de cada vez más animado, quiso levantarse.

—¿Cómo vivimos?—exclamó luego.—Recuerdo que sofocado por el humo perdí el conocimiento y debe hacer muchas horas de esto... ¡Ah! ¡La cabeza me da vueltas!...

—Valor, capitán; ha pasado ya todo peligro...

—Pero... ¿vos aquí?... ¿no habíais salido á buscar á Yrala?

—Sí, y he vuelto esta mañana, cuando comenzaba el incendio... No sé quién me ha dicho que os hallabais aquí... y he acudido...

—No olvidaré nunca lo que os debo, Alférez,—respondió Garci-Venegas...

—Capitán, es deber de todo cristiano favorecer al prójimo.

Garci-Venegas pareció meditar un momento y repuso:

—Sí... ya voy recordando... Ardió la casa de Arévalo como un infierno, en un santiamén, y el fuego prendió en seguida á las casas de al lado; íbamos á escapar cuando nos vimos cortados por las llamas y entonces pensé en salvarnos saliendo por la puerta del corral... El humo nos cegaba... la puerta no cedía... y caímos... Sí; el fuego empezó por la casa de Arévalo... Pero ¿no oís? Ruídos de atabales... gritos...

—Dejemos á los demás; ya nada hay que temer aquí, pues todo ha quedado destruído menos esta casa... Pero, aquí, no se puede respirar... Salgamos pronto... Nos iremos al monte, y allí podré dejaros en seguridad—respondió Chaves,—Ea, valor, y confiemos en que el gobernador dispondrá lo necesario para que pronto quede remediado el estrago.

—¡El gobernador!—exclamó Garci-Venegas.—Desde que llegó aquí todo han sido desgracias... ¡Malhaya él!

Chaves guardó silencio.

—¡Dejadlo, padre!—dijo Isabel.—Vámonos, vámonos... Nos vamos á ahogar de calor aquí.

El alférez é Isabel, cogieron del brazo al capitán; los tres fueron atravesando por entre las humeantes ruínas de la ciudad hasta llegar á la entrada de un bosque, en el cual se habían refugiado gran número de pobladores. Veíanse desde la altura la humareda y las llamas que acababan con lo que aun quedaba en pie.

Nada más extraño que el aspecto de aquella multitud; la mayoría de las mujeres iban casi desnudas,

por haber escapado mientras se hallaban en casa, aligeradas de ropa, por el sofocante calor del día. Los hombres no iban menos desprovistos de ropa, pues á las señales de alarma mandadas dar por el gobernador sólo habían cuidado de llevarse las ballestas, arcabuces, pistoletes, espadas, puñales, hachas y picas que tenían, en la creencia de que los indios se habían declarado en insurrección.

Había sido inútil toda tentativa para atajar el incendio, que hasta pasados cuatro días no quedó extinguido, habiendo sido tanta su violencia que el suelo estaba caliente hasta una braza bajo tierra. Con aquel calor, conmovidos los cimientos, derrumbáronse las casas de adobe que aun se sostenían en pie.

Reconocidas las ruínas resultó que de doscientas casas de la Ascensión habían quedado arruinadas ciento cincuenta, salvándose las demás por hallarse edificadas á uno y otro lado de un arroyo, que había servido para apagar el fuego. Quemáronse cinco mil fanegas de maíz, casi igual cantidad de harina de lo mismo, gran cantidad de gallinas y puercos, y casi todas las ropas.

Entre las víctimas, no muchas por fortuna, se hallaba el oficial de su majestad, Juan de Arévalo, en cuya casa había comenzado el fuego.

El capitán Salazar de Espinosa, esclavo de su deber, había permanecido constantemente al lado del gobernador, por cuya boca supo, con inmensa alegría, que se hallaban salvos el capitán Garci-Venegas y su hija, por verdadero milagro, pues desde el primer momento se les había dado por muertos, ya que su casa estaba frontera á la de Arévalo, y nadie había acudido allí, por el peligro que había de pagar con la vida el acercarse.

—¡Pobre Isabel!—había exclamado el capitán.—su vida, tan preciosa ha corrido mil peligros. Combatida unas veces por el agua y otras veces por el hierro, el fuego se volvió ahora contra ella, librándose de nuevo de la muerte. ¡El cielo la protege.

XXI

Camira

Procedíase con fébril actividad, por orden de Alvar Núñez, á la reconstrucción de la ciudad, que en vista de la catástrofe acaecida, mandó se fabricaran en lo sucesivo de tapia las casas.

Siempre generoso, mandó hacer un pregón anunciando que cuantos no tuvieran que comer se presentasen en el solar donde se levantaba antes su casa, donde se les proveería de cuanto hubiera necesidad, y al mismo tiempo que cuantos lo desearan podían acudir á él, para ayudarles en la reconstrucción de las viviendas, pagado todo de su bolsillo.

Gracias á los guaranies y guaicurúes, no faltaron mantenimientos ni vestidos, por más que estos últimos consistiesen tan sólo en mantas de algodón tejidas por los indios, y en cueros de venado, con lo cual quedaron igualados, en punto á vestimentas, los naturales y la mayoría de los españoles.

No había transcurrido una semana desde el incendio, cuando Aracara, la hermosa guaicurúa que había salvado la vida de Antón Bravo, hubo de quedar rosprendida al oír que la llamaban en su lengua, mientras se dirigía á una ermita, levantada en una cumbre cerca de la ciudad, donde la adoctrinaban unos frailes cada tarde.

Volvióse, y subió de punto su sorpresa al encontrarse con una india de arrogante presencia y que sólo contaba algunos años más que ella, á la cual conocía de niña y había sido hecha prisionera cuando la guerra de Alvar Núñez, sin que hubiese vuelto á los suyos, con los demás prisioneros, puestos en libertad.

—¡Camira! — exclamó Aracasa. — ¡Tú aquí! ¡te creíamos muerta!

—No, viva estoy, por mi desgracia. Pero ¿cómo te hallas con los cristianos?

Refirióla Aracasa lo ocurrido y repuso Camira:

—¡Pobre niña! No sabes tú qué gente son esos españoles, que han venido aquí á turbar la paz de nuestros pueblos y á robar el sosiego de nuestros corazones. Tienen palabras dulces como la miel de las abejas al principio, pero después son amargas como la hiel del jabalí.

—No lo creas, Camira... Antón Bravo es bueno, dulce, leal.

—Deja pasar algunas lunas, y verás entonces si es cierto ó no lo que te digo.

—¡Me dás lástima, Camira! Veo que has sido muy desgraciada con los cristianos. ¿Por qué no volvías á nuestro pueblo con los demás prisioneros?

—¡Triste de mí! Porque me engañó un cristiano jurándome que habría de quererme siempre... Era oficial del rey, y se llamaba Arévalo... Tanto me rogó, que en lugar de volver con los jefes, me escondí para quedarme con él. Parecía, los primeros días, que sólo vivía para mí; se arrodillaba á mis pies, me besaba las manos, me decía que se parecía yo la Virgen de la Consolación de Utrera, el pueblo donde nació, pero no duró mucho aquel cariño... Antes de una luna, comenzó á tratarme con el mayor desprecio; pasaba días enteros sin verme, y cuando se encontraba conmigo volvía el rostro, como si le disgustase mi presencia... No así otros, que si por acaso me veían, comenzaban á echarme flores, cómo dicen ellos, y me brindaban regalos... Pero ¿cómo podía yo escucharles, si lloraba siempre al ver lo que Arévalo hacía conmigo?... Por fin, hace pocos días, llevó una mujer á su casa, una española, que había quedado viuda por haberse ahogado su marido en uno de los bergantines que fueron á Buenos Aires con Gonzalo de Mendoza. Aquella mujer era mala; me echó de su casa, pero antes de hacerlo me abofeteó, y Arévalo se reía... Juré hacer el trueque (1) y aprovechando la ocasión de no haber en la casa más

(1) Tomar venganza.

que Arévalo y su coima, penetré en ella, y la puse fuego, huyendo en seguida. Quemóse toda la ciudad... pero no fué culpa mía, sino del viento...

—¡Qué horror! ¡Luego fuiste tú la que ocasionó el incendio!

—Sí... y no me arrepiento... Murieron Arévalo y aquella mujer... Eso es lo que me importaba... Los demás se salvaron; no es ninguna desgracia quedarse sin vestidos... que vistan como nosotros. Y ahora, me voy á nuestro pueblo. He querido hablarte para que sepas lo que debes hacer si llegas á encontrarte en mi caso... No se diga ya que nos han vencido los cristianos, porque yo, una débil mujer les he vencido... Todo sirve para pelear contra ellos: lo mismo la valentía que la astucia.

—Jamás haría yo lo que tú has hecho, Camira... Pero ¿á qué entristecerme? Antón Bravo me querrá siempre; seré su mujer, y de ningún otro, pero si alguna vez me olvidara, no pensaría yo en hacer el trueque, sino que lloraría... lloraría hasta que me muriese de pena.

—Parece mentira que hayas mamado la leche de una madre guaicurúa,—replicó impetuosamente Camira.—Nuestro pueblo sólo acepta la libertad ó la esclavitud, y yo no quiero ser esclava... Y ahora, ya sabes lo que he hecho... Puesto que no quieres escucharme, por si algún día te ocurre lo que á mí, nada más tengo que decirte... Sé más feliz que yo, Aracasa...

—Déjame que te bese, Camira... Y dí á nuestro pueblo que me perdone si me huí, pero Antón Bravo es bueno, sí, muy bueno...

No tardó en desaparecer Camira por la arboleda que bordeaba el Paraguay, y al quedar sola Aracara exclamó:

—¡Cuan triste debe ser verse despreciada, pero Antón Bravo no me despreciará, ni querrá nunca á otra mujer que á mí!

XXII

Zorros y serpientes

Pocos días después surgían en la Ascensión los tres bergantines con los cuales había ido al descubrimiento Domingo de Yrala, á últimos de octubre.

Durante aquellos cinco meses de ausencia había reconocido lejanas tierras, tan buenas como extrañas, de inmejorable calidad, y cuyos habitantes estaban deseosos de conocer á los españoles. Tenían, por consiguiente, los españoles hallado el camino para hacer la entrada, y podían contar como puerto con el que Domingo de Yrala había llamado de los Reyes, por haber llegado allí el día de la festividad de este nombre.

La relación de Domingo de Yrala llenó de gozo á Alvar Núñez, que impaciente por ponerse en camino, dió prisa para que cuanto antes se terminara la construcción de los diez bergantines que había mandado hacer. Procedió en seguida al equipo y abastecimiento de la expedición, y envió á Gonzalo de Mendoza para que, con tres de los viejos bergantines, fuese Paraguay arriba á contratar los mantenimientos con los indios amigos avencindados en las orillas del río y vasallos del rey de España, encargándole les tratase bien, les pagase cuanto les comprara y les agasajase además con rescates, ya que llevaba buena copia de ellos.

Muchos eran los que repugnaban embarcarse con Gonzalo de Mendoza, temerosos de la mala suerte que solía acompañarle, aunque, lo mismo que le sucediera al gobernador, saliese siempre bien librado.

No se engañaban los que presagiaban mal de la empresa encomendada al bravo capitán. En sus primeras cartas anunciaba su llegada á un puerto

llamado de Jiguy; que una vez internado, los indios se habían mostrado hostiles á los españoles, no solamente negándose á traerlos bastimentos, sino atacándoles á mano armada y clamando por toda la comarca que no habían de dejar ni un cristiano vivo.

No habían pasado muchos días cuando se recibió otra carta pidiendo socorros con la mayor urgencia; las noticias que enviaba Mendoza eran verdaderamente alarmantes; no solamente los indios atacaban á los españoles, sino á los naturales amigos de estos, corriéndoles la tierra, robándolos y matándolos, por lo cual estaban muy fatigados y le habían manifestado á Mendoza que si prontamente no les amparaban, todos los indios se alzarían contra los cristianos pasándose al bando enemigo, única manera de evitar aquella guerra cruel que les hacían los contrarios.

Alvar Núñez determinó entonces enviar una nueva expedición, compuesta de cuatro bergantines, con ciento cincuenta hombres, al mando de Domingo de Yrala. Las instrucciones dadas á éste eran que, antes de apelar á las armas procurase llegar á concierto con los jefes rebeldes, insistiendo en ello hasta que resultase imposible toda amenaza; que en caso de romperse las hostilidades excusase hacerles todo el daño que pudiera, sobre todo en punto á muertes y saqueos, á fin de no exacerbar los odios.

Los indios en un principio se habían mostrado intratables, sin querer escuchar las palabras de concordia que les enviaba á decir Yrala, pero en vista de los males que también experimentaban ellos, acabaron por dejarse convencer, para lo cual fueron de gran argumento los muchos rescates con que Yrala les obsequiaba. Por fin, concertáronse las paces, y los indios proporcionaron á los españoles todos los abastecimientos que necesitaban para proseguir su descubrimiento, así como gran cantidad de armas.

Domingo de Yrala y Gonzalo de Mendoza parti-
Alvar Núñez.—7

ciparon tan buenas nuevas al gobernador, y este, seguro ya de que los indios se mantendrían en paz y de que los siete bergantines que se hallaban en los puertos del alto Paraguay estaban cargados de provisiones, se dispuso á salir para hacer la proyectada entrada.

Mientras tan arduos negocios traían atareado al gobernador, no cesaban los oficiales del Rey y con ellos los frailes, de conspirar contra el gobernador.

Reunidos se hallaban una noche en casa del capitán Garci-Venegas, restablecido del todo del grave accidente que había sufrido en el incendio, el comisario fray Bernardo de Armenta, fray Alonso Lebron, franciscano y cinco oficiales, entre ellos aquel Govantes de quien se habló ya. Hablaban en voz baja, pero no tanto que dejase de oirse desde el dormitorio de Isabel contiguo á la sala y en el que se hallaba desde hacía una hora, por rara casualidad Aracara, enviada á Isabel con una carta por el paje Antón Bravo, á quien la había confiado el capitán Salazar. La joven se hallaba en la iglesia y tardaba en volver más de lo acostumbrado.

Aracara sin fijarse en lo que decían, se entretenía en contemplar su rostro en un espejo de plata que había sobre una mesa, espectáculo que al parecer la interesaba extraordinariamente, pero de pronto algunas palabras hubieron de fijar su atención en lo que se hablaba en la contigua estancia.

—No podéis negaros, señor comisario, á ir á dar parte á su majestad de lo que aquí ocurre, —decía una voz.—Es preciso que sepa su majestad que el señor Alvar Núñez Cabeza de Vaca usa pésimamente de la gobernación de que su majestad le hizo merced...

—Sí, decid que ese hombre es un azote para nosotros, que nos tiene esclavizados, que nos persigue, que nos quiere reducir á la mayor miseria... ¿Quién hubiera hecho lo que él, dando oídos y concediendo la razón á esos villanos mal nacidos que en cuanto llegó le fueron con quejas contra nosotros, acusándonos de que les tratábamos mal.

de que les hacíamos mil agravios, y les imponíamos nuevos tributos contra justicia? ¡Vive Dios, que harto hicimos en no pasarlos á todos de parte á parte por sus insolencias y rebeldías!

—Y contad con que si no acabamos pronto con ese hombre—replicó otro,—vá á hacer descubrimientos, prestará servicios á su majestad y ganará loores y provecho, lo cual será en detrimento de todos nosotros...

—¡Malhaya la hora en que llegó aquí! ¿Donde se ha visto tratar á esos miserables indios con los miramientos y bondades con que les vuelve orgullosos y atrevidos? ¿Cuándo hizo cosa igual el marqués Pizarro?

—Se hará lo que decís, hermanos—respondió el comisario. El P. Lebrón y yo saldremos mañana mismo para el Brasil, por el camino por donde aquí vinimos, y nos llevaremos con nosotros las treinta y cinco indias que instruimos en la doctrina cristiana, de grado ó por fuerza.

—Fray Bernardo, bien sabéis que yo no tengo más voluntad que la vuestra—respondió el P. Lebrón.—Pero, por mucho que confiemos en vuestra nobleza y en vuestra honrada palabra de mantener secreta nuestra huída, es necesario que juréis, sobre este crucifijo, que nada diréis por lo cual pueda traslucirse nuestro viaje. ¿Juráis, capitán Garcí-Venegas no revelar á nadie el secreto de nuestra marcha y la de las mozas indias?

—Sí,—juro—respondió el capitán.

—Si así lo hicieréis, Dios os lo premie, pero si no, El os lo demande estrechamente y envíe sobre vos el castigo que merecen los traidores.

Igual juramento emplearon los frailes con los oficiales.

—¿Sabéis si entre los oficiales hay alguien que esté enterado de nuestros propósitos?

—Sí; hay nueve, á quienes he hablado del negocio, pero ninguno de ellos dirá nada.

—No importa; es preciso que juren guardar secreto... ¿Quiénes son?

—El capitán Vergara, los alféreces Pulgar, Vi-

niegra, Ponce, Gallardo y Dominguez, y los maestros de bergantín Salcedo, Otaola y Baquedano.

El fraile iba anotando en una página del breviario los nombres que decía el capitán.

—Es preciso que no perdáis momento, señor comisario,—exclamó Venegas. ¿Cuándo queréis ponerlos en camino?

—Mañana al amanecer.

—Sí; no demoréis la marcha ni una hora más.

Oyéronse más confusas las voces, y poco después reinaba el silencio en la estancia, por haberse ido despidiendo, uno después de otro, los allí congregados.

Aracara se hallaba en violenta situación. Temía que el capitán la encontrara allí, pero era menester entregar la carta á Isabel. Además ¿cómo huir sin ser vista? El capitán había llegado mucho después que ella. é ignoraba su presencia, pues la india que le había abierto la puerta la había dejado sola en la casa á poco de estar allí.

Aracara pensó en esconderse detrás de una gran estera que ocultaba, colgada del techo, la alcoba de aquel dormitorio, y así lo hizo.

El capitán llamó á Isabel, y viendo que no contestaba llamó á la india que le servía y que no había regresado aún.

—¡No hay nadie!—exclamó.—¿Dónde estará Isabel?

Oyó Aracara cómo el capitán se paseaba á grandes pasos por toda la casa, en medio del más profundo silencio.

Una hora después llamaron en la puerta y Garcí-Venegas fué á abrir.

La joven respiró... Sería Isabel, por fin, cuya tardanza empezaba á inquietar al capitán. Pero no era Isabel. Oyóse una voz de hombre.

Era en efecto, el P. Lebrón.

—Todos han jurado ya—decía.—El comisario y yo, con el crucifijo bajo los mantos, hemos ido al cuartel, y sin que nadie lo advirtiera hemos hecho que los oficiales pusieran la mano sobre el Cristo y jurasen guardar el secreto de nuestra ida

por tierra al Brasil... Después hemos ido al río y han jurado los maestros...

—Así serviremos á Dios y al rey—respondió Garci-Venegas. Ya veis cómo todo ha sido en vano... Los arcabuzazos que convinimos, no le hicieron daño...

—¡Lástima de doblones que dimos á aquel par de belitres!

—Sí, mucha lástima, pero á lo menos ya estamos seguros de su discreción... Fueron de los que mataron los indios al llevárseles Gonzalo de Mendoza. No hay mejor manera de librarse de uno que entregándolo al capitán de «Todos los Santos».

—El rey lo sabrá también—dijo el P. Lebrón.—No se puede confiar ninguna empresa á hombres que tengan un funesto sino.

—¡Ah! ¡No sabéis el beneficio inmenso que os deberemos, si el rey nos quita de delante al gobernador! Con él sería imposible hacer fortuna.

—Los oficiales están irritadísimos con razón. Antes hacían aquí lo que querían, pero desde que llegó ese hombre no pueden ni respirar siquiera. De todo les toma cuenta; les castiga si agravian á esos menguados indios y lo que es peor, con haber vestido y armado á los pobladores ha dado alas á esos miserables, que ya se creen tan dignos de respeto como los soldados.

—¿Y las indias, qué dicen?

—Pues desde que han sospechado que nos las vamos á llevar, no cesan de chillar, diciendo que no quieren seguirnos, porque todos los que pasan por las tierras del Brasil, por donde pasamos nosotros, mueren, y que si nosotros no morimos es porque Alvar Núñez hace milagros... Pero no hay cuidado; las tienen bien guardadas, y las más revoltosas están aprisionadas con grillos. Mañana al amanecer nos partiremos, y podremos sacar algún provecho vendiéndolas en Cabo Verde ó las Azores, pues hay algunas que no son feas.

—¡Es carne que no es humana!—exclamó con desprecio Garci-Venegas.—Pero perdonad... Si no lo tomáis á mal, saldría de casa, pues voy ya

sintiendo algún cuidado por la tardanza de mi hija... Aunque no haya nadie en la casa, no es de temer que entre ningún importuno. Dejaremos entornada la puerta.

—Entonces no os detengo más... Salgamos...

Aracara oyó los pasos de los hombres y luego el ruido de la puerta que se abría y giraba después suavemente sobre sus goznes.

Había cerrado ya la noche. La joven, impaciente por comunicar á Antón Bravo las palabras que había sorprendido, dejó la carta debajo de la almohada de la cama de Isabel, y á tientas fué buscando la salida, hasta que por fin se halló en la calle, oscura y solitaria.

No había andado cien pasos cuando se cruzó con dos bultos en quienes reconoció, con viva sorpresa á Isabel envuelta en su manto y al alférez Chaves.

Llevaba harta prisa Aracara para inquirir á qué obedecía llevara Isabel compañía tan extraña, y por lo mismo fué corriendo hacia la casa del gobernador en busca del paje, pero no estaba ni el uno ni el otro, según la dijeron.

—¿Dónde están, pues?—insistió.

—Tal vez les encontraréis en el río, aparejando las cosas de los bergantines.

Aracara, corriendo, bajó á la orilla del río, pero tampoco la dieron allí razón del gobernador ni de su paje.

—¿Dónde iría á encontrarlos? El aviso que tenía que dar urgía...

Volvió á la ciudad, encontró al alférez Chaves.

—¡Señor!—exclamó.—No sé si me conoceréis... Soy la india de Antón Bravo.

—¡Ah, sí! Sí, te conozco, niña. ¿Qué me quieres?

—He de ver cuanto antes al gobernador, ó al paje, y no los encuentro en parte alguna.

—¿Qué ocurre?

—Perdonad, pero sólo puedo decirlo á ellos.

—Entonces, tendrás que guardar hasta el alba, pues se han embarcado en un bajel de la nao para ir á contratar con los guaraníes de Capúa...

Han salido esta tarde sin decirlo á nadie, y por eso no te han sabido dar razón.

—Os quedo muy agradecida, señor alférez.

—Pero ¿vas á permanecer toda la noche en la ribera?

—Sí; no puedo perder momento en verles.

—No quiero saber lo que has de comunicarles, pero si es algo que convenga, dilo y se lo participáramos al capitán Salazar ó al capitán Garcivenegas.

—¡Oh, no! ¡A ese no!—exclamó con viveza la joven...

Martín de Chaves quedó sorprendido al oír aquella respuesta, escapada á la ingenuidad de la india.

—Entonces... espera á que vuelva el gobernador... Pero ¿por qué no podría saberlo el capitán Garcivenegas?

—Eso no os importa á vos—replicó Aracara, bruscamente.

El alférez, algo inquieto, repuso:

—Piensa que si se trata de algo que haya que evitar, y no se evita, será tuya la culpa... ¿Traman algo los indios contra nosotros?

—No es eso lo que he de decir al gobernador.

—Entonces, no insisto, y espérale. Adiós, Aracara.

Alejóse Chaves, pero apenas había dado algunos pasos, corrió hacia él Aracara, y exclamó:

—Perdonad, señor alférez... ¿Sois vos amigo del gobernador?

—¡Qué pregunta me estás haciendo! Sí; soy amigo, tanto que no quiero se diga haya quien lo sea más.

—Entonces... si sois muy amigo suyo, llevadme á donde está.

—¡Qué locura!

—¿Por qué? Aquí hay canoas... Yo sé remar, y podríamos llegar á Capúa antes de dos horas. ¡Oh, señor alférez! Si sois amigo del gobernador, llevadme allá... ¡Os lo suplico!...

El alférez, de cada vez más inquieto, repuso después de un breve silencio.

— ¡Vamos Aracara!

Y tirando de la cuerda que sujetaba una canoa, saltaron á la embarcación, que en breve se alejó, remontando la corriente.

La preocupación de Martín de Chaves tenía fundamento: aquella misma tarde, el capitán Garcí-Venegas bajo palabra de conservar el secreto, le había entregado un pliego que dijo ser de Gonzalo de Mendoza, para que lo hiciera llegar á manos del gobernador; según el capitán, aquel pliego era aviso para que se trasladase sin pérdida de tiempo á Capúa, donde los jefes guaraníes exigían su presencia para dirimir unas cuestiones sobre el abastecimiento de las naves, pero encargándole sobre todo que su ausencia no fuese notada, por convenir así al mejor resultado del negocio.

Aunque á Chaves le extrañó que Mendoza no se dirigiera directamente al gobernador, tranquilizóle Garcí-Venegas asegurándole que había sido una medida de precaución, por no poder fiar de algunos que rodeaban al gobernador y hubieran podido hacer desaparecer la carta.

Este misterioso hecho preocupaba ahora al alférez, enlazándolo con la urgencia del aviso que tenía que dar Aracara.

Dos horas hacía que navegaban, y sería ya media noche cuando llegaban á un recodo que formaba el río, y era conocido por el puerto de Capúa. Atracó la canoa junto á la ribera, y Aracara, cogiéndose á las ramas de un sauce que junto allí se erguía, saltó ligera á tierra, siguiéndole luego el alférez.

Este llevándose dos dedos á la boca silbó de una manera especial, siendo contestado en seguida en igual forma.

Era una señal que empleaban los españoles para reconocerse en las marchas, imitada de lo que hacían los indios.

No habían transcurrido cinco minutos cuando el alférez distinguía, bajando por una estrecha ve-

reda, la elevada figura del gobernador, seguida de otra.

—¡Hola! ¿qué ocurre?—exclamó Alvar Núñez.—
¿Quién sois?

El alférez se dirigió al encuentro del gobernador, y le dijo:

—Señor, la india de Antón Bravo, ha querido que la llevase hasta vos para comunicaros avisos que dicen ser de la mayor urgencia.

—Que venga en seguida; pero, decidme, alférez, ¿Quién os ha entregado el pliego que me habéis dado esta tarde?

—Señor... yo no he conocido á la persona que lo ha puesto en mis manos... Era un indio...

—Confío en vuestra lealtad, pero sabed que la cita ha sido un engaño... He esperado hasta el anochecer, y no ha venido nadie, pero no es eso lo peor, sino que ha desaparecido el batel en que hemos venido... Y todo esto revela una traición.

—Señor gobernador, yo os juro por mi honor y por la salvación de mi alma, que si ha habido traición, he sido yo víctima también de ella.

—Os conozco, Chaves, y nada recelo de vos. Pero haced que llegue esa joven.

Aracara se acercó al gobernador, y le dijo:

—He de hablaros que nadie oiga lo que os he de referir.

Antón Bravo y Chaves se retiraron á larga distancia.

Aracara refirió entonces á Alvar Núñez la conversación que había sorprendido en casa de Garcí-Venegas.

—¡Ah! ¡Por eso me han alejado engañándome, esos miserables!—exclamó,—gracias, niña; eres digna de la lealtad de mi paje.

—El gobernador llamó á Antón Bravo y á Chaves les dijo:

—Es menester que vuelva en seguida á la Ascensión... No hay más embarcación que la canoa... Quedad vos aquí, Antón con Aracara, y nos iremos el alférez y yo. Luego enviaré por vosotros.

Poco después remaba Chaves, bajando el río,

pero con desesperación de Alvar Núñez, zozobró la débil barca al ser arrastrada por un remolino, y ambos debieron ganar á nado la orilla, haciendo á pie el camino.

Ya el sol estaba en alto cuando llegaron á la Ascensión.

El gobernador y el alférez entraron en la casa del primero, y Alvar Núñez, volviéndose hacia el joven oficial le dijo:

—Vais á salir, sin perder momento, con seis caballos de los que hay en el cuartel. Tomaréis por el camino que seguimos al venir del Brasil, y no os detendréis hasta encontrar dos frailes que van huyendo, con treinta y cinco indias. Les haréis volver á todos á la ciudad. Despachad pronto.

Un cuarto de hora después, los vecinos de la Ascensión, extrañados, veían partir al alférez Chaves al frente de seis hombres á caballo, en dirección hasta entonces desusada.

Alvar Núñez encargó en seguida á dos marinos fueran al puerto de Capúa, llevando otra canoa á remolque, para recoger á los que allí esperaban.

XXIII

Despedida

Era ya cerca del medio día y había corrido Chaves más de dos leguas, por entre los espesos de yerba mate que cubrían la llanura cuando divisaba en una vereda un grupo compuesto de diez ó doce hombres y gran número de mujeres.

—¡Alto al rey!—gritó desde lejos.

Volviéronse los caminantes y oyóse ensordecedor gritería.

Picaron los caballos los soldados, y Chaves al hallarse ya á corta distancia exclamó:

—¡Muertos sois si dais un paso más! ¡Alto al rey!

Todos se detuvieron, sin tratar de oponer resistencia.

Chaves reconoció á los dos frailes, y con ellos á diez ó doce cristianos de la Ascensión que, armados de lanzas, espadas y pistoletes, vestidos los unos con el traje español y los otros envueltos en cueros de venado y en mantas, por haber perdido sus ropas cuando el incendio.

—¡Traidores! ¡Daos presos!—gritó Chaves.

—No somos traidores, sino fieles vasallos de su majestad—exclamó con arrogancia el comisario,—ante quien íbamos á reclamar contra la tiranía del gobernador.

—¡Traidores digo! ¡felones y mal nacidos!—replió airado Chaves.

—Tened la lengua y respetad los hábitos que llevo y el cargo que represento en nombre de su majestad,—dijo Fray Bernardo de Armenta.

—No he de tenérmela tratándose de vasallos rebeldes y de indignos españoles, contestó Chaves. Ea; echad á andar, pero os advierto que al primer intento de fuga, haremos fuego. Soltad todas las armas.

Los españoles, trémulos y cabizbajos, obedecieron.

—Esas armas eran para combatir á los enemigos del rey, y no para llevar prisioneras á indefensas mujeres, canallas—exclamó Chaves.—¡Marchen!

Las indias, arrodilladas en torno del joven alférez, le daban gracias juntando las manos y dirigiéndolas hacia él.

—¡Levantad, pobres doncellas!—dijo Chaves.—Pronto volveréis á estar en brazos de vuestros padres. Seguidnos todos detrás de los caballos.

En todo el camino no volvieron á cruzar palabra los frailes con Chaves y sus hombres. Pintábase en el rostro la más terrible cólera, y se negaron á comer cuando un soldado, de orden del alférez, les invitó á compartir algunos ánsares que habían cazado, para sustentarse en el camino, pero no así los demás cristianos, que no hicieron repulgos para aceptar la comida, acompañada de maíz.

La llegada de aquella tropa á la Ascensión produjo extraordinario rebullicio, sin distinción entre españoles é indios, escandalizados los unos por la huída de los frailes, y agraviadísimos los otros por el rapto de sus hijas, confiadas á aquellos religiosos para que las instruyesen en la doctrina cristiana, siendo así que, á todas luces, las llevaban á vender. Trabajo costó contener á aquellos burlados guaranies. y fué menester que el gobernador, que había acudido al oír el escándalo, les diera las más cumplidas satisfacciones para desarmar su cólera y evitar despedazaran á los mal aconsejados frailes y los que con ellos se habían escapado.

No era hombre Alvar Núñez de proceder nunca con arbitrariedad. Conducidos los frailes á la prisión, fueron sometidos á proceso, y revelaron los nombres de todos los comprometidos, incluso el capitán Garci-Venegas.

Aquella misma tarde llamó á uno de los jueces de la ciudad y le encargó continuase él la causa. El capitán Garci-Venegas y tres oficiales del rey quedaron presos rigurosamente y dos fueron dejados en libertad bajo fianza, todos con suspensión de sus oficios y sueldos, hasta que su majestad proveyere.

Acerbo fué el dolor de Isabel al ver á su padre en prisiones, pero subió aún de punto su desconuelo al pensar en la causa que lo había motivado... ¡Había sido desleal al gobernador, á aquel hombre tan bueno, tan humano...

—¿Por qué había querido su padre volver á las Indias, cuando ninguna estrechez había de pasar en su casa de Valladolid, rico con el oro que había traidó de Méjico? ¿Qué iba á ser de ella ahora, sola en la Ascensión?

Afligida, hasta no poder contener las lágrimas ante la gente que encontraba por la calle al salir de la cárcel, donde había permanecido largas horas, regresaba, ya anochecido, á su casa, cuando al llegar ya cerca, encontró al alferez Martín de Chaves, que parecía esperarla.

Había cerrado la noche y sólo se escuchaba el lejano rumor del río.

La joven se detuvo, y con voz alterada por la emoción:

—¿Sois vos? ¡Ah! ¡Si os vieran!... ¿qué queréis de mí?—exclamó.

—Perdonadme; os esperaba para daros tal vez el último adiós.

—¡Ah! ¡No digáis eso!

—Mañana al amanecer nos embarcamos para hacer la entrada. La jornada será muy larga, y peligrosa á no dudar... No he podido lograr que el gobernador me dejara aquí á pesar de mis ruegos, que hubieran podido tomarse tal vez por cobardía... Pero ¿qué me hubiera importado lo que hubiesen podido pensar?... Adiós, Isabel....

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

—Me llevaré de vos el recuerdo más grato que pudiera consolarme... El de aquella tarde en que habiéndonos encontrado, sin duda por la bondad de Dios, en la posada del clérigo Luis de Miranda, vuestro confesor, cantasteis, mientras él tañía la cítara, aquellas canciones tan dulces, que no parecía sino que las entonaban las voces de los ángeles... ¡Jamás olvidaré aquella tarde, Isabel! ¡Cuán rápidas transcurrieron para mí las horas!... Os acompañé hasta aquí mismo, donde estamos ahora... ¡Si supieseis el bien que me hicísteis aquella tarde Isabel!...

—¡Oh callad! ¡callad!...

—Adios, adiós Isabel... Sólo en vos pensaré, os lo juro, allá en aquellas lejanas tierras... Sólo en vos... sí. No quiero deciros más, aunque mucho, mucho tendría que deciros... ¡Triste suerte la mía!...

—¡Ah, callad... ¡callad, si...!

—Isabel... ¡adiós!... Quisiera hallar la muerte y, cobarde, ¡quién sabe si pensaré en conservar mi vida!... Pero, si muriera, feliz yo si supiera en el trance supremo, que habíais de rogar por mí...

—¡Oh! ¡Dios no lo consienta!

—¿Eso decís? ¿eso os sale del corazón?

—Sí... ¿Cómo he de olvidar al que tantas veces,

como enviado por la mano de Dios, me ha salvado de la muerte? ¿Y cómo, ingrata, podría yo dejar de rezar por vos, para que Dios os conserve la vida?

—¿Decís verdad, Isabel? ¿por mí rezaréis?

—Por vos, y por mi padre.

—¡Desgraciado capitán!

—Preso, por motivos que yo creo villana impostura, sabe Dios qué será de él...

—Sí... es imposible que resulte culpable vuestro padre... Tal vez obcecado, tal vez demasiado bueno se dejó engañar...

—Fué su destino, pero en Dios confío que habrá de probar su inocencia... Siempre desinteresado, generoso y noble, quién sabe si cayó en algún ardid ó si harto crédulo se puso al lado de los que creía perjudicados...

—¿Y cómo vais á vivir, preso el capitán? No podéis permanecer aquí, en medio de tantos peligros, sin más compañía que la de esa india que que os sirve.

—Esta misma noche me recogeré en casa del buen clérigo D. Luis de Miranda. Es primo de Alvar Núñez, y nadie osará murmurar de mi presencia en su posada... Es mi confesor, y todos saben que no hay hombre más recto, ni temeroso de Dios.

—Sí, no podíais escoger mejor amparo... Adiós, adiós, Isabel... Perdonadme... y sed dichosa; ya que por mi desdicha, jamás he de poder yo abrigar la dulce esperanza de poder algún día trocar mi aciaga suerte por otra de mayor ventura...

No respondió Isabel; el llanto embargaba su voz, y desapareció en la obscuridad, mientras el alférez, sintiendo palpar su corazón con tal violencia que parecía querer saltarle del pecho, se encaminaba lentamente hacia la ribera.

XXIV

La partida

Era la fiesta de la Virgen de septiembre.

Mecíanse en las plateadas aguas del Paraguay, frente á la Ascensión, diez gallardos bergantines empavesados, cargados de bastimentos y municiones y destinados á conducir las tropas con que el gobernador debía hacer la entrada en las nuevas tierras que se proponía reducir á la obediencia del rey de España, por las partes que habían reconocido Domingo de Yrala y Gonzalo de Mendoza.

Las canoas transportaban á bordo de los buques la tropa que llevaba á sus órdenes el gobernador: cuatrocientos arcabuceros y ballesteros, y doce caballos, amen de 1200 indios, embarcados en canoas.

El gobernador dejaba en la Ascensión doscientos hombres y seis caballos, y en su ausencia quedaba encargado del mando el capitán Salazar de Espinosa.

Antes de partir, solemnizaba el gobernador la apertura de la nueva iglesia, que sustituía á la que se había quemado, y en la cual había tenido á honra trabajar con su persona.

Acompañábale al embarcadero el capitán Salazar y Alvar Núñez le había dicho por el camino.

—Os recomiendo, especialmente, capitán, que deis prisa á que se acabe de hacer la carabela que mandé construir, para que á mi vuelta esté lista y pueda enviarla á España, donde estarán con ansia por saber de nosotros después de tanto tiempo. En cuanto á los presos por la huída de los frailes nada os toca á vos, sino al juez, á quien dejaréis en completa libertad.

—Se hará cómo decís, señor gobernador—respondió Salazar.—Y podéis descansar enteramente en

mi lealtad, pues mientras vos os halláis conquistando nuevas tierras para su majestad, yo os respondo de que aquí no se habrá de mover nadie.

—Seguro estoy de cuanto me decís, capitán, y por eso os he escogido á vos y no á otro, para regir esta provincia en mi ausencia.

—Estoy agradecidísimo más que al honor á la confianza que me dispensáis, y procuraré hacer olvidar con mi prudencia mi juventud.

—No importa nunca la edad para hacer las cosas bien ó mal hechas. Jóvenes eran también los reyes Católicos cuando empezaron á gobernar, y en nada empeció su juventud á que lograsen volver á su juicio la trastornada tierra española.

Espléndido espectáculo era el que se ofrecía á la vista. El río, formando una suave curva al pie de la colina, desaparecía casi bajo las innumerables canoas en que iban embarcados los indios, todos ellos pintados, con grandes penachos y plumería, cubierta la frente con relucientes planchas de cobre, que centelleaban á los rayos del sol. A la otra parte del río extendíase como un tapiz de esmeralda, el «Chaco», y hacia oriente se extendían arboladas colinas por donde habían llegado á la Ascensión los españoles.

Remontó la flota el Paraguay, serpenteando por entre las islas cubiertas de verdor que resaltaban sobre la argentada superficie; los españoles y guaraníes que contemplaban la partida desde la ladera de la colina ó desde las riberas saludaban á los expedicionarios agitando al aire los pañuelos y los sombreros y gorros y prorrumpiendo en vítores al rey y al gobernador.

Al anochecer habían perdido de vista ya la armada, y la Ascensión yacía en hondo silencio, ausentes tantos hombres.

Isabel, seguida de la india, se presentaba en la posada del clérigo D. Luis de Miranda, que la estaba ya esperando.

—Hija mía—exclamó el venerable sacerdote,—sé bien venida á esta casa, que desde ahora es la

tuya. Si no lo merecieras por tus virtudes, lo alcanzarías por la desgracia que pesa sobre ti... Además, mi primo me encargó especialmente velara por ti, y aunque no era menester, lo considero como un mandato, y lo cumpliré.

—Gracias, D. Luis—contestó Isabel.—Me siento tan fortalecida á vuestro lado, que tengo miedo á no considerarme tan desgraciada como soy en realidad.

—Esperemos que llegarán para ti mejores días... El juez es riguroso, pero no injusto, y reconocerá que tu padre obró más por exceso de celo que no por rebedía.

—¡Pobre padre mío! ¡Quién podría decir si su ambición no es hija del excesivo cariño que me tiene!

—Es hombre de pasiones impetuosas, pero bueno, buenísimo en el fondo... Tiene raptos censurables, como todos, pero luego se le pasa... Yo creo que si hubiese conocido mejor á Alvar Núñez, no le hubiera contradecido nunca, como empezó á hacer ya en la isla de Santa Catalina. Después, las mitigaciones de los oficiales del rey y sobre todo del veedor Cabrera acabaron de llevarlo á perdición, acabaron de hacerle perder la cabeza...

—Le juzgáis tal como es, D. Luis... ¡Si todos le conocieran como vos, ya se darían por satisfechos con lo que le han hecho padecer hasta ahora!

—Si no le conocen todos, le conoce quien podría ahora hacer mucho por él... El capitán Salazar de Espinosa queda como gobernador durante la ausencia de Alvar Núñez, y si él quisiera, podría lograr cuando menos se le pusiese en libertad sobre fianza.

Isabel, algo turbada, exclamó:

—¿Creéis vos que si el capitán quisiera lo podría hacer?

—Te lo afirmo... Alvar Núñez, sin tiempo para pensar en nada, remitió al juez la instrucción de la causa, pero como el gobernador no tiene ahora

casi nada que hacer, podría por sí mismo continuar el proceso. Si quieres, yo mismo te acompañaré á ver al capitán, y mucho será no quiera concedernos una merced que nada le ha de costar. Además, él te quiere muchísimo, como me has dicho algunas veces, y tú le quieres.

—Oh, sí, D. Luis! ¡Mañana mismo iremos á ver al capitán! ¡Dios me ha traído á vuestra casa, mi buen padre!

El clérigo se levantó para señalar á Isabel cuáles serían sus habitaciones, y se volvió dejándola entregada á los más contrapuestos sentimientos.

No podía Isabel conciliar el sueño... Su mente divagaba y acudíanle á ella en desordenado tropel mil recuerdos que se entrecruzaban, y llegaban á martirizarla, por su propia confusión.

XXV

La audiencia

A las primeras horas del día siguiente, presentábase en casa del gobernador el clérigo Miranda é Isabel Venegas, solicitando audiencia. El soldado que estaba de guardia en la cámara pasó el recado á conocimiento del capitán, que mandó se les dejara pasar en seguida.

No pudo Salazar ocultar su turbación y su sorpresa al ver á Isabel en compañía del sacerdote.

Levantóse y después de invitar galantemente á sentarse á los visitantes dijo:

—Señora y reverendo padre ¿á qué debo el honor de esta visita?

—Señor capitán—respondió D. Luis de Miranda,—perdonadnos si venimos á abusar de vuestra bondad, pero es obligación de los hijos interceder por los padres y deber de los sacerdotes implorar siempre clemencia para los desgraciados. Bien sa-

béis que el capitán Garci-Venegas, vuestro bravo compañero, yace en prisiones. El gobernador, lleno de gravísimas ocupaciones quiso aligerarse de trabajo sometiendo al juez el conocimiento del proceso formado á los frailes, los oficiales y el capitán Garci-Venegas, pero á buen seguro no lo hubiera hecho á poder disponer de más tiempo... En esta creencia venimos á vos para que, con la autoridad de que estáis revestido, mandéis sea puesto en libertad, sobre fianza, el padre de esta desgraciada niña, mi hija de confesión...

El capitán, mostrando en su semblante cierta coñtrariedad, respondió:

—Sí, es muy cierto lo que decís, D. Luis; y creed que no dejaré de informarme cuanto antes para ver de complaceros...

—No es necesario que toméis informaciones, señor capitán—respondió Miranda.—Basta vuestra voluntad.

—No lo niego, padre, pero... ¿cómo podían sospechar que yo no me apresurase á poner en libertad, sin ninguna fianza, al capitán, pero... no sé si sabéis, padre, que Isabel ha de ser mi esposa... y podría atribuírse á arbitrariedad mía la providencia que me pedís. Dejad pasar algunos días, y creed que lo meditaré, y á no mediar verdaderos imposibles, podréis ver de nuevo en libertad al capitán. ¿No os parece justo lo que digo, Isabel?

—Vos mandáis ahora, y lo que dispongáis será siempre lo más acertado—respondió Isabel, cuyo rostro, antes cubierto de sonrojo, habíase tornado del color de la cera.

—Sí... Yo mismo vendré á participaros la feliz nueva—dijo el capitán... Todo se reducirá á pasar algunos días más de angustia... Id tranquilos, y yo os aseguro que procederé como cumple á un caballero.

Levantáronse el clérigo é Isabel, á quienes besó las manos el capitán, y salió primero la niña.

D. Luis de Miranda se detuvo un momento, miró de hito en hito á Salazar, y dijo:

—Yo no sé qué pensará Isabel de vos... pero yo sí sé lo que pienso...

—¿Y qué pensáis?—exclamó airado Salazar.

—Pienso... que cuando uno llega aquí, se ha dejado muchas cosas á la otra parte del mar. ¡Dios os guarde!

Una vez en la plaza, el sacerdote é Isabel dirigiéronse á la cárcel á visitar al capitán, á quien encontraron asomado á la reja, contemplando el vasto panorama de la llanura del río.

El preso corrió hacia su hija abrazándola con efusión y besó, con cierta tiesura, la mano del sacerdote.

—¡Ellos fuera y yo aquí, encerrado entre cuatro paredes!—exclamó con amargura el preso.—Ved; ya deben hallarse lejos. muy lejos... No se ve ya ninguna canoa ni bergantín en el río... Combatirán por Dios y el rey, allegarán fama y yo aquí... ¡Desventurada suerte!

—Capitán—dijo el sacerdote,—tal vez no dure vuestra prisión. Ausente Alvar Núñez...

—Vuestro primo—interrumpió Garci-Venegas, con aspereza.

—Sí, es verdad; ausente, como decía, el gobernador, ha quedado encargado del mando vuestro compañero y amigo el capitán Salazar y tenemos esperanzas de que podrá otorgaros la libertad sobre fianza...

—¿Desde cuándo es gobernador Salazar?— preguntó extrañado el capitán.

—Desde ayer.

—¡Desde ayer! ¿Y no me ha enviado aún las llaves de la prisión para que me huya? No hubiera yo obrado así con él.

—¡Padre mío!—exclamó Isabel.

—El capitán Salazar temería sin duda se achacara tal resolución á los dulces lazos que algún día le unirán con vuestra hija...

—No lo decía yo por eso; no lo decía porque, según trazas, pretende la mano de Isabel; lo decía porque es deber de los camaradas auxiliarse... En cuanto á esos temores y miramientos que decís,

yo no los sentiría. Cuando amo, amo; cuando aborrezco, aborrezco.

Calló Miranda, é Isabel se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas.

El capitán comenzó á pasear á grandes pasos, y al cabo de algún tiempo, deteniéndose, exclamó:

—Os prohibo en absoluto pidáis nada por mí. Quiero la libertad absoluta, ó nada. Si me quieren soltar sobre fianza, no podrán arrancarme de aquí.

—¡Padre!—exclamó Isabel.

—Y ahora, no hablemos más de este negocio... Padre Miranda, os agradezco en el alma la hospitalidad que habéis querido prestar á mi hija.

—Estará á mi lado como en vuestra propia casa y fuera yo su propio padre.

—Estoy perfectamente tranquilo sobre este particular. Lo que os ruego á los dos es que no dejéis de venir á verme... Ya que no puedo compartir los peligros y las glorias de mis compañeros, traedme á lo menos las nuevas que de ellos se reciban.

—Así lo haré, capitán,—respondió el clérigo.

Después de permanecer largo rato en el desnudo cuarto que servía de encierro al capitán, retiráronse los visitantes, en muy distinta situación de ánimo de cuando habían llegado.

Ya en casa del clérigo, dijo D. Luis:

—Hija mía, te hablaré con el corazón en la mano. Tu padre es un caballero, como deben serlo los que de tales se aprecian, al no aceptar la libertad sobre fianza. Yo en su lugar, hubiera hecho lo mismo, pero deber nuestro era intentar lo que, tan inútilmente, hemos pretendido. Dispón de mí, por más que valga tan poco; siempre que quieras, te acompañaré á ver al gobernador, aunque no te permitiré vayas jamás sola, pero, perdóname si te ofendo, iré cuando me lo digas, pues yo no te lo he de volver á decir.

—Padre, no iremos más—dijo Isabel.

—Celebro tu determinación, hija mía. Los hábitos que visto, no me ligan tanto que me hayan impedido sentir como deben hacerlo los hombres de

honor. Si yo amara á una mujer, y perdóneme Dios la suposición, tendría por mandato imperioso una mirada suya, y por ella haría lo que no haría por nadie... Ante el amor deben desaparecer todos los miramientos; si el capitán te amaba como decía, debía comenzar por no querer aceptar el puesto que le ofrecía mi primo, pues admitirlo equivalía á mantener á tu padre en la prisión, y muy distante era su deber de enamorado.

Isabel calló, pero movió la cabeza, en señal como afirmativa.

—Un caballero debe sacrificarlo todo por su dama; un hermano de armas debe sacrificarlo todo por su hermano. A estas horas, tu padre debía ya estar fuera de prisiones para dirigirse donde le pluguiera.

—Mi padre, si estuviese libre—respondió Isabel,—estaría donde debe estar: con los suyos.

—Acértaste. Lo que hay que hacer, pues, ahora es que vaya.

—¡Irá!—exclamó Isabel.

XXVI

El hermano Felipe

Habían transcurrido tres días desde la prisión del capitán Garci-Venegas.

El carcelero Juan García del Olmo, encargado de la custodia de la cárcel, dormía á pierna suelta, después de la fatigosa vigilancia del día, cuando hubo de despertarle un mozo para participarle que el capitán se hallaba gravemente enfermo y pedía confesión.

El carcelero, presuroso acudió al cuarto donde estaba encerrado el capitán, y hubo de parecerle, por gritos que exhalaba, que se hallaba en los últimos trances.

—¡Un clérigo! un fraile! ¡confesión! decía al paciente.

—Al momento, al momento, señor capitán—exclamó García.

—Si puede ser, que llamen al P. Luis de Miranda.

—Descansad; se le llamará en seguida.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando llegaba á la cárcel un fraile que en brevísimas palabras manifestó ser el hermano Felipe, que iba á prestar los auxilios espirituales al capitán.

La guardia dejóle franco el paso y á las pocos momentos el fraile penetraba en el cuarto donde gemía Garci-Venegas.

No podía saberse si el recién llegado era joven ó viejo, por llevar enteramente cubierto el rostro bajo el capuchón.

Ni tampoco pudo saberse qué voz tenía, pues se limitó á hacer una seña al centinela, para que saliera.

Aseguróse de que nadie podía ver lo que pasara en el cuarto, y despojándose rápidamente de los hábitos, bajo los cuales llevaba otros iguales y se los entregó al capitán, juntamente con un bolsón lleno al parecer de dinero.

—¿No ha venido, pues, el P. Miranda?—preguntó Venegas.

El fraile hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—¿Sois vos el que ha encargado él de que viniera en su lugar?

El fraile movió la cabeza, haciendo que sí.

—¡Se acabó!—dijo el capitán, cubierto ya con el sayal y echándose el capuchón sobre el rostro.—¿Estáis enterado de lo que habéis de decir?

El fraile volvió á mover la cabeza.

—¡Nunca os podré pagar lo que por mí habéis hecho!—continuó Garci-Venegas.—No es lo mismo habérselas conmigo que con los clérigos y frailes; con estos no se atreve nadie. Podrán procesarles, pero no meterles en la cárcel.

El fraile continuaba mudo.

—Bueno; ahora os metéis en la cama, y yo me huyo—siguió diciendo Garci-Venegas. Me salgo ahora mismo de la ciudad, monto en el caballo que me espera, con armas y municiones, llego á Capua y me embarco...

El fraile movió la cabeza afirmativamente, mientras se acercaba á la cama, y se acomodaba en ella.

—Gacias—continuó Garci-Venegas.—¡Pobre hija mía! A ella lo habré debido todo... Bendecidla en mi nombre y decidla que su padre sabrá demostrar en la batalla que no es ningún traidor, sino fiel vasallo del rey, noble, valiente y buen cristiano. No huyo para ponerme en salvo, sino para correr al combate. Adios, padre... Dadme á besar vuestra mano.

El fraile, aunque resistiéndose, dejó hacer al capitán lo que pretendía.

Un momento después, el capitán llamaba reciamente á la puerta del cuarto, y acto seguido el carcelero le dejaba el paso libre.

—«In nómine patris, et filii, et spiritui santi»—dijo el capitán, echándole una bendición.

—¿Ha muerto?—preguntó el carcelero.

—«Hoc»,—respondió el fraile, desapareciendo rápidamente.

El carcelero penetró en la habitación y se arrojó breve rato junto á la cama. Después se levantó para mirar al que en ella yacía, y no fué poco su asombro al encontrarse con el rostro de una mujer hermosísima, al parecer exánime.

El carcelero no supo de pronto hacer más que santiguarse, pero no tardó en volver á la realidad al ver que el fraile se incorporaba echándole mano al pescuezo, le asestaba un puñal al cuello diciéndole:

—¡Silencio! ¡Si gritas eres muerto!

Así transcurrieron algunos minutos, sin que el carcelero osara hacer el menor movimiento, hasta que el fraile le soltó.

—Ahora, podéis avisar—le dijo.—Que venga el gobernador, y yo le diré lo que ha pasado.

Ya en esto se había salido de la cama el fraile y arrojando los hábitos al suelo, quedó en su verdadera forma, que no era otra que la de una joven, vestida con basquiña y jubón blancos.

—¡Señora!—exclamó el carcelero.—No sé si sueño ó si estoy despierto... ¿No sois vos la hija del capitán Venegas, que viene aquí todos los días?

—La misma soy; no he hecho más que lo que debía hacer... Pero, no perdáis tiempo; os prometo que no he de salir de aquí... Encerradme, é id donde os convenga... Ya mi padre estará en salvo...

—¡Ya lo creo! Porque durmiendo como duerme todo el mundo, y cerradas todas las puertas, de aquí que el gobernador sepa lo que ha ocurrido, ya podrá el capitán Venegas hallarse á una legua de aquí...

—Y mucho más, yendo á caballo...

—¿A caballo?

—En uno de los que aquí dejó Alvar Núñez... El soldado que lo monta me lo dejó ayer tarde para ir á paseo con promesa de que se lo devolvería hoy... Y no lo perderá, pues con mandarlo á buscar á Guarivano, se lo traerán en seguida.

El carcelero, haciéndose cruces de lo que veía y oía salió del cuarto, dejando encerrada en él á la joven, y se dirigió precipitadamente á la casa del gobernador.

Eran las tres de la mañana. Llamó reciamente y los guardias, soñolientos, preguntaron desde dentro:

—¿Quién vá á tales horas?

—Soy el carcelero, y he de hablar al momento con el gobernador.

—El capitán Salazar está descansando, y se halla harto molido para que le despertemos—dijo una voz.

—¡Voto al diablo! Llamadle en seguida... ¡Garci-Venegas se ha fugado!

—¡Santo Dios! Corriendo, corriendo voy...

Poco después salía á caballo el capitán Salazar, dirigiéndose á la cárcel. Precipitose en la habitación

que ocupaba el fugitivo y quedó mudo de estupor al ver allí á Isabel.

—¡Tú aquí!—exclamó.

—Yo misma, señor gobernador—respondió la joven con ligero acento burlón...

—Pero ¿cómo se ha fugado el capitán?—repuso volviéndose al carcelero.

—Esa señora ha penetrado aquí disfrazada de fraile: después Garcí-Venegas se ha revestido los hábitos, y nadie ha puesto reparo á su salida... y ahí queda esa señora en su lugar.

—¡Isabel!—murmuró el capitán Salazar.

—Mi padre esperaba la llave de la prisión que debía enviarle su compañero de glorias y fatigas, y como tardaba, he debido encargarme yo.

Salazar bajó la cabeza, y repuso:

—Ahora, Isabel, no soy ya el capitán, sino el gobernador...

—Entonces, señor gobernador, estoy en vuestro poder y podéis castigarme como mejor estiméis.

—¡Eres cruel!

—He cumplido con mi deber.

—Señora... no permanezcáis ya ni un momento más aquí...

—Como queráis.

E Isabel salió del aposento saludando ceremoniosamente al gobernador.

En cuanto hubo llegado á la plaza donde se levantaba la cárcel, divisó al débil fulgor de los primeros albos al P. Miranda, que detenido bajo un porche, miraba fijamente hacia la puerta de la prisión. El digno clérigo corrió hacia ella, y exclamó:

—¡Dios premie tu noble acción, buena doncella!

XXVII

El puerto de los Reyes

Una vez en libertad el capitán Garci-Venegas y siempre con los hábitos de fraile, corrió á caballo hasta llegar al puerto de Guarivano, y una vez allí embarcóse en una canoa, contratada con anticipación, con lo cual debía remontar el río hasta encontrar la expedición, á la que pensaba incorporarse por lo pronto en calidad de supuesto religioso, hasta que llegara oportunidad de poder presentarse tal como era.

Al llegar al puerto de Capua supo que Alvar Núñez había estado allí tres días antes, y había dejado más de doscientos quintales de víveres que pesaban demasiado en los bergantines. Todo hubiera ido bien á no haberse negado los indios continuar el viaje, alegando que estaban cansados. El fingido fraile rogó en vano siguieran aunque no fuese más que unos cuantos días más, pero todo fué inútil. Naturalmente, los indios de Capúa habían quedado muy agradecidos á Alvar Núñez, por los muchos rescates que les diera y lo bien que les había pagado lo que les mercara, y en su consecuencia aceptaron la proposición de Garci-Venegas de llevarle río arriba para poder reunirse con la armada del gobernador, pero sólo hasta los confines de su tierra.

Los guaraníes esta vez se mostraron fieles, y si bien hubiera de perder muchos días, por no querer remar, sino por espacio de determinado tiempo, ello fué que el viaje se iba realizando sin dificultades, mostrándose las poblaciones ribereñas ante las cuales se detenían para proveerse de víveres y hacer aguada, enteramente sumisas á Alvar Núñez, y en la más perfecta paz.

Corría el día 24 de septiembre cuando Garci-Venegas hubo de sorprenderse mucho al ver bajar algunas canoas y en una de ellas un español, pero mayor fué aún, al parecer, la sorpresa de aquel, al ver un fraile, pues hizo ruta al momento hacia la canoa en que iba Garci-Venegas, y le gritó desde lejos:

—¡El señor sea con vos, padre! ¿quién sois y adónde vais?

—¡Amén!—respondió Garci-Venegas, cubriéndose con la capucha.

—Acerquémonos más—replicó el otro.

Las dos canoas se reunieron, mientras los indios trataban de mantenerlas como podían, dejando de remar y llevándolas en dirección contraria una de otra, para contrarrestar los efectos de la corriente.

—¡Padre!—exclamó el español.—Si no fuera por los hábitos que lleváis, juraría erais el capitán Garci-Venegas, según la voz.

—Eso me han dicho algunos—contestó el capitán, tratando de disimular su acento.—Pues soy un humilde religioso, que me he dejado ver muy poco hasta ahora... Quedé en la Ascensión enfermo, y en cuanto me he puesto algo mejor he querido reunirme con los cristianos que ván á hacer la entrada, en compañía de mis hermanos en S. Francisco. ¿Y cómo os retiráis?

—Soy Pedro Dorantes, el factor; se me murió ayer el caballo y le pedí permiso al gobernador para volverme, pues sin caballo yo no podía seguir el descubrimiento y la conquista; el gobernador me concedió permiso y convinimos en que me reemplazaría en el cargo mi hijo, hijo, que también se llama Pedro.

—¿Está muy lejos ahora la armada?

—Ayer la dejé en el puerto de Guaycani... Según trazas, irán siguiendo río arriba... Si os dáis alguna prisa no habréis de tardar muchos días en llegar donde estén ellos.

—Gracias, señor Dorantes... ¡Buen viaje!

—¡Buen viaje, padre!

Continuaron la ruta las canoas; el río trazaba á cada momento grandes sinuosidades, y estaba sembrado de escollos, que los indios evitaban con destreza. El paisaje por donde cruzaba la embarcación era un inmenso bosque extendido sobre ondulantes colinas, hacia el Este, y una pantanosa llanura sin fin ni término, cubierta de cañaverales, por Poniente.

Molestaban de una manera insoportable los mosquitos que pululaban á miriadas; durante la noche se hacía difícil el sueño no sólo por aquellos maléficis insectos, sino por el ensordecedor canturreo de las ranas de los vecinos pantanos.

Desde la canoa veíanse con frecuencia multitud de cigüeñas y flamencos inmóviles en el borde de los estanques; otras veces, distinguíanse en las fangosas orillas monstruosos caimanes, que llegaban á medir más de veinte palmos.

A primeros de octubre llegaba la canoa á un lugar del río llamado el puerto de Guayriaño, y los guaraníes dijeron:

—Aquí acaban las tierras de nuestra generación, y no podemos acompañaros más... Entendeos con los payagues, á ver si quieren conducirnos.

Saltó á tierra el fingido fraile y al momento acudieron á él varios indios, de aspecto nada tranquilizador. El fraile, con las manos ocultas bajo las mangas cruzadas, empuñaba un pistolete en cada mano.

Gracias á un guaraní que conocía la lengua de los payagües púdose llegar á un convenio; llevarían al fraile donde estaba fondeada la flota, que no podía hallarse lejos. Aparte de esto, mostráronse muy contentos de los cristianos, que les habían dado muchos rescates, y lo habían pagado todo sin engañarles.

A los dos días, y como ya anoheciera, sintió Garci-Venegas inmensa alegría al divisar allá á lo lejos, el resplandor de las hogueras que indicaban debía hallarse allí el campamento español. Media hora después saltaba á tierra, y con vivísima sorpresa de todos se presentaba en el real,

fingiendo la voz cuanto podía y oculto el rostro, casi por entero, bajo el capuchón. Pidió en seguida ver á los religiosos, y al mostrarse éstos no menos extrañados, exclamó:

—El hermano Felipe os saluda humildemente en nombre del señor... ¡Gracias á su misericordia he podido escapar con vida!...

Y diciendo esto, cogió la mano del más anciano y se la besó, mientras con los ojos y un imperceptible movimiento de cabeza le decía que no hablase.

—Sed bienvenido, hermano Felipe—respondió el fraile, y demos gracias á Dios que ha querido salvaros de la muerte, para el mayor provecho y gloria de nuestra santa orden.

El lugar en que acampaba la armada española era conocido con el nombre de puerto de Itabitan, en la actual Bolivia. Habían tardado un mes en llegar allí.

El campamento se extendía á lo largo del Paraguay, en un trecho de más de una legua.

Garci-Venegas observó con sorpresa que la gente, en vez de presentar señales de padecimiento, rebosaba salud, y si de algo pecaban los soldados era de demasiado gordos. Triste recordación se unía sin embargo á aquel lugar. Allá habían perecido, asesinados por los indios, ochenta españoles de los ciento cincuenta que á las órdenes de Juan de Ayola se habían internado, por orden de don Pedro de Mendoza, para hacer descubrimientos. Confiados en que podrían embarcarse en los bergantines de Domingo de Yrala, no pareció este por allí; en vano le aguardaron más de cuatro meses, sufriendo los más terribles padecimientos, hasta que por fin, viéndoles ya sin fuerzas los payagüeses, cayeron sobre ellos, sin dejar uno. todos creyeron que Domingo de Yrala les había abandonado para que los matasen los indios.

Dada orden de embarcar de nuevo, continuó la flota remontando el río, sin que en doce días se viera señal alguna de gente. El país era llano, cubierto de pantanos y daban gran tormento los mosquitos; navegábase á la vela, al remo ó bien

á la sirga, á causa de los grandes y frecuentes recodos que formaba el río; las orillas estaban cubiertas de cañaverales. Los indios se entretenían en cazar jabalíes de agua y nutrias, de las cuales se hallaba verdaderamente infestado el río.

Sucedíanse los días en monótona inacción y la gente comenzaba á murmurar, pues no se daba con la tierra de donde se prometían sacar oro y plata á montones.

—Decían los payagüeses, según me contó después la lengua,—afirmaba un soldado, veterano de la conquista del Perú,—que cuando mataron á Juan de Ayolas y su gente les robaron hasta sesenta y seis cargas de oro, que todo venía en planchas, brazaletes, y coronas, y hachuelas, y vasijas.

—Pues hasta ahora—respondió un arcabucero, jerezano,—el señor Alvar Núñez no ha hecho más que repartir doblones entre los indios, sin que de ellos hayamos visto ni blanca.

Siguiendo su ruta la expedición, dispuso Alvar Núñez que ésta se dividiera en dos, á fin de no alarmar en demasía á los indios ribereños. En su consecuencia, adelantó Alvar Núñez con la mitad de los bergantines y de las canoas, y dispuso que Gonzalo de Mendoza siguiese á larga distancia, con las otras unidades, y con rigurosa orden de que en nada molestase á los naturales.

Remontando siempre el Paraguay, llegaron los bergantines á un lugar donde desaguaba con violentísima fuerza del otro río, la mitad que aquel de caudaloso, procedente del Brasil y cuyo nombre era Yapaneme. Detuviéronse allí á negociar con los indios del país llamados «guajarapos», y fué de ver el asombro de los soldados bisoños al encontrarse con tan estrafalarias cataduras, nunca vistas hasta entonces, pues los guaraníes, aunque cobrizos eran bien formados, y entre las mujeres había muchas que podían muy bien ser tenidas por hermosas, con sus lindos ojos, sus esculturales formas y su largo pelo, recogido en dos trenzas. Nada de eso podía decirse de los tales «guajarapos», cuyos rostros estaban labrados de rayas, traían

horadados el labio inferior y las orejas y andaban totalmente en cueros.

Eran todos ellos pescadores y al hablarles el gobernador por medio de la lengua ó intérprete que le acompañaba, se mostraron muy contentos de las contrataciones hechas.

Siempre al Norte, llegaron los españoles el día 25 de octubre á un lugar donde el río presentaba tres brazos; era uno de ellos, en realidad, una gran laguna, llamada por los indios «Río Negro», por el color del agua; los otros dos brazos eran de color plateado; uno de ellos era el remate del Paraguay; el otro uno de los afluentes. El gobernador entró por la laguna, y con gran sorpresa de todos resultó que un río que en ella desaguaba, en vez de correr de Norte á Sur, corría de Este á Oeste. El gobernador, para que los barcos que seguían á las órdenes de Gonzalo de Mendoza no errasen el camino, mandó poner las cruces muy altas, hechas de tronco de árboles.

Aquellos intrépidos españoles, en país absolutamente desconocido, proseguían impávidos su camino. Alvar Núñez tenía bien definido su propósito: ensanchar las conquistas, reducir grandes y nuevas tierras á la obediencia del Rey; su gobernación era la del Río de la Plata, y no obstante, las circunstancias le habían obligado á descubrir por el Norte, y, se hallaba ahora en el propio Perú. Al dejar el Paraguay y enfilarse por la laguna ó Río Negro había ido á parar al río Beni, y bajaba ahora hacia la actual ciudad de los Reyes.

Dióse entonces uno de los espectáculos más singulares en los anales de la navegación. Remontando el Beni, llegó la armada de Alvar Núñez á sitio donde los bergantines no podían continuar su ruta, por no haber fondo á causa de unos bajos.

Era menester pasar, á todo trance, y en tan crítica situación «fueron los bergantines conducidos á hombros hasta la otra parte del bajo», que medía más de tiro y medio de arcabuz.

Los indios asombrados no acertaban á creer lo que veían sus ojos, y sin duda hubo de contri-

buir en gran manera tan extraordinario expediente á aumentar el prestigio de los cristianos.

Ya en tierra Alvar Núñez mandó reunir á los indios de los Reyes, cuya presencia movió á risa á los soldados, no sin motivo, á la verdad. Eran gente de mediana estatura, que andaban todos desnudos, pero lo gracioso del caso era que tenían tan desmesuradamente horadadas las orejas, que bien hubiera podido pasar un puño por los agujeros y con eso, metidos en los agujeros unas calabazuelas, de donde su nombre de «orejones».

Alvar Núñez, sin hacer caso de tamañas extrañezas, y teniendo tan sólo en consideración la empresa que allí le había conducido, después de tan largo viaje y en medio de tantas contrariedades les hizo decir por el intérprete ó lengua que traía desde Itabitan:

—Amigos: vengo á informaros cómo me ha enviado aquí el muy alto y poderoso rey de las Españas para que, en bien de vosotros os aperciba y amoneste á que seais cristianos, y recibáis la doctrina de nuestra santa religión. El rey de las Españas quiere que creáis en Dios, creador del cielo y de la tierra, y así os amparará con los brazos de los que aquí hemos venido, y cuantos sean menester, y seréis siempre bien tratados y bien mirados, por ser esta la voluntad del rey, y en siendo buenos os daremos muchos rescates, como hacemos siempre con nuestros amigos.

Los orejones escucharon con grande atención lo que de parte del gobernador les decía la lengua y respondieron que se alegraban mucho de lo que les había dicho el gobernador.

Alvar Núñez llamó entonces á los clérigos y les dijo:

—Reverendos padres: esta tierra es ya de su majestad, y por ende, mandaré construir una iglesia para que en ella podáis decir misa y los otros oficios divinos para ejemplo y consuelo de los otros cristianos. Entre tanto, honraremos á Dios y á su majestad levantando aquí una cruz, que será

el emblema de nuestro dominio y de nuestras santas intenciones.

Conforme á lo ordenado construyó una grande cruz de madera de cedro, que fué levantada junto á la orilla del Beni, bajo la sombra de unas altísimas palmeras, en presencia de los soldados y de los guaranies.

Acto seguido, proclamó Alvar Núñez la posesión de aquella tierra por el rey de España, de lo cual levantó acta el escribano, y terminada la ceremonia ordenó el gobernador que los españoles y guaranies acamparan en la orilla del río.

—¡Soldados y guaranies!—exclamó, revistándoles á caballo:—desde este momento debéis tener por amigos y fieles vasallos de su majestad á los indios y naturales de este puerto, y os queda prohibido que penetréis por ningún estilo en sus casas y pueblos, y os mando que paguéis todo lo que os traigan, sin ser osados á cometer con ellos el menor desmán, pues será severamente castigado el que les falte.

Aposentáronse los conquistadores los unos en los bergantines y los otros en tiendas que cubrieron con cueros de venado ó esteras, pero no tardaron en advertir que si los indios eran pacíficos, hasta entonces, no faltaban cosas que les dieran continua guerra.

No eran ya ahora los mosquitos, sino algo más grave. El lugar, en efecto, estaba infestado de vampiros, que los conquistadores llamaban sencillamente murciélagos, y de cierta clase de hormigas de terrible picadura. Esos vampiros eran del tamaño mayor que el de una tórtola y aun los había como un pavo. Los estragos que causaban eran grandes, pues, sin llegar á despertar al durmiente, le mordían, sorbiéndole la sangre.

Esto le pasó al propio Alvar Núñez, el cual, durmiendo en un bergantín, despertó al día siguiente sintiendo un gran frío en una pierna y sorprendióse al ver todas las sábanas empapadas en sangre. Creyó de pronto que le habían herido, pero reconocido el sitio de donde manaba la san-

gre resultó ser de una mordedura en el pulpejo del dedo gordo del pie. que el gobernador había tenido al descubierto. Asimismo daban los vampiros mucha guerra en las caballerizas, por querer morder, según sus costumbres, las orejas de los caballos y era rara cosa el desasosiego que mostraban estos en cuanto había penetrado algún vampiro en la cuadra, alborotando hasta que se mataba ó ahuyentaba á aquellos murciélagos.

Las hormigas, por su parte, causaban verdaderos estragos, pues su mordedura era tan dolorosa que el paciente se revolcaba, á grito herido, durante venticuatro horas. Muchos fueron los soldados y guaraníes que fueron víctimas de ambas plagas.

En cuanto á la tierra era fértil y abundante en mantenimientos y en caza, y se criaban muchos animales domésticos, como cerdos, gallinas, patos, etc.

Alvar Núñez, sabedor de que aquellos naturales adoraban unos ídolos de madera, los mandó quemar, asegurando á los indios que aquellas figuras eran simulacros del diablo, que nada temiesen en cuanto comenzaran á decir misa en la iglesia. los soldados, sin embargo, prestaron mayor atención á lo que aseguraban los orejones, á saber, que tierra adentro (esto es, hacia los Andes y el litoral del Pacífico) los ídolos eran de oro.

Cada día llegaban á los Reyes embajadas de generaciones de indios, que reconocían la soberanía del rey de España y se avenían á contratar con los españoles, en vista de lo bien que pagaban y del respeto que guardaban á los naturales; informaban á Alvar Núñez de las tierras de donde procedían, y en vista de la importancia que, según noticias, tenía el pueblo de los indios «charayes», envió allí dos españoles, llamados Hector de Acuña y Antonio Correa, intérpretes de los guaraníes, con algunos de estos indios y otros de la generación de los orejones: llevaban encargo de saludar al cacique de los charayes y rogarle se avistase con el gobernador, para llegar hasta aquella tierra.

XXVIII

Tierra adentro

Era el día diez de noviembre.

La impaciencia por ver llegar la otra mitad de la armada, que había quedado á las órdenes de Gonzalo de Mendoza trocóse en alegría al ver por fin blanquear las velas en el horizonte.

Todos los soldados acudieron á la ribera para recibir á sus compañeros, y en cuanto estuvieron en tierra les felicitaron por su feliz llegada.

—No tanto, no tanto,—xclamó un veterano.—¿No sabéis que nos cogió por el camino la víspera de Todos los Santos?

—¿Y qué tiene que ver eso?—replicaron los que le rodeaban y abrazaban.

—Pues, entonces no sabéis que el sino del capitán Gonzalo de Mendoza es sufrir alguna tremenda desgracia en dicho día.

—Sí; yo lo sé muy bien—replicó un balletero llamado Ibañez.—Toda la vida me acordaré de los naufragios que hicimos en el Río de la Plata, la víspera que decís, y el día siguiente. No creí contarle. Pero, decid ¿qué os ocurrió?

—Pues, en cuanto nos quedamos atrás de vosotros con los cinco bergantines, comenzó á soplar viento contrario, que no nos dejaba subir; á una tierra donde, según nos dijeron los guaraníes, habitaban los indios «gusarapos»...

—Guajarapos. querrás decir—objetó un arcabucero, bachiller de Salamanca.

—Llámense como quieran, el solo nombre que les conviene es el de bellacos, traidores... Vinieron pues, en sus canoas, y nos dijeron que éramos amigos, y que ya os lo habían dicho á vosotros... Les creímos, y el capitán Mendoza envió á tierra

á la gente de cada bergantín para que sirgaran, hasta doblar un torno del río; así fueron subiendo los cuatro barcos que iban delante; quedaba el último que manda el capitán Campos, y saltamos á nuestra vez para sirgar. Iba con nosotros el alférez Chaves...

—Ese también estaba en el bergantín de Mendoza el día de Todos los Santos, cuando los naufragios del Río de la Plata—interrumpió Ibáñez,—y bien puedo asegurar que si no es por él, ya no lo cuento.

—Decía, pues, que estábamos sirgando, todos sin armas, lejos ya los cuatro bergantines, que ahora corrían con viento favorable, cuando los miserables gusarapos nos acometen y nos matan á cinco cristianos. Nos arrojamos todos al río, para ampararnos en el bergantín, y el padre Bolaños, á quien conocíais, se ahoga... Por suerte, los demás llegamos á tiempo á bordo, por la misericordia divina, pues de quedarnos en tierra nos matan á todos.

—Yo me guardaré muy bien de seguir al capitán Mendoza, si me ha de coger con él la víspera de Todos los Santos,—exclamó un soldado.

—Y yo también—repuso otro.—Bueno es saberlo.

Así transcurrieron ocho días, hasta que regresaron Hector de Acuña y Antonio Correa, de la tierra de los «charayes». Su embajada había dado los más felices resultados, y el cacique, ya que no viniera en persona, le enviaba á uno de los principales indios, de origen guarani para que les sirviera de guía en el descubrimiento.

Según refirieron Acuña y su compañero, el país por donde primeramente habían atravesado era pobre, cubierto de ciénegas todo él y las gentes horrorosamente feas, con los rostros labrados y rayados, y los labios bajos horadados, de los cuales colgaban cocos. Por fin, llegaron á una tierra mucho más alegre y muy fértil, y antes de ponerse el sol, eran recibidos con grandes muestras de alegría por dichos «charayes», gente de buenas proporciones y cuyas mujeres en vez de ir desnu-

das, cubiertas las vergüenzas, vestían unas largas ropas de algodón.

Refirieron los dos españoles que el cacique les había acogido con grandes muestras de respeto y les había dicho que estaba enterado del buen proceder del gobernador de los cristianos, hombre justo y bueno y amigo de los indios, y les había colmado de atenciones y regalos. En lo que no estuvo conforme fué en indicarles el camino que había que seguir para llegar á las poblaciones de los indios que tenían oro y plata, pero, por fortuna, el indio guarani que iría con ellos,—que había quedado allí desde hacía muchos años, en tiempo de una guerra de las de su nación con los charayes,—sabía el camino, y les guiaría.

Alvar Núñez mandó llamarle á su presencia y le interrogó, preguntándole por la naturaleza del camino y otros particulares, á todo lo cual contestó dando muchos pormenores.

—No os obligo á guiarnos por la fuerza, sino de grado,—le hizo decir Alvar Núñez. Sólo os pido que, si queréis servirnos, nos digáis la verdad.

—Quiero ir en vuestra compañía y os enseñaré bien el camino.

—Entonces—respondió Alvar Núñez,—os podrá venir mucho provecho; pero atended que si nos engañáis os podrá venir mucho daño.

Según lo que había manifestado el guarani, para llegar al punto donde quería ir el gobernador, era menester caminar veinte días, á través de despo-blados, en su consecuencia mandó Alvar Núñez allegar provisiones para dicho espacio de tiempo. Señaló para que formasen parte de la expedición 300 hombres, arcabuceros y ballesteros, y dejó para custodiar los bergantines 100 españoles y 200 guaranies, á las órdenes del capitán Juan Romero, el mismo mandó el primer socorro enviado á Buenos Aires. Todo ello, después de consultado y acordado con los capitanes y religiosos.

Era el 26 de noviembre del año de gracia de 1543 cuando la hueste española se puso en marcha

«para hacer la entrada» en las tierras pobladas de allá Occidente, donde había oro y plata.

Era la vía por en medio de espesísimos bosques, asaz difíciles de atravesar, pues era menester abrirse camino á hachazos, para lo cual precedía á la hueste una avanzada de veinte hombres, encargados de segar las altas yerbas, romper los bejucos ó derribar los árboles que cerraban el paso. La única ventaja que había era la grande abundancia de caza en puercos, dantas y venados, así como de pesca en las lagunas que á veces tenían que bordear, tan ricas en peces que se les cogía con la mano; y así mismo podían disponer de mucha miel, tantas eran las colmenas que había en los árboles, y de las frutas, no solamente abundantísimas, sino también sanas y sabrosas.

Cinco días hacía que habían salido los españoles del puerto de los Reyes, cuando llegaron á un río de límpidas aguas, pero muy calientes, cosa que les llenó de asombro. Así las cosas, y pasado el peregrino río, de nuevo la hueste en la espesura del bosque virgen, comenzó el guía guaraní á turbarse, hasta manifestar que había olvidado por completo el camino, y no sabía dónde estaba, pues no parecían las veredas viejas, por las cuales había seguido años atrás.

Alvar Núñez profundamente inquieto, hizo entender á los que le rodeaban que de ninguna manera dejasen traslucir lo que ocurría, y mandó continuar á través de la selva, más tupida y llena de maleza aun que las anteriores. Los árboles, de majestuosa corpulencia y grande alzada, quebrachos, acacias, palmeras, cedros, sauces, aparecían rodeados de fuertes bejucos, que se entrelazaban con otros, y como sembrados de orquídeas y de innumerables flores del más brillante colorido. Todo estaba cubierto de musgos, líquenes y vegetación parasitaria, y por do quier aparecían derribados, como gigantescos cadáveres, gruesos troncos carcomidos, podridos, cubiertos de yerba y de maleza. Los soldados, en la tenebrosa obscuridad de la selva virgen, divertíanse con las ca-

briolas de los incontables monos y el cotorreo de las grandes bandadas de papagayos. De vez en cuando, saltase á alguna selva, alfombrada de altísimo, espeso y verde césped, bien quedaba interrumpido el bosque por alguna colina cubierta de «puidos» ó palmeras de gracioso follaje.

El guía guarani, decía á Alvar Núñez:

—No he pasado nunca por aquí, á lo que yo recuerdo, pero puedo aseguraros que hay gran peligro, y que nadie debe quedar rezagado.

—¿Qué peligros hay?—repuso el gobernador.

—Debe haber muchos jaguares y pumas (1) que atacan al que encuentran solo, y asimismo tapires y peccaris, pero sobre todo serpientes...

—Es natural que haya eso que decís—respondió el gobernador, pero prefiero los tigres y leones, y las serpientes y los cocodrilos que no los malditos mosquitos y las hormigas... A los enemigos descubiertos se les puede vencer, pero Dios nos libre de los enemigos pequeños, cuando son muchos.

El paje Antón Bravo, permitiéndose una de las libertades á que estaba acostumbrado, por la paternal bondad con que le trataba Alvar Núñez repuso:

—Dice muy bien el señor gobernador en lo que ha dicho. Son más terribles las alimañas pequeñas y muchas, que las grandes y pocas.

Alvar Núñez, de cada vez más preocupado por la ignorancia del guía, mandó hacer alto, y con indecible sorpresa recibió el aviso, procedente del jefe de la retaguardia, de que dos indios guaranies pretendían hablar con él.

Extrañóle sumamente á Alvar Núñez la presencia de guaranies en aquel despoblado, pero pronto quedó explicado todo... Los dos indios que contarían unos 35 años, manifestaron que vivían allí desde niños, por haber quedado vivos después de la gran rota que los indios de tierra adentro habían inferido á los guaranies que fueron á hacerles guerra allí.

—Temerosos de que nos mataran también á nos-

(1) Los españoles les llamaban *tigres y leones*.

otros, hemos vivido en los bosques, huyendo de los charayes y refugiándonos en la espesura de estos desiertos bosques.

—¿Cuántos sois?—preguntó Acuña, el intérprete.

—Catorce entre hombres, mujeres y niños; á dos jornadas de aquí hay diez más escondidos como nosotros.

—¿Sabéis el camino de las tierras pobladas?—preguntó de nuevo el intérprete.

—No; éramos muy pequeños cuando fuimos allá; —respondió el mayor,—y nunca más hemos andado por tales caminos, ni los recordamos, ni sabemos cuánto tiempo hay. Pero os lo podrá decir un cuñado nuestro que vive á dos jornadas de aquí.

—¿Quiéres guiarnos hasta él?—preguntóles el intérprete.

—No es menester, pues encontraréis la choza en que vive siguiendo siempre adelante, como quien va á aquella montaña que desde aquí se ve y se llama Tapua,—y señalaron una de gran elevación que se levantaba á lejana distancia.

Alvar Núñez, muy satisfecho con aquel encuentro, mandó que el intérprete Acuña y un soldado, acompañados de dos indios se adelantasen hacia allá, para informarse, y dió orden á la hueste de caminar poco á poco.

Tres días transcurrieron de esta suerte, pero la marcha era lentísima por la dificultad de abrirse paso á través del bosque, hasta que á la mañana del cuarto, salió al encuentro de los españoles un indio guarani, portador de una carta que enviaba Acuña al gobernador.

Las noticias eran fatalísimas: desde la choza al monte que habían señalado los guaranies había que hacer dieciséis jornadas á través de inextricables selvas, cubiertas de altas malezas y cerrado por la espesísima red de bejucos que se entrelazaban de un árbol á otro.

Decía también Acuña que el camino desde donde quedaban los españoles hasta la choza del indio en que se hallaba, era mucho peor que el que

habían recorrido hasta entonces, y concluía diciendo que al siguiente día llegarían al campamento español con el indio que sabía el camino de Tapúa para guiarles.

Alvar Núñez, resuelto á todo, guardó secreto lo que decía la carta y dió orden de avanzar, pero pronto pudo convencerse de que no eran exageradas las noticias del intérprete. El camino era poco menos que imposible; cada paso costaba un trabajo inmenso en derribar árboles, rasar yerbas y cortar bejuco; los hombres debían andar á gatas, y los caballos sólo podían avanzar después de mil esfuerzos, de tal manera que en toda aquella fatigosa jornada apenas lograron adelantar un tiro de ballesta.

Para colmo de males, desencadenóse una terrible tormenta de agua, y con dolor de su corazón vióse obligado Alvar Núñez á dar orden de retirada, para que la gente pudiese guarecerse en los reparos de chozas que habían construído en el sitio donde habían pernoctado últimamente.

—Eso es ya condenarnos á muerte lenta—exclamaba un capitán, hablando aquella noche con algunos de sus compañeros.—¡Malhaya la hora en que seguimos á ese hombre!

—Sí; no se puede seguir de esta manera—respondieron los otros.—Mañana tomaremos una resolución. Llevamos tres meses de penalidades, y ahora resulta que ni siquiera hemos empezado á conocerlas.

Amanecía cuando llegaron al campamento Acuña y los demás que con él habían ido á la choza del indio, y les acompañaba el guaraní que pretendía saber el camino de Tapúa. Alvar Núñez le recibió con grande alegría, y el indio confirmó en un todo lo que ya había dicho Acuña en su carta.

El gobernador, en su vista mandó reunir á los oficiales del rey, á los capitanes y á los clérigos y les expuso la situación, pidiéndoles parecer. Sin embargo, por mucho que hubiera sospechado de su mala voluntad, no podía caer en la cuenta de que ya antes que él les había reunido el hermano

Felipe, y lo que este dijo había de ser lo que opinasen.

—Señor gobernador,—comenzó diciendo el comisario fray Bernardo de Armenta, á quien Alvar Núñez había llevado consigo, á pesar del proceso que se le había formado,—puesto que nos pedís nuestro parecer, cumpliendo vuestra obligación, voy á deciros lo que pienso, y creo que lo mismo habran de pensar todos. No tenemos víveres desde hace tres días y si los soldados no se han amotinado es porque no se han atrevido á ello por considerar lo que han gastado y tirado hasta ahora, sin curarse de ahorrar los mantenimientos ante la seguridad de que no habían de faltarles, en vista de lo que habían dicho los indios de quienes os informasteis. Así, en tan infundada confianza, malbarataron los soldados y los indios las provisiones que tenían, pues cada cristiano traía para sí dos arrobas de harina. Hemos pasado revista de lo que queda, y todo lo más tenemos para seis días; contad, pues, lo que falta para las dieciséis jornadas que ha dicho tendríamos que hacer antes de llegar á poblado. ¿Y quien nos dice que en vez de dieciséis no sean muchas más? Triste sería, señor gobernador, que, como ha ocurrido en otros descubrimientos, no pudiésemos dar la vuelta y nos muriésemos todos de hambre.

—¿Qué debemos hacer, pues, á vuestro juicio?

—Pues no hay más sino volvernos al puerto de los Reyes, y proveernos allí de más víveres para proseguir la entrada. Este es nuestro parecer, y si menester fuera, á ello os requerimos de parte de su majestad.

—Ese es nuestro parecer también, «nemine discrepante», repuso fray Antonio Lebrón.

—Considerad, sin embargo—respondió Alvar Núñez,—que es imposible hallar en los Reyes víveres bastantes para sustentar á tanta gente por espacio de tantos días... Además, si perdemos días, nos cogerá la estación de las lluvias, como nos han avisado ya los indios y nos encontraremos aun en mayores trabajos.

—Es vano empeño que porfiéis, señor gobernador—dijo el capitán García.—Todos estamos dispuestos á sostener nuestra opinión, y sería temerario empeño por vuestra parte contradecirla.

Alvar Núñez intentó aún convencer á los capitanes y demás, de la conveniencia de proseguir el camino, asegurándoles que no faltarían mantenimientos habiendo tanta caza y pesca, hasta que temeroso de una insubordinación que podía acarrear muchas desgracias se resignó á lo que se exigía de él.

Sólo Alvar Núñez, hubo de sorprenderse al recibir aviso de que uno de los capitanes, llamado Francisco de Ribera, pretendía verle.

—¿Qué se os ofrece?—preguntóle el gobernador.

—Señor—respondió Ribera, os pido me dejéis ir adelante; el alférez Chaves y cinco soldados se han ofrecido á acompañarme. El guarani nos guiará hasta Tapua.

—Gracias, capitán; acepto vuestro ofrecimiento; id, pues y esperadme allí. Y por si no volviéramos á vernos, venid todos, á que os dé un abrazo.

El capitán Ribera fué en busca de Chaves y los cinco soldados, y el gobernador, con lágrimas en los ojos, se despidió de ellos, agradeciéndoles su generoso empeño y bendiciéndoles como si fuesen propios hijos suyos.

Una hora después, mientras el capitán Ribera y los que le acompañaban, continuaban su camino hacia el interior, Alvar Núñez y su hueste emprendían la vuelta al puerto de los Reyes donde llegaban al cabo de ocho días.

XXIX

La retirada

Alarmantes nuevas hubo de recibir Alvar Núñez en cuanto llegó á los Reyes; el capitán Juan Romero que, como ya se ha dicho, habíase encargado del mando, le puso en conocimiento de que los indios de aquel puerto y los de una isla que se hallaba á una legua de allí se habían concertado para matar á todos los cristianos.

La traición cometida por los guajarapos con los soldados de Gonzalo de Mendoza había ocasionado un perjuicio inmenso al prestigio de los españoles, pues dichos indios habían ido á ver á los del puerto de los Reyes y les habían dicho que habían matado á muchos cristianos, que estos no eran valientes, que tenían las cabezas muy tiernas y que procurasen matarlos, en lo cual les ayudarían ellos, después de lo cual se apoderarían de los bergantines. La conspiración amenazaba estallar de un momento á otro, y ya los indios de los Reyes no les traían víveres y se mostraban insolentes y amenazadores.

Alvar Núñez escuchó impasible la relación del bravo capitán, y dió orden de que se presentasen los indios principales de aquella tierra.

Acudieron once, al cabo de algunas horas, y ya en el bergantín donde se alojaba les hizo decir por su intérprete:

—He de hablaros y de amonestaros en nombre de su alta y poderosa majestad el rey de España y de las Indias para que os soseguéis y no quebrantéis la paz que tenemos concertada, pues os tratamos como amigos, y ningún daño os hemos ocasionado. Os he dado muchas cosas, y os

he prometido que os defendería de vuestros enemigos; continuad, pues, como convinimos, ó de lo contrario os tendré por enemigos y os haré la guerra, en cuyo caso, os aseguro que no seremos nosotros los que llevemos la peor parte.

Antes de que se retirarán los jefes, mandó el gobernador les fuesen regalados sendos gorros colorados, con lo cual se fueron, al parecer, muy contentos.

Dos días después presentóse gravísimo conflicto: no había más provisiones que las que quedaban á bordo de los bergantines, próximas á agotarse, pues entre soldados é indios había que mantener á 20.000 personas. Alvar Núñez despachó emisarios, con abundancia de rescates, para procurarse mantenimientos en los pueblos comarcanos, pero todos regresaron con las manos vacías.

Celebrado consejo manifestó Alvar Núñez que, según noticias, había á nueve leguas de allí, unos indios ribereños llamados «arianicosies», que tenían víveres en abundancia y los cederían por rescates de los que solían dar los españoles, como eran anzuelos, cuentas, cuchillos, cuñas de hierro y demás.

Todos reconocieron que la situación no podía ser más crítica, que estaban á punto de morir de hambre del primero al último; que convenía, por lo tanto, procurarse mantenimientos á toda costa, de grado ó por fuerza, firmando todos el acta.

Alvar Núñez decidió confiar el encargo al capitán Gonzalo de Mendoza, dándole por escrito las instrucciones, entre las cuales contaba que debía proceder con la mayor lealtad para con los indios, sin inferirles el más ligero agravio y dirigiéndose á ellos siempre con amorosas palabras. Sólo en caso de negarse, había de requerirles hasta tres veces á que les vendiesen mantenimientos, y si aun entonces no cedieran, sería cuando se debería apelar á la fuerza.

Dispuesta la expedición, hízose á la vela el 15 de diciembre, con 120 españoles y 600 guaraníes flecheros; y cinco días después salía otra, al mando

del capitán Hernando de Ribera, que debía ir por provisiones á tierras de los indios charayes, remontando el río Ygatu.

Este mismo día llegaban á los Reyes aquellos valientes españoles que habían seguido al capitán Francisco de Ribera en su arriesgada expedición á Tapúa, siendo recibidos con inmensa alegría por los españoles, que les daban ya por muertos. Todos estaban heridos, y de los once indios que les acompañaban sólo volvían tres, por haberse vuelto en el camino los otros ocho, á los cuales dijo Alvar Núñez mandaría ahorcar en cuando llegasen, si bien después les perdonó.

Luego que nos partimos de la hueste—dijo el capitán,—fuimos caminando por dó nos llevaba el guía; era aquella una selva tan llena de malezas y con las arboledas tan cerradas, que hubo día en que sólo pudimos caminar una legua, y otros días ni media, por los grandes jarales y breñas de los montes. En cambio nos sobraban los mantenimientos, pues era tan abundante la caza de dantas y venados, que se podían matar á palos, y había asimismo infinita miel en los huecos de los árboles, y frutas en exceso para mantenerse diez veces más gente que la que mandáis, y pesca inagotable.

Así anduvimos ventiuñ días, y ya en la otra parte descubrimos huellas de indios, las cuales seguimos hasta dar con unos grandes haces de maíz. Allí nos hallábamos detenidos cuando vino á nosotros un indio cuyo lenguaje no entendimos; llevaba en el labio bajo un grueso barbote de plata y aretes de oro en las orejas.

El indio me cogió de la mano, y nos condujo á su casa, que era muy grande, de madera y paja, y ya cerca pudimos ver que las mujeres y otros indios sacaban de la casa, por una abertura que hicieran en la pared, todo lo que había dentro: ropas de algodón, planchas, hachuelas y brazaletes de plata, tinajas, y otras cosas.

Ya en casa del indio, nos mandó sentar y nos hizo servir vino de maíz en unas calabazas pu-

lidamente labradas. Apenas hubimos bebido comenzaron á acudir muchos indios, que á lo que pude colegir se llaman tarapecocies, todos muy pintados y emplumados, con arcos y flechas, en inequívoca señal de guerra. El indio que me había llevado á su casa nos dijo que debíamos marcharnos en seguida, pues si no, nos matarían. Nos fuimos, pero apenas estábamos á tiro de piedra, comenzaron á dispararnos muchas flechas, que nos hirieron á todos, y así pudimos llegar hasta el monte, donde nos dispusimos á la defensa. Nuestros arcabuzazos les tuvieron en respeto, y así pudimos continuar nuestro camino, volviendo por la vereda que habíamos abierto á la ida.

—Así; ¿cuánto os parece que dista de aquí el poblado donde fuisteis?

—Setenta leguas, á corta diferencia. El camino como ya os he dicho es malo, pero no hay que pensar en víveres, pues la caza, la pesca y la miel son abundantísimos, y hay para más de lo que podríamos necesitar.

—¿Decís que esos indios se llaman tarapecocies?

—Eso mismo.

—Pues entonces, sé que en los Reyes hay algunos, y les preguntaremos, pues hay un guarani que les entiende.

Llamados los tarapecocies é interrogados, afirmaron que á tres jornadas de sus ranchos había un pueblo llamado de los paisundes que poseían inmensas cantidades de oro y plata labrados, los cuales cambiaban por arcos, flechas y esclavos, lo cual, prontamente sabido de los cristianos fué motivo á que sintieran renacer sus ánimos.

Las noticias traídas por el capitán Francisco de Ribera y el alferez Chaves, movieron á Alvar Núñez á persistir en su primer propósito, mayormente contando ahora con el ardiente deseo de los soldados de ir al descubrimiento de las tierras del oro, y en este concepto envió á llamar á Gonzalo de Mendoza.

La expedición de este había sido desastrosa; los arianicocios, instigados por los guajarapos le ha-

bían recibido á flachazos, sin querer oírles, en vista de lo cual habíanse visto los españoles obligados á hacer fuego; la gente había caído enferma, casi en su totalidad; unos indios de la isla que había en el río, sorprendieron á cinco cristianos y á varios guaraníes que se habían alejado un tiro de piedra para ir á pescar en canoas en una laguna, y les habían matado y despedazado á todos, repartiéndose sus restos, para comerlos, ocurriendo desde entonces cada día nuevas desgracias, hasta el punto de haber matado cincuenta y ocho cristianos de una vez. De ahí que al regresar el desgraciado capitán, sólo trajese la tercera parte de la gente que embarcó con él, todos enfermos y en el último grado de enflaquecimiento.

Igual sucedió con la expedición del capitán Hernando de Ribera, enviada á descubrir río arriba; volvían apenas la mitad, todos enfermos.

Para colmo de males, desarrollóse en el puerto de los Reyes una pestilencia terrible, producida por las inundaciones, y con ella una plaga de mosquitos que hacía imposible el descanso, y se convertía en intolerable tormento, cien veces peor aun que las calenturas.

Lo único que podía servir de ligera compensación á tales sufrimientos era que los capitanes y personas señaladas tenían á su disposición hasta cien jóvenes indias, que sus padres les habían ofrecido para que hiciesen de ellas lo que solían de las otras indias que tenían. Eran aquellas indias de los Reyes asaz agraciadas, y los que las poseían habían llegado á tomarlas cariño, ó cuando menos á apreciarlas en cuanto á los fines con que las habían recibido.

Tres meses hacía que se hallaban en los Reyes los españoles, enfermos sin excepción incluso Alvar Núñez, que sólo pensaba en que bajasen las aguas para poner en efecto la entrada, cuando un día, de á fines de marzo (1544) pudieron ser recibidos los frailes, capitanes y oficiales del rey.

—Señor gobernador—exclamó el comisario fray

Alvar Núñez.—10

Bernardo de Armenta, en nombre de su majestad venimos á requeriros que sin dilación alguna os retiréis á la Ascensión, visto el estrago que en este lugar hacen las calenturas y el gran número de muertes de cristianos que ha habido, y para que allí puedan convalecer los enfermos que aquí tenemos. Así os lo venimos á notificar y exigir, pues si á vos os conviene perseverar, para vuestro medro, en el propósito de ir al descubrimiento, nosotros debemos mirar por la conveniencia de su majestad y de sus vasallos, reducidos hoy á la mayor flaqueza.

Alvar Núñez, pálido y consternado, respondió:

—Nada puedo contra vuestra resolución, pues de negarme á lo que me exige podría sobrevenir un desacato á mi persona, y no quiero que por mí se derrame una gota de sangre. Así, daré las órdenes necesarias para volver á la Ascensión.

—Mucho nos holgamos de ello,—dijo el capitán García.

—Lo que no consentiré—continuó Alvar Núñez,—es que vayan con vosotros las cien muchachas indias de este puerto que os ofrecieron sus padres para vuestro regalo, pues sería hacer grave ofensa á Dios.

—¡Os negamos el derecho á hacer eso! Exclamaron en coro los capitanes y los oficiales del rey. Nada os importa lo que hagamos de las muchachas.

—¡No quiero que se cometa tal escándalo!—repuso Alvar Núñez. Las indias serán devueltas á sus padres.

—¡No! ¡Eso no es cosa vuestra!—exclamó un oficial del rey. Las muchachas seguirán con nosotros, porque así les place.

—¡No seguirán, sino que volverán á su casa!—replicó Alvar Núñez.

—¡Eso lo veremos!—repuso un capitán.

—No se ha de ver nada; se hará lo que yo digo, y nos iremos de aquí dejando memoria de nuestra lealtad. Y ahora, retiraos. pues nada más tenéis que decirme, ni he de deciros.

Obedecieron todos, pero una vez fuera, dieron

los oficiales del rey y los capitanes rienda suelta á su violentísimo furor, prorrumpiendo en los más horribles denuestos y amenazas. En aquellos tres meses se habían aficionado en extremo á las indias, las cuales hablaban ya el castellano y se mostraban enamoradísimas.

Al quedar solo Alvar Núñez, entró Antón Bravo y le dijo:

—Señor, ¿es cierto que las muchachas que les dieron á los capitanes y á los oficiales del rey no se irán con ellos?

—Sí; es cierto.

—Pues, entonces, perdonad que os lo diga, vais á crearos unos enemigos del mayor cuidado. Sé de algunos que quieren á esas indias como á las niñas de sus ojos, pues realmente las hay que son tan bonitas como las más agraciadas españolas. Vos mandáis, pero yo os aviso que no os perdonarán la prohibición que habéis ordenado.

—¿Acaso son esos pobres indios de distinta condición que nosotros?—exclamó Alvar Núñez.—¿He de tolerar yo que esas pobres mozas abandonen su casa para ser comblezas de mi gente? Callad, ya... Si quieren llevarse á las indias, cásense con ellas, pero no consentiré jamás se las repartan como botín de guerra. Eso no se hace entre cristianos.

Una hora después, Alvar Núñez ordenaba se reunieran los españoles en la ribera del río, y ya formados, mandaba al alférez Chaves leyera las instrucciones de su majestad.

El alférez leyó y los capitanes pudieron oír que decía: «Que ninguno sea osado de sacar á ningún indio de su tierra, so graves penas...»

Acto seguido fueron devueltas las indias á sus casas, á la verdad, con harta tristeza suya, sí con gran contento de sus padres, que loaban la honradez del gobernador. Los desposeídos, por su parte, sentíanse poseídos de rabia, y juraban que el gobernador había de pagar caro el agravio que les había hecho.

Al día siguiente, embarcaba toda la expedición.

Muchos soldados y guaranies, que se hallaban poco menos que á la muerte, sacaban fuerzas de flaqueza, ante la próxima esperanza de llegar á sus casas. El viaje era imagen de la desolación y á algunos se les saltaban las lágrimas de los ojos al recordar cuán diferente había sido la ida, al salir de la Asunción el día de la Virgen de septiembre. ¡Cuántos faltaban de los que habían partido! Y los que volvían, en lugar de aquella su anterior fortaleza y valeroso ánimo, halábanse tan flacos y debilitados que ni podían empuñar el arcabuz ni menos ayudar cogiendo un remo, de tal manera que sin las velas y los cañoncitos de los bergantines el peligro hubiera sido mayor. Con el temor de los ataques de los indios ribereños, iban las canoas de los guaranies en medio de los bergantines, pero aun así al navegar por la costa de los guajarapos, atacaron estos la flota con las canoas, y mataron á algunos españoles, hasta que se logró ahuyentarlos con los disparos de artillería.

Amaneció el día 8 de Abril cuando llegaba á la Ascensión la flota que saliera de ella siete meses antes. y al aspecto de aquel tropel de enfermos y de gente enflaquecida no hubo quien no se sintiera conmovido.

Pocas horas después, el capitán Salazar de Espinosa rendía el mando al gobernador.

XXX

La conjura

Habían transcurrido quince días desde el día de la llegada de Alvar Núñez á la Ascensión. El gobernador, muy enfermo, yacía en cama, como tantos otros de los que con él habían ido al descubrimiento. A la dolencia física superaba sin em-

bargo, el sufrimiento moral; así se habían disipado sus halagüeñas esperanzas.

Tocaba á su término la tarde.

Antón Bravo, junto al lecho del paciente, trataba de infundirle ánimo.

—No os aflijáis en tanto extremo, señor—lé decía.—Bien veís que no tenéis vos culpa alguna en lo que sucede. De haberos obedecido en lugar de exigirlos la vuelta ahora estaríamos en el país del oro y habríais reducido al servicio de S. M. á aquellos indios hasta los que llegaron el capitán Francisco de Ribera y el alférez Chaves.

—Sí; hubiéramos podido ir adelante, ya lo oíste, Antón, sin temor alguno á que nos faltasen mantenimientos, y ya ahora esta provincia del Río de la Plata se extendería hasta los límites de donde descubrió el marqués Pizarro.

—No penséis más en ello; cuántos se precian de honrados, están á nuestro lado, y os seguirán cuando volváis á ponerlos en camino para hacer la entrada. Lo que no se pudo lograr entonces, se logrará otro día y contad con que vuestra noble acción al prohibir que los cristianos se llevaran á las indias del puerto de los Reyes os facilitará en gran manera la tarea, pues algunos de aquellos naturales que han bajado á la Ascensión han asegurado que no cesan de bendeciros aquellos indios, y que lo mismo hacen sus amigos, aun los mismos que tan cruda guerra hicieron al capitán Mendoza.

—Cumplí con mi deber, y evité un escándalo, contra Dios y contra su majestad—exclamó con energía el gobernador.—¿Cómo andan las obras de la carabela, Antón?

—Poco falta ya para terminar.

—Bien hubiera podido estar terminada ya... A fe, no sé en qué pensó el capitán Salazar, á quien tan encomendado dejé el asunto. Urgeme enviar á su majestad la relación de lo que aquí ha pasado.

—Señor, sois tan bueno que estoy seguro os callaréis lo que más deberíais notificar al rey.

—No; lo diré todo, Antón.

—En este caso, debéis decirle que sus oficiales os tienen odio por no consentirles sus atropellos y desafueros, y debéis acusarles de haber despoblado el puerto de Buenos Aires, el más importante de la provincia del Río de la Plata.

—No será menester hablar de eso.

—Ya presumía yo que no querriais acusar á á nadie, y sin embargo, claman al cielo las injusticias que vienen cometiendo.

La conversación quedó interrumpida por el aviso de que una cristiana pedía con la mayor urgencia ver al gobernador.

En aquel momento Alvar Núñez sentíase acometido de un nuevo acceso de fiebre; Antón Bravo, alarmado, dijo al criado, llamado Pedro de Oñate, que negase en absoluto la entrada á quien quiera pretendiese hablar con el gobernador.

Volvió el criado, y dijo que la cristiana deseaba hablar cuando menos al paje.

Antón Bravo, impaciente, salió dejando al gobernador al cuidado de Pedro, y con viva sorpresa se encontró con Isabel Venegas.

—¡Vos aquí!—exclamó.—¿Qué deseáis?

—Antón—respondió la joven.—Poneos en salvo... Yo no puedo deciros lo que ocurre, pero se trama algún terrible atentado contra Alvar Núñez... Huid...

—Gracias por el aviso, pero la gente que aquí tenemos es leal, y no hay temor de que nadie penetre en esta casa sin pasar antes sobre sus cuerpos... El alférez Chaves manda la guardia, y con él entre nosotros nos consideramos tan seguros como en el más fuerte castillo.

—Creedme, os lo ruego por Dios... Es preciso que el gobernador huya, se oculte... ¿Queréis que avise á alguien? El capitán Mendoza tiene los bergantines en el río; el gobernador podría embarcarse en cualquiera de ellos, y huir.

—Agradezco vuestra buena intención, señora, pero ni Alvar Núñez es hombre que huya, ni habrá de pasar nada... Además, si es cierto que creéis amenaza tanto peligro, id á avisar al capitán Salazar de Espinosa, que es su lugarteniente.

Isabel pareció reflexionar un momento y exclamó:

—Todo lo haré, Antón. Guardeos Dios.

—Señora, que él os acompañe.

Salió la joven, y con paso vacilante se dirigió á la casa donde estaba aposentado el capitán.

Pocas veces había tenido ocasión de verle durante su mando por la ausencia de Alvar Núñez pues permanecía casi constantemente recluída en la morada del P. Luis de Miranda.

El alférez Chaves, que se hallaba en el zaguán de la casa del gobernador, saludó respetuosamente la joven al pasar por delante de él, y como Isabel le hiciera una ligera seña, fué tras ella.

La joven se detuvo al dar la vuelta á la calle donde se hallaba la casa del gobernador y esperó á Chaves entre las ruínas de una casa incendiada, que le ocultaban por completo á las indiscretas palabras de los escasos transeuntes.

Las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced daban el toque del Ave María.

Chaves se acercó á la joven.

—Martín—exclamó Isabel.—El gobernador está amenazado de muerte... Se trama una conjura contra su vida. He sorprendido palabras siniestras...

—Estoy encargado de defender al gobernador, y los que vengan me encontrarán en mi puesto—respondió Chaves.

—De vuestro valor nadie duda, pero no basta... Sois veinte hombres: ellos... ¡Dios sabe cuántos son!... Chaves, yo no puedo consentir que expongáis vuestra vida, y no quiero que nadie le haga el menor daño á Alvar Núñez, tan bueno que parece un santo mejor que un hombre como los demás... Martín... he querido decíroslo antes de hacerlo, pero no me cabe otro remedio que ir á ver al teniente de gobernador, suplicarle defienda á su general y que le salve.

—¡Vais á ver al capitán Salazar!—exclamó Chaves, palideciendo.

—Sí... ¿Dudáis acaso de mi corazón? Soy fuerte.

—No... No dudo de vuestro corazón... Le ama-

bais... vais á suplicarle, y como debe amaros siempre...

—No; si le amé, no lo recuerdo ya, Chaves...

—Será como vos decís, señora,—respondió Chaves, con la voz alterada por la emoción.

—El hombre que se negó á poner en libertad al padre de su amada, á pesar de no faltar con ello ni á Dios, ni al rey, no merece estimación de nadie.

—El capitán se creería esclavo de su deber...

—¿Os hubiérais vos negado á mi ruego, Chaves?

—¡Oh, señora! Por Dios os juro que antes de que hubierais acabado de dirigirme la súplica, ya vuestro padre hubiera estado libre.

—¡Ya veis, pues, Chaves! ¡Harto comprendo lo que puede la ambición en el pecho de los que parecen más nobles y generosos!

—¿Qué mayor ambición que la de ser amado por vos?—exclamó Chaves con apasionado acento.

—¡Triste de mí!—respondió Isabel.—¿Quién soy yo, hija de un oscuro capitán, hoy perseguido y oculto bajo un disfraz?

—Sois quien merece ostentar sobre su frente una corona de emperatriz; sois el sol que ilumina mi vida; sois el lucero que guía mis pasos por la tierra...

—¡Martín!... ¡ah qué bueno sois!... Pero, no hay tiempo que perder... He de ver al capitán... Adiós...

—¡Id con Dios, señora!... Vuestro noble corazón no puede jamás inspiraros ningún sentimiento que no sea digno y honrado...

—¡Martín! ¡Martín!—exclamó, arrebatada Isabel. Yo os juro que sólo seré vuestra... os lo juro, y en prenda de ello os beso.

Y arrojándose en brazos del joven cubrió de apasionados besos su rostro, mientras Chaves, perdiendo el mundo de vista, creía estar soñando ante tanta felicidad.

La joven se desprendió de sus brazos, é iba á salir á la calle, cuando se detuvo al ver pasar un gran tropel de gente.

Esperó á que hubiesen desaparecido, y corriendo

cuanto pudo llegó á casa del teniente de gobernador, ante cuya presencia se halló en seguida de haber dicho su nombre.

—¡Isabel!—exclamó lleno de sorpresa Salazar.

—Capitán—dijo la joven, hermosa como nunca con el rubor que cubría su semblante y la brillantez de su mirada, es preciso que toméis en seguida las medidas necesarias para salvar la vida á Alvar Núñez... Hay una conjura contra él... lo sé, os lo afirmo, y es deber vuestro evitarlo.

—Nada sabía de lo que me decís, señora—respondió friamente el capitán,—y me atrevo casi á aseguraros que debe ser aprensión vuestra...

—¡Tanto os cuesta siempre acceder á mis súplicas!—respondió con amargo acento Isabel.—¡Quién os oyera ahora y os hubiera oído algún tiempo!

—Isabel, soy para vos siempre el mismo, pero no puedo olvidar las responsabilidades que pesan sobre mí... Ante todo he de cumplir como soldado, y no es culpa mía si las circunstancias me han obligado á desoir vuestro ruego... ¿Qué mayor tormento para mí?

—Repito, capitán, que está amenazado de muerte Alvar Núñez... Hay reunida gente en algunas casas... Reforzad la guardia de la casa del gobernador, mandad llamar á los capitanes y exhortadlos; cuidado de lo que hacen los oficiales del rey; reunid los soldados en el cuartel y no les dejéis salir...

—Señora—respondió Salazar, es inútil que prosigáis; yo sé lo que debo hacer, y como creo infundados vuestros temores os aconsejo os retiréis buenamente á vuestra casa... de todas maneras, no sois vos, sino yo quien debe responder de la vida del gobernador.

Isabel, pálida de ira, exclamó:

—No he de deciros una palabra más, sino que me avergüenzo de haber podido juraros algún día que os amaba y os amaría siempre. No trae tanta agua el río como saliva os arrojo á vuestro rostro.

El capitán, hizo un movimiento de amenaza; Isabel le dirigió una mirada de desprecio, y salió de

la estancia, para encaminarse precipitadamente á casa del P. Miranda

Seguía su camino Isabel, sin advertir que la venía siguiendo un soldado, cuando hubo de sorprenderse al ver la mucha gente que entraba en la casa donde había vivido con su padre. Confundida con los que allí iban penetrando, y como era conocida, á nadie hubo de extrañarle.

Había congregados allí más de cien hombres, todos ellos españoles, y en un grupo aparte Garcí-Venegas, de nuevo con su atavío de capitán, el veedor Alonso Cabrera, el contador Felipe de Cáceres, el factor Pedro Dorantes, varios oficiales del rey y el criado de Alvar Núñez,—aquel Pedro de Oñate,—al que poco antes había visto en casa del gobernador.

Una vez todos dentro, púsose de pie sobre un escabel Garcí-Venegas, y exclamó:

—Amigos: hemos de avisaros lo que ocurre, y podéis estar bien seguros de que todo ello es la pura verdad... El gobernador, aun en el trance en que se halla, enfermo y abatido, no cesa de pensar en dañarnos y perdernos... Ha resuelto, pues, tomaros vuestras haciendas, vuestras casas y vuestras mozas indias para darlas y repartirlas entre los que han venido con él de la entrada, derrotados y maltrechos... Esto, como bien veis, es grande injusticia y contra el servicio de su majestad... Por eso hemos convenido en presentarnos esta noche en su casa y requerirle á que no os quite las casas, ni las haciendas, ni las indias, pero como es seguro que Alvar Núñez nos mandará prender, pues cuenta con la guardia, toda ella de parciales suyos, hemos resuelto no ir solos, sino armados y acompañados de vosotros, como amigos que sois nuestros, como nosotros lo somos de vosotros todos... Los que lleven armas, quédense ya aquí: los que no las traigan, vayan por ellas y reúnanse en casa del veedor Cabrera, para reunirse con los que de aquí salgamos... No hay tiempo que perder, de aquí una hora debe haber sido hecho el requerimiento.

—Si es para lo que decís, contad con nosotros, dijeron algunos.

Isabel, trémula de espanto y teniendo que hacer esfuerzos para no dejar escapar su indignación, pretendió salir para ir á avisar á Chaves, pero se vió detenida brutalmente por un soldado que le dijo:

—No deis un paso fuera de aquí...

Isabel, irritada, exclamó:

—¡Miserable! ¿quién eres tú para impedirme que salga de mi casa?

—No os importa... Pero por si acaso no basto yo para haceros obedecer, se lo iré á contar á vuestro padre.

Isabel, retorciéndose las manos con desesperación exclamó:

—No; nada digáis; puesto que ahora mandan los traidores, hay que hacer lo que ellos manden.

Garci-Venegas no había visto á su hija, pero al llegar á sus oídos el ligero rumor de su voz, miró hacia donde estaba, y la hizo seña de que se retirara.

Alentada con aquella señal, Isabel se disponía á salir, pero de nuevo le cerró el paso el soldado, que no era otro que el que le había ido siguiendo desde que saliera de casa del capitán Salazar.

—No; no podéis salir á la calle—exclamó el espía. Podéis retiraros á cualquier estancia de vuestra casa, pero de aquí no saldréis.

Isabel, en el colmo de la indignación, no contestó, y fué á encerrarse en su cuarto, mientras los demás abandonaban silenciosamente la casa y se perdían luego en las sombras de la noche.

XXXI

La noche de S. Marcos

Pasaban los conjurados por delante de la casa del veedor para que se les reuniesen los que allí les esperaban, mientras seguían rápidamente su camino el criado Pedro de Oñate y el capitán Garci-Venegas.

Eran más de doscientos los que marchaban hacia la casa del gobernador. Llegados á la calle que desembocaba en la plaza donde se levantaba el edificio, diez ó doce de ellos torcieron de ruta y se dirigieron á una desierta explanada, plantada de palmeras en la que se abría una puertecilla destinada á la entrada y salida de los criados. A una seña, cedieron sus hojas y apareció en el umbral Pedro de Oñate.

—¡Seguidme!—murmuró.

Momentos después, y á pesar de la resistencia de Antón Bravo penetraba en la cámara del gobernador, Cabrera, Cáceres, Garci-Venegas, Oñate, el capitán Francisco de Mendoza un balletero llamado Jaime Rasquin, un portugués, intérprete, apellidado Acosta y el oficial de su majestad, Solorzano, gritando con desaforadas voces:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva el rey!

Jaime Rasquin puso á Alvar Núñez una ballesta en el pecho y gritó:

—¡Muerto eres si te atreves á moverte!

—¡Tirano! ¡Ahora vas á pagar tus fechorías!—decía Garci-Venegas.

—¡Miserable! ¡No bastarían cien vidas que tuvieras para purgar los daños é injurias que nos habéis hecho!—exclamó Cabrera.

Ya todos ahora, tenían asestadas sus espadas y

ballestas contra Alvar Núñez; Antón Bravo, derribado en tierra, se veía amenazado de muerte por Rasquin.

El capitán Garci-Venegas bajaba corriendo las escaleras, y presentándose en el zaguán, gritaba:

—¡A mí, arcabuceros! ¡Viva el rey! ¡Mueran los traidores!

—Capitán,—exclamó Chaves.—Esta fuerza está á mis órdenes para defender al gobernador, y os ruego os retiréis.

—Aquí no hay más gobernador que el capitán Salazar de Espinosa, y yo, como superior vuestro, os mando me entreguéis la guardia.

—¡Capitán, retiraos os ruego!—exclamó Chaves.—Dejadme cumplir con mi deber... He de defender á Alvar Núñez...

—Basta ya—respondió GarciVenegas.—Soldados, detened al alférez.

Chaves, al ver que se disponían á sujetarle, desenvainó la espada y se abrió paso para salir á la plaza, donde ya habían acudido los que acompañaran á los conjurados.

Entretanto los que habían penetrado en la cámara, arrancaban de ella brutalmente á Alvar Núñez y le sacaban de la cama en camisa, empujándole en tal estado hasta la plaza, al grito de ¡Viva el rey! ¡Libertad! ¡Libertad!

Los que se hallaban esperando al desenlace del proyectado golpe hubieron, sin embargo, de quedar escandalizados al ver al gobernador conducido en tal situación entre gente armada, y encarándose con Pedro Dorantes. exclamaron:

—¡Pese á tal, que nos habéis hecho venir aquí mezclándonos con los traidores para que seamos testigos de vuestro crimen! ¡Lo que queríamos era que nos tomasen nuestras haciendas, nuestras casas y nuestras indias. y para eso nos conformamos con acompañaros; pero no habéis requerido al gobernador, sino que le traéis preso, y queréis hacernos á nosotros traidores contra el rey, prendiendo al gobernador.

—¡A ellos!—gritó una voz, y un momento después

chocaban las espadas, descollando por su ímpetu el alférez Chaves, que luchaba encarnizadamente con el balletero Rasquin. A duras penas pudieron continuar su camino los que tenían rodeado á Alvar Núñez, y al llegar á casa de Garci-Venegas se metieron dentro, quedando algunos en la puerta.

Llegaron los comprometidos en el atentado, en ademán hostil, gritando:

—¡Traidores! ¡Nos habéis engañado! Nosotros creímos que sólo ibáis á requerir al gobernador, y no á prenderle.

A los clamores de aquella muchedumbre salió Garci-Venegas y respondióles:

—¿Qué estáis hablando? ¡Torpes fuisteis si no conocisteis á lo que íbamos! pero no me haréis creer que no lo sabías. Ahora ya no tiene remedio la cosa, y lo que debéis hacer es ayudarnos á que sustentemos á Alvar Núñez en la prisión, pues debéis tener entendido que si soltamos al gobernador, nos hará cuartos á nosotros y á vosotros os hará cortar la cabeza. A todos, pues, nos va la vida, y siendo así ayudadnos á llevar adelante lo hecho, y partiremos entre todos la hacienda, las indias y la ropa del gobernador.

A estas palabras se aquietó la turba, y no tardó en disolverse, después de convenir con los conjurados en que habría para todos de lo que se robase al gobernador.

Ya tranquilos los conjurados por lo que pudiera temerse de sus cómplices, entraron en el estrecho aposento donde habían reclinado á Alvar Núñez, y le cargaron de grillos, á pesar de hallarse calenturiento el adelantado, y le cargaron de grillos dejándolo luego con centinelas de vista.

—¡Ahora, á los otros!—gritó el veedor Alonso Cabrera.

En cuanto hubieron desaparecido de la casa los conjurados salió Isabel de su dormitorio, y enterándose de que se hallaba allí Alvar Núñez quiso ir á verle, pero se le negó la entrada, en cumplimiento de la consigna.

—¡Soy la hija del capitán Garcí-Venegas, estoy en mi casa, y puedo ir por donde me acomode!— exclamó con acento indignado.

—Aquí no hay tal casa, sino que esto es una cárcel,—respondió un balletero. Conque, no porfiéis, por que no habréis de ver al gobernador, aunque en ello os fuese la vida.

—¿Y qué hacen los demás soldados?—repuso Isabel. ¿Por qué el teniente de gobernador no acudé á libertar á su general?

—Eso no es cosa nuestra—respondió el soldado.—Si el capitán Salazar se llama quieto, sus razones deberá tener.

Entretanto los conjurados, con el veedor al frente, penetraban en casa del alcalde mayor, Juan Pavon, donde se hallaban este y el alguacil Francisco de Peralta. Un vizcaíno, llamado Juan de Ure se lanzó sobre el alcalde y le arrebató la vara de las manos, lo mismo que al otro.

—¡A la cárcel con ellos!—gritó Cabrera.

—Sí, á la cárcel esos traidores—contestaron los demás.—Y cayendo sobre los dos míseros, les golpearon brutalmente y sacaron casi arrasirados, juntamente con tres ó cuatro españoles que habían pretendido defenderles, y ya en la cárcel los echaron de cabeza en el cepo, como los más viles criminales.

—¡Soltemos á los que envió aquí el gobernador!—dijo el factor Pedro Dorantes.

—¡Sí! ¡libertad! ¡libertad!—contestaron los otros.

Y recorriendo los calabozos se hizo salir de ellos á los presos, entre ellos á un asesino, condenado á muerte, que debía ser ejecutado dentro de tres días.

Realizadas tales hazañas, los conjurados, seguidos ya por los que en un principio tanto se habían escandalizado de la prisión de Alvar Núñez, alumbrados por entorchas recorrieron las calles de todo el pueblo precedidos de un tambor, vociferando: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡viva el rey!

—¡No hemos acabado aún!—exclamó el conta-

dor.—¿Os olvidáis del escribano y de Bartolomé Gonzalez?

—¡Dice bien! ¡Mueran los traidores!

Los conjurados, se dirigieron á casa del escribano, Pedro Hernandez, que se hallaba enfermo, postrado en cama, y le hicieron seguir con ellos; fuéronse después á la casa de Bartolomé Gonzalez, y le saquearon en toda regla, apoderándose de los caudales, alhajas, ropas y escrituras que en ella hallaron, y se llevaron á ambos á casa de Domingo de Yrala, donde les encerraron en un estrecho aposento y les cargaron de grillos, después de colmarles de injurias y hacerles objeto de las mayores afrentas.

La desenfrenada turba siguió recorriendo las calles, siempre vociferando y esparciendo la alarma con el redoble del tambor. De vez en cuando se detenían y se oía la voz del pregonero diciendo:

—¡Mandan los señores oficiales de su majestad que ninguno sea osado de andar por las calles, y todos se recojan á sus casas, so pena de muerte y de traidores! ¡Libertad! ¡Libertad!

Y como algunos, mal de su grado, se encontraban en la calle, en cuanto eran vistos corrían tras ellos los amotinados, y después de golpearlos bárbaramente les conducían á empellones á sus casas, cubiertos de sangre y destrozados los vestidos.

Ya en la cárcel el alcalde, el alguacil, los escribanos y demás, y seguros de que nadie había de oponerse á sus designios, corrieron los conjurados á la casa del gobernador, para entrarla á saco.

El robo fué completo, y de nada se descuidaron: descerrajaron las arcas, cerradas con tres llaves, en que estaban los procesos que se habían hecho contra los oficiales por los delitos que habían cometido, los cuales debían remitirse, por la carabela, al rey; se apoderaron de las escrituras y provisiones que el rey le había mandado despachar acerca de la gobernación de la tierra, y de los autos en que constaba cómo había sido recibido y obedecido en nombre del rey por gobernador y capitán gene-

ral de la provincia del Río de la Plata; robaron todo el dinero, ropas, víveres, vino y aceite que había en la casa; todo el hierro y el acero que tenía allí depositado, y no sabiendo ya qué tomar más, se hicieron dueños de los diez bergantines que Alvar Núñez había hecho construir á su costa. Con todo, álguien robó con su cuenta y razón, y éste fué Antón Bravo, que mezclado con la turba y junto con otros amigos se apoderó de varios procesos formados por el gobernador entre los oficiales.

—¡Buen golpe!—decía el veedor al contador.—
¡Vale la hacienda de Alvar Núñez, que ahora es nuestra, más de cien mil castellanos!

El alférez Chaves, desobedecido por sus soldados, y comprometido luego por la parte que tomara en la refriega de la plaza era buscado por todas partes, sin que se diese con él, ni hubiese nadie que pudiese proporcionar el menor indicio de su paradero.

XXXII

El terror

Aquella noche de vergüenza, escándalo y oprobio durante la cual la infamia de los hombres llegó al último extremo tuvo digna continuación en lo ocurrido en cuanto amaneció el siguiente día.

De nuevo recorrieron las calles, acompañados de los redobles del tambor, los facinerosos de la víspera, pregonando que á las nueve se reuniesen todos delante de las casas de Domingo de Yrala,— el siniestro y malvado exteniente de gobernador, causante de la muerte de Juan de Ayola y sus compañeros años atrás.—A la hora indicada comparecieron, todos armados, los amigos y cómpli-

ces de los facciosos, y ya congregados en dicho sitio, leyó el pregonero un horrible libelo contra Alvar Núñez, escrito por el veedor.

—«Sabed,—decía el infame papel, entre otras cosas imposibles de repetir aquí,—que el gobernador tenía ordenado se os tomasen á todos vuestras haciendas, y os redujesen á esclavitud, y por eso, para libraros á todos, le hemos prendido...»

Por fin terminó de leer el pregonero, y entonces gritó Alvar Núñez.

—¡Ea! Ya habéis oído, señores, y ahora decid todos: «Libertad, ¡libertad! ¡viva el rey!»

La turba prorrumpió en ensordecedores gritos repitiendo aquellas palabras, pero como el furor y la ira producidos por el libelo no tenían límites, comenzaron á vocear algunos:

—¡Pese á tal! ¡Vamos á matar á ese tirano, que nos quería matar y destruir!

No hubieran deseado, sin duda, otra cosa los viles acusadores, pero se sobrepuso á su mal deseo el temor del castigo, más ó menos lejano, que se les pudiera imponer, y así procuraron calmar á los más exaltados, y con grande algazara bajaron al río y pusieron fuego á la carabela, ya casi terminada que Alvar Núñez había mandado construir para enviarla á España.

Creídos ya de que se habían justificado lo bastante, entraron los sediciosos en casa de Domingo de Yrala para repartirse los cargos; que era lo esencial para ellos. Fué elegido pues, teniente de gobernador y capitán general, Yrala, que era ya la segunda vez que usurpaba este puesto, pues anteriormente había desposeído á D. Francisco Ruiz, nombrado por D. Pedro de Mendoza; el motivo de haber nombrado entonces y haber nombrado ahora al tal Domingo, era por ser este un nuevo instrumento en manos de los otros, dispuesto siempre á hacer lo que le mandasen que hiciera; recayó el cargo de alcalde mayor en un compinche de Domingo, llamado Pedro Díaz del Valle; dieron las varas de alguaciles á los perdidos, y así quedó todo repartido en familia.

Hecho esto, comenzaron todos á recorrer las casas ponderando el gran servicio que habían prestado, y pidiendo en pago una firma en blanco, como así lo consiguieron hasta llenar cuatro manos de papel.

Poco duró, sin embargo, el contento, antes bien, ya desde entonces se hizo la vida imposible; los tiranuelos de la Ascensión lo dispusieron tan bien que á los tres días no había quien no pusiera el grito en el cielo contra sus pillerías, y todo era pedir que se soltase al gobernador; por lo pronto, se dejó decir, pero luego se apeló al expediente de meter en la cárcel á los reclamantes, embargarles y venderles sus haciendas, y darles toda suerte de malos tratamientos.

Algunos de los perseguidos lograban refugiarse en las iglesias, lo cual les ponía á salvo de ser cogidos, pero los amos de Yrala encontraron manera de impedir que á nadie se le ocurriese tal idea, prohibiendo la entrada en los templos de ningún artículo de comer, bajo terribles penas; organizóse, anticipándose al progreso de los tiempos, una partida de la porra; ordenóse el desarme de los que parecían desafectos y se hizo entender á los que pretendían se soltase al gobernador que había de pesarles mucho su deseo.

Estas habían sido las ventajas de haber dado crédito á aquella turba de ladrones, embaucadores y miserables empleados.

La tiranía de los usurpadores y de sus cómplices, llegó á tal extremo, que la ciudad era un continuo teatro de escándalos y alborotos. Cada día aparecían pasquines en las esquinas, atacando violentamente á los oficiales y á los que les apoyaban, y en calles y plazas, perdido ya el primitivo temor, no se recataban los leales de apellidarlos traidores, malsines, y descomulgados.

La situación había cambiado mucho, y los malvados que se habían alzado con el poder se veían obligados á no soltar ni por un momento las armas de la mano; para mayor seguridad fuéronse á vivir todos en cinco ó seis casas, cercanas á la de

Garci-Venegas, y para ponerse á cubierto de toda agresión y disponer de medios de defensa las cercaron de empalizadas y barrearón las calles próximas guardadas por centinelas.

Nadie tenía segura la vida y la libertad; reinaba el espionaje por do quier y no había quien fiara del mejor amigo. En cuanto los esbirros de Yrala y los que le manejaban veían hablando á dos ó tres hombres tenidos por defensores del go-gobernador, gritaban: «¡Alarma!» «¡alarma!» y oído esto por los que custodiaban á Alvar Núñez, proferían contra él las más horribles amenazas.

Los oficiales entraban á cada momento en la estrecha celda donde yacía postrado en cama y cargado de cadenas el gobernador, y acercándose á él, puñal en mano, vociferaban, ya el uno, ya el otro, ya todos á la vez:

—Juro á Dios que si la gente se pone en sacaros de nuestro poder, que os habemos de dar de puñaladas y cortaros la cabeza, y echarla á los que os vienen á sacar, para que se contenten con ella.

Pero no se limitaban á esto las amenazas, sino que Garci-Venegas y un oficial de la real hacienda, apodado «el Romo» habían formado una guardia de cuatro asesinos, armados de puñales, para que en sintiendo que iban á sacar de sus prisiones á Alvar Núñez entraran presto y le cortaran la cabeza, Y esto hicieron, de manera que el gobernador lo oyese todo, incluso el juramento que les habían tomado á los asesinos para que cumpliesen con lo que tenían avisado.

Eran á todo esto continuas las pependencias. Los dos bandos sostenían con ardor los unos á los oficiales, los otros al encarcelado gobernador.

Estas disputas adquirieron sangriento carácter; un domingo por la mañana en que al salir de misa, comenzaron á disputar dos vecinos de la Ascensión.

—Traidores son los oficiales y cuantos quieran ser sus amigos—decía uno de los vecinos;—traidores y malvados, que con prender al gobernador han sido causa de que se perdiese toda la tierra.

—¡Los traidores son los que defienden á ese mal hombre que quería tomarnos nuestras casas y nuestras indias!—respondió el otro.

A los gritos acudieron muchos españoles, y en breve salieron á relucir espadas y puñales, trabándose una encarnizada refriega, de la cual resultaron siete muertos y más de doce heridos.

—¡Ah, traidores!—exclamaron acudiendo los oficiales del rey.—¡Cara pagaréis vuestra fechoría!

Acto seguido fueron conducidos á la cárcel los que se hacían parciales de Alvar Núñez, y reunidos en casa de Yrala los infames sediciosos le obligaron á publicar un bando en el cual se prohibía que los «traidores», ó sea los defensores de Alvar Núñez pudiesen hablar entre sí.

En su virtud, cuando se veía que hablaban dos hombres al momento se les prendía hasta hacer informacion de lo que hablaban. Si los que se detenían formaban un grupo de tres ó cuatro, en seguida el tambor tocaba á alarma, y la guardia de casa de Venegas se aprestaba á la pelea.

Para mayor seguridad, los usurpadores mandaron colocar dos centinelas en sendas garitas puestas encima mismo del aposento donde yacía Alvar Núñez y desde las cuales se descubría toda la ciudad y la campiña.

Por la noche recorría las calles de la Ascensión una patrulla de treinta hombres, que prendían á cuantos encontraban fuera de su casa.

Nada bastaba, sin embargo, á tranquilizar sus negras conciencias; ni el espionaje, ni la violencia, ni el terror les libraban de los temores de que Alvar Núñez pudiera ser sacado de su horrible encierro. En tal situación, ocurrióseles á aquellos miserables un pensamiento digno de su bajeza.

Una mañana entraron Alonso Cabrera, Garci-Venegas y varios oficiales en el calabozo del adelantado y le dijeron:

—Venimos á notificaros que, sin excusa ni pretexto, vos mismo debéis firmar un mandamiento para que la gente no se mueva y se esté quieta,

y para ello, si necesario fuese, con imposición de castigo. Firmad, pues, si no queréis pasarlo mal.

Alvar Núñez, sin poder moverse de la cama, tanto por su horrible enflaquecimiento, como por los grillos que le aprisionaban, exclamó:

—Apuremos el caliz de amargura en esta cruz en que me tenéis clavado...

Y con mano trémula firmó el mandamiento.

Ya en su poder la orden, fueron á dar parte de lo hecho á Domingo de Yrala, que como siempre, se mostró conforme con lo que se le mandaba, pero levantóse el comisario fray Bernardo de Armenta, y exclamó airado:

—¡Necios sois! Todos comprenderán que el gobernador ha firmado á la fuerza el mandamiento... Romped ese papel que de nada ha de servirnos.

XXXIII

La magnanimidad de Antón Bravo

Era horrible el encierro donde el gobernador yacía doliente y cargado de cadenas. El aposento era obscurísimo, sin que penetrase jamás en él la luz del día y tan húmedo que nacía la yerba debajo de la cama. Habían consentido que el preso tuviese una vela encendida á su alcance. Aquel lóbrego aposento estaba precedido de dos aposentos, con las puertas aseguradas con candados y cerrada siempre. La guardia se componía de ciento cincuenta arcabuceros y ballesteros, á quienes se pagaba con el dinero del gobernador, pero lo más horrible no era aún eso, sino que, para mayor seguridad, y como si no bastaran los cuatro asesinos que le guardaban, había buscado Garci-Venegas al hombre que más odiara al gobernador, para que le guardase en su mismo calabozo.

Era el nuevo carcelero un tal Hernando de Sosa, al cual Alvar Núñez había castigado por haber abofeteado y apaleado á un indio principal, y su sola vista era un tormento para el preso:

Digamos ahora qué había sido del alférez Chaves. Este, pues, se había refugiado en casa del clérigo Luis Miranda, bajo cuyo amparo continuaba viviendo Isabel, que no había consentido en permanecer en aquella horrible morada, invadida por desalmados traidores, donde ningún servicio hubiera podido prestar, pues á nadie se permitía entrar á hablar al gobernador. De ahí que sólo de vez en cuando se acercara á ella, para ver á su padre.

La casa de Luis de Miranda se hallaba en la misma cuadra ó isla que la de Garci-Venegas. El alférez Chaves, imaginó, pues, practicar una mina que condujese hasta el aposento del gobernador, y todo el día y parte de la noche se empleaba en aquel trabajo. Habían convenido en que cuando la galería llegase ya á la casa, Isabel acudiría diariamente á ver á su padre, y desde su dormitorio, situado á veinte pasos á mano izquierda del calabozo del gobernador, haría señales, removiendo muebles ó golpeando con la culata de un arcabuz, para que los de debajo los oyeran y pudieran orientarse.

El gobernador estaba enterado de todo.

Había conseguido Isabel de su padre, que se permitiera á Aracara traerle la comida y la cena, pero en cuanto se enteraron los demás dijeron que si tal se permitía, debía ser á condición de que la india entrase en cueros, cortado el pelo y aun así, que debía registrársela.

Hallábase presente Antón Bravo cuando Aracara ruborosa y casi llorando, dió cuenta de la villana exigencia, pero el joven paje respondió:

—No te aflijas, pobrecita mía... Dios que lee en los corazones, no habrá de culparte por ello; y yo, que tanto te quiero, me avengo á que se haga lo que esos malos hombres pretenden...

—Cristiana soy—exclamó Isabel,—y te juro que

si mi padre no se opusiera, no serías tú, sino yo, quien se resignara á tal vergüenza, pues haría una obra de misericordia que Dios habría de tenerme en cuenta.

Con estas palabras conformóse Aracara á penetrar dos veces cada día en el calabozo del gobernador, pero no era solamente la comida lo que le traía, sino una carta, cada tercera noche.

Esta carta consistía en un pedacito de delgadísimo papel arrollado, metido en el repliegue de los dedos en la planta del pie, y atravesado desde el dedo pequeño hasta el del gordo, yendo sujeto por dos hilos de algodón negro.

En cuanto llegaba Aracara á la primera estancia de las dos, cerradas con candados, que precedían al calabozo, se despojaba de su camisa y de su falda de algodón y de las alforjas que llevaba y tenía que pasar por la vergüenza de que aún así todos la catasen de la manera más indigna, después de lo cual, registrados el cesto y la vianda que en él se contenía, penetraba hasta el calabozo y entregaba el recado á Hernando de Sosa, sentándose luego junto á la cama.

Entonces se rascaba un pie con el otro, y quitaba la carta, que entregaba á Alvar Núñez, por detrás del desalmado guardián, y los días que no traía carta, metían en el sitio ya dicho otro papelito para que pudiera escribir Alvar Núñez y unos polvos que mezclados con un poco de saliva ó agua formaban una tinta, ó bien un canutillo de pluma para que pudiera escribir.

Tres meses hacía que duraba tal situación cuando recibió Alvar Núñez un papelito escrito por Isabel que decía lo siguiente: «Señor, pronto cesará vuestro martirio. Tenemos á nuestro favor las tres cuartas partes de la gente, determinados todos á morir por vos, y los indios nos ayudarán; no os hemos sacado ya por temor á que los asesinos os den de puñaladas y os corten la cabeza, pero ahora ya no hay este cuidado: contamos con más de setenta hombres de la guardia, y están comprometidos á apoderarse de la puerta principal y de-

fenderla hasta que nosotros lleguemos. Ved lo que nos mandáis que hagamos. La mina va llegando ya cerca de esa casa».

Alvar Núñez aprovechó algunos momentos de aquella noche, en que Hernando de Sosa se hallaba jugando á los dados con los demás esbirros, y requiriendo el papelito, el polvo y el canutillo que tenía escondido dentro de la cama escribió: «No hagáis nada, pues habrán de matarse muchos cristianos, y los indios matarían luego á los que quedaran, y así se perderían la tierra y las vidas».

A pesar del profundo secreto con que se llevaba todo, algo hubo de traslucirse sin embargo, y de ahí que los oficiales mandasen registrar todas las casas de la cuadra para ver si en alguna de ellas se había sacado tierra. Mucha era la que había en la posada de Miranda, y á toda prisa fué acarreada en el propio dormitorio de Isabel, que indignada, se opuso á que entrara nadie, protestando de la inocencia del buen clérigo, y por respeto á su persona dejóse de practicar el registro.

Asimismo se sospechó de Aracara, y como Isabel dijera á su padre que si se quitaba á Alvar Núñez aquella servidora, ocuparía ella su puesto, sin reparar en las afrentas que se le pudiesen inferir, dejóse que la india continuara trayéndole la cena, pero entonces apelaron á un nuevo medio para convencerse de que ningún recado, aparte de la comida traía al gobernador, y fué que Venegas, Cabrera y Dorantes se vieron con cuatro mancebos para que se envolviesen con ella y la hicieran muchos regalos, á ver si podían arrancarle algún secreto.

Y de nuevo pasó Antón Bravo por el sacrificio, pues de negarse la india hubiera quedado convicta y confesa de complicidad, ya que no se conocía caso de que, por cierto extraña opinión, se negara ninguna india á tales tratos que llegaron á durar once meses, sin que jamás fuese descubierto el misterio.

Antón Bravo, dando pruebas de poseer un cora-

zón magnánimo, jamás hizo la menor insinuación á Aracara, bastándole las lágrimas de vergüenza que vertía.

XXXIV

Solos

Era horrible la situación de aquella tierra.

Convertidos los soldados en facinerosos derramáronse por los pueblos y lugares de los guaranies y les robaron las mujeres, las hijas, los ajuares y todo cuanto tenían: obligaban á palos á seguirles, para que labrasen, como esclavos, sus heredades, y cuando aquellas pobres gentes iban á reclamar ante Domingo de Yrala respondíales este que nada tenía que ver con ello.

Resultado de estos atropellos, robos y villanías fué que los indios se huyeran para ir á refugiarse en las montañas, huyendo de aquellos bandidos desalmados. Muchos que se habían convertido al cristianismo, renegaron de los que tales creencias les habían imbuído, ya que, en vez de hombres virtuosos y benévolos, como eran el gobernador y sus amigos, excedían á las fieras en perversidad y fiereza.

Los oficiales y gentes de la curia se apoderaban de las haciendas de los españoles, ya sin hacer distinción entre los dos bandos; les aherrojaban en las prisiones y á tal extremo llegó la tiranía que cincuenta españoles, se huyeron tierra adentro, en busca de la costa del Brasil, para esperar allí manera de pasar á España y dar cuenta al rey de lo que ocurría; otros, no menos angustiados por la situación á que se veían reducidos, fueron á refugiarse en las montañas con los indios, pero perseguidos por los esbirros de Yrala y sus secuaces fueron capturados y sepultados en las maz-

morras de la cárcel de la Asunción, después de despojarles de sus armas y de cuanto llevaban encima para repartírselo como bandidos entre ellos.

Aquellos tiranos no respetaban ya ahora ni lo más sagrado, y un día echaron mano á los clérigos favorecedores de Alvar Nuñez para sumirles en lóbregos calabozos. Tal suerte les cupo á Antón de Escalera, Rodrigo de Herrera y al venerable Luis de Miranda, acusados de haber dicho públicamente que era gran mal y cosa muy mal hecha contra el servicio de Dios y de su majestad y gran perdición de la tierra haber preso al gobernador.

Con la prisión del virtuoso sacerdote, quedó Isabel privada de su mayor consuelo, pero no quiso, sin embargo volver á su casa, pretextando la tristeza que le daba, y logró que su padre consintiera en que permaneciera en aquel ajeno hogar, á condición de que iría á morar con ella un cura vizcaíno llamado Francisco de Andrada.

—No necesito á nadie—respondió la joven.—Bástame con Aracara que es una leal servidora. ¿Quién queréis se atreva á ofenderme siendo vuestra hija?

Garci-Venegas, tan brutal, tan perverso, pero á quien Isabel dominaba como el león á la oveja, se avino á cuanto exigió la joven; si bien pondría centinelas á la puerta para mejor guardar á la niña.

La situación no dejaba de ser crítica; Isabel iba á quedar sola con el alférez Chaves, que desde la mañana en que ocurrió la refriega en la plaza de la Iglesia permanecía oculto en casa de Miranda.

Raras veces se habían visto en todo aquel transcurso de tiempo, y siempre delante de Luis de Miranda.

Anocheía. Isabel se hallaba en su aposento, desde cuyas ventanas se dominaba el espléndido panorama del dilatado llano bañado por el Paraguay, mientras allá, lejos, muy lejos, recortaban el horizonte las montañas. Aracara, con los ojos llorosos, como siempre que volvía de llevar la cena á Alvar Nuñez, habíase tendido sobre la ha-

maca de su aposento. Reinaba profundo silencio en la casa: oíase tan sólo el paso pesado del arcabucero que estaba puesto de centinela en la puerta cerrada. De pronto apareció Martín Chaves, que subía de la mina, pálido, con la barba crecidísima, ojeroso, pero más bello que nunca.

Había desmejorado mucho en aquel largo encierro y con el trabajo de abrir la mina, en la cual se empleaba él solamente, pero en nada había perdido su aspecto varonil y fuerte.

—Aracara—exclamó.—¿Dónde está el padre?

—¿El padre?—repuso la india, enjugándose las lágrimas.—Ya no le veréis más... Se lo han llevado preso.

—¡Preso! ¿E Isabel?

—En su cuarto le hallaréis.

—¿Puedo verla?

—¿Eso preguntáis? Id allá.

Chaves se dirigió hacia la estancia que ocupaba la joven. Al rumor de sus pasos, Isabel se precipitó á su encuentro y se arrojó á su cuello.

—¡Martín! ¡Martín de mi alma!—exclamó.

—¡Isabel mía!

—¡Martín! ¡Martín!... ¡Ah, tú no sabes lo que te amo! ¡no, no lo puedes saber!...

Y la joven como si la amenazara algún peligro se abrazaba de cada vez más fuertemente á él.

—¡Mi amor! ¡mi cielo!... Dime... ¿qué ocurre?... ¿qué me mandas que haga?

—¡Ah!... ¿qué te mandó?... Pues que no me dejes... que no me abandones...

—¡Abandonarte yo! ¡Sólo la muerte me podrá separar de ti!

¡Júramelo! ¡júrame lo que me has dicho, Martín mío!

—¡Te lo juro, mi bien!

—Se han llevado preso á Luis de Miranda; estoy sola aquí... ¡No quiero volver á mi casa! ¡Antes me darán mil muertes! ¡Aquella cárcel horrible! ¡aquel cuarto del tormento! ¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡Jamás!

—Ya iré, ya iré yo... repuso dulcemente Chaves...

Sólo faltarán unas cuantas toesas, y Alvar Núñez escapará de sus verdugos...

—Pero... qué vas á hacer entonces?

—He visto á mi padre, y me quedo aquí con Aracara... sola.

—Entonces... debo dejarte yo.

—¿Dejarme tú?... ¡Cruel!... ¡Ah, no tienes compasión de mí!

—Isabel...

—¡Misera de mí!... ¡no creí jamás que pudieran salir tales palabras de tus labios!

—Isabel, soy tu esclavo: soy, si quieres, el esclavo de tus esclavos. ¿qué quieres de mí? ¿quieres que me vuelva loco de alegría obligándome á que me quede contigo? Lo haré. ¿quieres que me mueras de dolor, de tristeza y de desesperación alejándome de tu lado?... Lo haré.

—¡Oh, no!... No me dejes... quiero que estés á mi lado... Yo velaré por ti; yo no me separaré de ti un momento, y si me quieren inatar, moriremos juntos, y si te quieren matar á ti, seré yo la primera en sucumbir. Pero no quiero que te vayas, no quiero que me abandones... Yo sin ti, Martín de mi alma, no puedo vivir... Eres bueno... me amas... me amas como ninguna mujer puede decir que sea amada... pero tampoco puede decir ningún hombre que haya quien le ame como yo á ti... Yo no supe lo que era querer hasta que desmayada, desperté en tus brazos cuando el incendio... Hasta entonces resistí, creía que mi cariño era gratitud, pero desde entonces comprendí que no era eso... Yo sólo puedo vivir si tú vives... ¡no me puedo separar de ti!... Vete... y me moriré.

—Te juro, Isabel, que no me iré, que no te abandonaré un instante... Contigo será mi vida aquí tan dichosa, tan feliz como si Dios, en su bondad inmensa, me hubiese querido hacer gozar las delicias del cielo aquí en la tierra... Tu eres para mí la gloria, la riqueza, la fortuna, el poderío: eres para mí más que la corona del emperador, más que los lauros de Cortés y de Pizarro...

Aquí, en estas cuatro paredes se halla todo lo que ambiciono.

—Martín, dices lo mismo que hubiera querido decirte yo... No, no me dejes... Aquí viviremos, solos... ¡Oh qué suerte la nuestra, si no yaciera preso el pobre Luis de Miranda!

—Confiemos en que vendrán días mejores, Isabel. Dios se compadecerá al fin de los martirios que sufren tantos inocentes... Quizás ha querido poner á prueba su paciencia para recompensarles con la eterna bienaventuranza.

—Pero ¡qué horrible martirio es para mí ver á mi padre convertido en el más cruel sayón de Alvar Núñez! ¡No llevo á comprenderlo! Sin duda ha perdido la razón, como dicen les ha sucedido á muchos de los que han venido á las Indias.

—Ciertamente es extraño. Siempre fué el capitán Garci-Venegas espejo de caballeros, bondadoso y noble; en mal hora se dejó seducir por las palabras del veedor y los demás. Tal vez tuvo celos de otros; tal vez se creyera con mejor derecho á la confianza de Alvar Núñez que no Gonzalo de Mendoza ú otros; sin embargo, yo confío en que Dios le arrancará la venda que lleva puesta en los ojos, y volverá á ser lo que fuera en otros tiempos...

—Y yo tambien confío en ello, y estoy segura, segurísima de que cuando por fin despierte de ese horrible sueño en que parece sumido ahora, como si en vez de ser él fuera otro, pedirá perdón á Alvar Núñez y se arrodillará á sus pies pidiéndole le bendiga...

—¡Qué buena eres, Isabel!

—No, no soy buena, pero conozco á mi padre... Pero, olvidemos á los demás, ya que solos tenemos que vivir en adelante... ¡Cuánto te pesará esta reclusión!

—¡Oh no! Cuando pienso que Alvar Núñez está preso en aquel calabozo negro, estrecho, húmedo; cuando pienso que ha ocho meses yace en un miserable lecho, cargado de grillos, sin poderse mover, me creo aquí más libre que el viento que llega de la cordillera ó que el jaguar que vaga

por las selvas... Después de tantas horas pasadas bajo tierra, como el tapir que va labrando su madriguera, me parece, al asomarme á esas ventanas y respirar el aire que sube aquí del río y ver la luz... y verte á ti, me parece que ni el emperador es dueño de más espacio, ni se mueve en tan vasto círculo el cóndor.

—¡Amado mío! ¡Tan dichosos seremos que me da miedo tanta felicidad. pues no la tenemos merecida!

Oyóse el toque del Ave María, y al par, resonaron algunos aldabonazos en la puerta.

—¿Quién será?—exclamó Isabel, azorada.

—No tengas temor alguno; si viniesen por mí, tengo segura la huída por la mina, y á ti ningún daño te habrán de hacer.

Asomóse Isabel á la ventana y preguntó:

—¿Quién vá?

—Abre, Isabel; soy yo, tu padre—exclamó una voz.

Isabel no quiso que bajara á abrir á Aracara, sino ella misma, mientras Martín Chaves se ocultaba á un cuarto inmediato, desde el cual tenía segura la retirada á la mina.

El centinela dejó paso franco al capitán Garcivenegas, el cual un instante después penetraba en el zaguán, débilmente alumbrado por la vela que había encendido Isabel para bajar á abrir.

La joven hubo de sentirse alarmada al notar el iracundo semblante que su padre mostraba.

El capitán con voz breve y amenazadora exclamó:

—¡Aquí hay un hombre!

—¡Padre!—exclamó Isabel procurando disimular su terror... ¿Cómo podéis decir eso? ¿quién os ha engañado?

—Te repito que aquí hay un hombre á quien tú ocultas y que desde el momento que se oculta debe ser un traidor, parcial de Alvar Núñez... ¡Ay de ti, que de tal manera me has burlado!

—Padre y señor, sois dueño de mi vida; si la queréis, tomadla, pero no tenéis derecho á insultar mi honor, sin pruebas.

—Las pruebas son que un soldado ha visto un

hombre á través de la celosía y ha oído el rumor lejano de su voz.

—¿Cuándo os ha dicho eso, padre? Bien sabéis que D. Luis de Miranda permaneció aquí hasta ayer.

—No; el fiel centinela ha venido á noticiarme su descubrimiento ahora mismo. Pero ¡aparta! no he de dar crédito á tus palabras... Registraré toda la casa, y ¡ay de ti, y ay de ese hombre!

—Padre—exclamó Isabel, dominando violentamente su espanto, podéis hacer lo que queráis, pero yo os pido, en vindicación de mi honra, que castigéis á ese soldado, por ser un villano calumniador, como veréis ahora.

El capitán recorrió toda la casa, miró por todas partes, no dejó ningún mueble en su sitio, pero no consiguió descubrir nada, pues Chaves había tenido tiempo de sobra para bajar á la mina cuya boca aparecía disimulada bajo una vieja estera sobre la cual estaba echada Aracara, en el cuarto más obscuro y desnudo de la pobre habitación, compuesta como todas, solamente de planta baja.

—El soldado que os ha venido con el soplo—dijo Isabel,—habrá confundido á la pobre Aracara con un hombre, y le habrá parecido, al oír su voz, que era la de otro. Podéis decirle que espíe mejor de lo que hace, pues si dais crédito fácilmente á sus palabras podréis cualquier día sospechar de vuestro mejor amigo.

El capitán, segurísimo de no haber dejado nada por registrar pareció tranquilizarse y repuso:

—No me cabe duda que el fiel arcabucero se engañó, pero más vale así, pues mi castigo hubiera sido terrible... De todas maneras, no conviene que permanezcas por más tiempo aquí, y es ya hora de que vuelvas á tu casa.

—Llévame á un convento, si queréis, pero no á casa respondió Isabel... No os respondo de mi vida si me obligáis á vivir bajo el mismo techo en que yace el gobernador, siempre bajo el filo de los puñales... ¡Oh no! Padre, no queráis que me vuelva loca al pensar que á corta distancia de

donde yo me hallo hay un hombre cuya vida puede acabar de un momento á otro, al golpe de un acero.

—Es imposible que te lleve á ningún convento... No hay aquí ningún monasterio de mujeres...

—Entonces ¿á qué sacarme de esta casa donde me hallo tan bien? Aracara me sirve como nadie podría hacerlo, y puedo fiar en su lealtad como en la de un perro... Padre... dejadme... Pero habremos de permanecer aquí siempre? ¿no volveremos ya pronto á nuestra casa de Valladolid?

—¡Hija de mi alma! Sí... sí; pronto partiremos para España...

—¡Ah, qué alegría, padre, el día que perdamos de vista estos lugares donde tanto hemos padecido todos.

—Sí; en malhora vinimos... ¡Todos mis sueños se han desvanecido! ¡Dura tierra ha sido esta para mí, aunque bien debía comprender que siguiendo á Alvar Núñez sólo podían esperarse desgracias y malaventuras! Ya ahora no habrá temor alguno en que nos presentemos al rey para darle cuenta de las fechorías del gobernador, pues ya se han adelantado los frailes que van á estas horas camino del Brasil; esta vez no les cogerá el alférez Chaves.

Estremecióse Isabel al oír este nombre, pero nada pudo traslucir Garci-Venegas.

—¡Ah! ¿Qué ha sido de él?—exclamó la niña.— Le conocí cuando vino á la nao, allá en Buenos Aires con Juan Romero.

—No sé; debieron matarle, los indios ó los nuestros. No se ha sabido más de él.

Isabel sintió que se le quitaba del pecho un peso enorme, y hubo de contenerse para no dejar traslucir la alegría que experimentaba.

Poco después se retiraba el capitán Garci-Venegas, convencido de que el espía se había equivocado por completo.

Isabel corrió hacia la boca de la mina, y llamó á Chaves, que, privado de aire durante tanto rato,

cayó desvanecido en brazos de la niña, en cuanto puso el pie en el suelo.

XXXV

¡Nadie!

Arreciaba cada día más la persecución contra los sospechosos de adhesión á Alvar Núñez.

Pocos días después de haber sido reducidos á prisión los clérigos, volvieron á entrar Garci-Venegas, Cabrera, Cáceres, el Romo y otros en la estrecha prisión del gobernador y desenvainando sus puñales comenzaron á gritar:

—Vive Cristo, que ya sabemos que queréis huirnos, y antes de que tal hagáis os hemos de coser á puñaladas y he de cortaros la cabeza.

—¿Cómo queréis que pueda huirme? Ni lo pienso, ni lo quiero, pero vosotros podéis hacer lo que tengáis acordado; sólo os pido, por caridad y en nombre de Dios Nuestro Señor, y si no basta que os lo ruegue, os lo requiero, que antes de quitarme la vida me enviéis un clérigo ó religioso que reciba mi confesión.

—¿Confesor queréis? No se os ha de negar. Os enviaremos al clérigo Francisco de Andrada, ó cualquier otro, mientras sea vizcaíno.

—¿No podrían ser Antonio de Escalera, Luis de Miranda, Herrera ó cualquier otro de los que yo conozco los que me confesaran?

—No habléis más; sino queréis á Andrada, no tendréis á otro confesor.

La noticia corrió en breve por la ciudad, y como se hablase de ello en un corro de la plaza, donde se hallaba Antón Bravo, lleno este de indignación, exclamó:

—¡Le niegan hasta el confesor! Pero, vive Dios

que yo daré forma como el gobernador sea suelto de la prisión.

No había andado veinte pasos para retirarse á su posada, que era la del capitán Salazar de Espinosa, á cuyo servicio estaba ahora, cuando se le acercaban dos ballesteros y le agarrotaban diciéndole:

—¡Daos preso, traidor!

Acto seguido fué conducido el pobre mozo á casa de Domingo de Yrala, donde se hallaban á la sazón algunos oficiales del rey, y á todos enteraron los arcabuceros de las palabras que había dicho el antiguo paje de Alvar Núñez.

—¡Hola! Conque ¿tú querías soltar de su prisión al gobernador?—exclamó el feroz Yrala. Pues, anda, dinos cómo.

—Yo no he dicho eso—respondió el desgraciado Antón.—He dicho que... me holgaría de que soltasen á mi amo, pero nada más...

—¡Bah! Ya verás tú cómo te hacemos cantar... ¡Ea, llevadle al tormento, y que diga ese traidor qué pensaba hacer para que el tirano pudiera soltarse de sus grillos.

Antón Bravo fué arrastrado á un cuarto donde le dejaron solo por algún tiempo, hasta que comparecieron unos hombres que después de atar fuertemente al infeliz le colocaron unos palillos entre los dedos de los pies, y rodeando con cordeles comenzaron á apretar hasta magullárselos, en medio de los gritos del infeliz.

—¿Quienes son tus secutores?—le preguntaban.

—Nadie... nadie...

Y de nuevo los palillos le estrujaban los dedos, arrancándole horribles exclamaciones.

Por fin le dejaron, ensangrentadas y abiertas las manos, y al día siguiente volvieron á aparecer.

—¡Piedad! ¡Matadme, pero no me atormentéis más!—exclamaba Antón Bravo.

—¡Canta, y te soltaremos!

—Pero ¿qué queréis que diga? No sé nada; si dije lo que dije fué por bravata... yo no había de hacer nada... ¡Tened lástima de mí!

—Puesto que tú lo quieres, allá te las compongas...

—¡No!... ¡no!... ¡no me martiricéis más!... ¡dejadme!

—Habla, y te soltaremos en seguida.

—Pero ¿qué he de hablar?

—Dinos quiénes son los que quieren salvar al gobernador.

—No lo sé...

—¡Acabemos! ¡Si no dices que sí á cuanto te preguntemos, el tormento que sufriste ayer habrá sido juegos de niños con el que te daremos hoy!...

¿Hablarás?

—Haré lo que queráis.

—¿Es cómplice tuyo Pedro Estopiñan?

—Sí...

—¿Es cómplice tuyo el capitán Salcedo?

—Sí...

—¿Es cómplice tuyo el bachiller Almansa?

—Sí...

De esta manera le hicieron declarar los nombres de nueve personas, las cuales fueron en seguida sepultadas en los calabozos de la cárcel, y sometidas al tormento, para que declarasen si pensaba sacar de la prisión al gobernador y si se hacían minas debajo de tierra. De esta suerte quedaron lisiados de las piernas y de los brazos, por las horribles torturas que les habían hecho sufrir, muchos de aquellos desgraciados.

Antón Bravo fué sacado de la cárcel al siguiente día; se le hizo montar sobre un burro, y en tal forma, desnudo de medio cuerpo arriba, fué paseado por las calles, para recibir cien azotes, á los gritos del pregonero que decía:

—¡Esta es la justicia que mandan hacer con los traidores!

Aracara que desde la prisión del paje no se había separado de noche ni de día de las paredes exteriores de la cárcel, sin que sus facciones se contrajesen ante los horribles insultos y brutales empujones de la soldadesca, siguió tras de Antón Bravo, secos los ojos, y como ensimismada.

Ya desde hacía días se la había prohibido que llevara la cena al gobernador, y este había perdido toda comunicación con sus amigos. Por fin, cuando soltaron á Antón Bravo, con las carnes destrozadas y sin poder valerse para dar un paso, Aracara lo recogió y lo llevó en brazos hasta casa de Salazar, donde quedaron ambos.

A pesar de sus infernales crímenes y atrocés persecuciones no gozaban momento de sosiego los bandidos que tenían aterrorizada la tierra. A fin de tener de su parte á los indios diéronles licencia á que matasen y comiesen á sus enemigos, con lo cual lograron que no se moviesen de los alrededores y les ayudasen en sus diabólicas fechorías. No por eso, sin embargo, podían darse por seguros. Los favorecedores de Alvar Núñez, mostrándose verdaderos héroes, promovían diarios motines y alborotos, que llenaban de espanto á los miserables tiranos, y alentados con el crecimiento de su número no se recataban ya de expresarse con valiente indignación.

Isabel veía á su padre de cada día más intranquilo, y así se lo hubo de comunicar á Chaves.

—¡Van á matar al gobernador—exclamó, pero yo le salvaré!

—¡Oh! ¿qué vas á hacer?—exclamó Isabel.

—No necesito de nadie más que á ti para realizar mi plan—respondió Chaves.

—¿Qué quieres que haga?—respondió la joven.—
¡Soy tu esclava! Dime que me arroje sobre mi padre y le mate, y lo haré.

—No: irás á tú casa, para no volver ya aquí.

—Iré.

—Ya en tu cuarto, medirás los pasos que hay desde allí al aposento en que yace el gobernador.

—Sí.

—Cogerás una lanza, un arcabuz, cualquier objeto pesado, y golpearás con ellos en el suelo, todos los días, á cada cuarto de hora.

—Sí.

—Estarás atenta, sin salir nunca de tu dormitorio, á un golpe que oírás debajo de tu cuarto, esto

será de noche; entonces correrás hacia el calabozo del gobernador; entretendrás á los guardianes, sin reparar en medios, hasta lograr que se salgan bien sea incitándoles á que te sigan á tu cuarto, pero que dejen libre el calabozo y no vean cómo Alvar Núñez se escapa por la mina...

—Sí... Sé la historia de Judith.

—Y que Dios nos proteja á todos. Si no vuelvo á verte hasta entonces, ya sabes todo lo que hay que hacer.

Tres días transcurrieron de esta suerte; al tercer día, abríase un agujero debajo del lecho de Alvar Núñez; aparecía una cabeza, arrastrábase por el suelo el alferez Chaves, y con profundo asombro del denodado joven, aparecía desierto el calabozo. No había nadie allí, ni en toda la casa, abandonada.

XXXVI

El aparecido

Durante aquellos tres días, sólo raras veces había salido de la mina Martín de Chaves, tan solo para respirar. Había oído los golpes dados en el dormitorio de Isabel; desde allí había minado veinte pasos hacia la derecha; había esperado la noche, y á las doce había dado la señal para que la joven acudiera; no le habían respondido, pero devorado por la impaciencia había querido salir de una vez de su ansiosa incertidumbre. Y no había encontrado á nadie.

¿Qué había sido de Isabel? ¿qué de Alvar Núñez?

Chaves, loco, frenético, recorrió toda la casa; no había nadie; había desaparecido también la guardia. Renunciando ya á la vida, que ya nada le importaba, en vez de ocultarse, se dirigió á la puerta, topándose allí con un fraile que acababa

de entrar y cuya presencia le llenó de asombro, pues jamás le había visto hasta entonces, y no podía explicarse su aparición. Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro enjuto y expresión enérgica, pero asaz envejecido.

—¿Qué buscáis aquí?—exclamó Chaves.

—Busco á Alvar Núñez.

—¿Al gobernador? No está ya.

—¿No está?—repuso el fraile con doloroso acento.—¡Por Dios Nuestro Señor, decidme entonces dónde he de buscarlo!

No sé... Lo habrán matado.

—¡Oh, yo os aseguro que no! ¡Dios no habrá de permitirlo! Es menester que yo le vea... ¡Busquemos, preguntemos! A mí me habían dicho que le tenían ahí preso...

—Sí; once meses le han tenido en ese negro calabozo, cargado de grillos y cadenas; desde la noche de S. Marcos del pasado año... He hecho yo solo una mina para sacarle, y acabo de salir á la tierra, y no le encuentro.

—Vayamos, vayamos en su busca, hijo mío.

—Como queráis. Si me ven, me matarán en seguida, pero yo no quiero ya la vida para nada.

—¿Qué decís? ¿Os matarán?

—Sí.

—Entonces, no puedo consentirlo. Iré solo... Perdonad...

—No; yo también quiero saber qué ha sido de Alvar Núñez y de otros.

—Pero ¿no hay en toda esa casa un disfraz con el que podáis ocultaros?

—No he visto nada... mas... tal vez lo hallaré... Esperad un momento.

Martín Chaves desapareció por la mina y se dirigió á la casa de Luis de Miranda; allí buscó, y dió con unos hábitos de clérigo, con los que hizo un envoltorio.

Reunido de nuevo con el desconocido fraile, echóse un manteo sobre los hombros, calóse una caperuza, se cubrió y salió de la casa en compañía del extraño visitante.

No pasaba nadie por las calles; era profunda la obscuridad, apenas disipada débilmente por el fulgor de las estrellas.

—¡Bajemos hasta el río!—dijo Chaves.

Continuaron su camino cuando al pasar por delante de la casa del capitán Salazar oyeron dolorosos gemidos, que salían de un cuarto cuya ventana se abría sobre la calle.

—¡Es Antón Bravo!—exclamó Chaves.

Detúvose, empinóse para mirar y vió á la mortecina luz de una candela á Antón Bravo y á Aracara.

Chaves, ya sin cuidado alguno por si llegaba á ser descubierto, le llamó.

Antón Bravo, sorprendido cesó de gemir, y Aracara, extrañada se acercó á la ventana.

—Niña, soy yo, Martín Chaves—exclamó el alférez.—Dónde está Isabel? ¿dónde está Alvar Núñez? He de saberlo.

—Voy á abriros; no hay nadie más que nosotros en la casa—respondió la india.—Salazar anda escondido.

Un momento después hallábanse reunidos los cuatro personajes.

He aquí lo que había ocurrido mientras Martín Chaves daba cima á su heroica cuanto inútil empresa.

La insostenible situación en que se hallaban los tiranos no podía ya prolongarse más. El pueblo se mostraba de cada día más hostil, y no se recataba ya, desafiando todos los peligros, á censurar y atacar á los usurpadores. Estos habían acabado por no salir de la empalizada que rodeaba las casas en que se habían aposentado, convertidas en una especie de fortaleza.

Arredrados ante aquellos crecientes escándalos y alborotos reuniéronse los oficiales, capitanes y religiosos en casa de Yrala, y después de acaloradas disputas convinieron en embarcar á Alvar Núñez para España, en compañía de Alonso Cabrera y el capitán Garci-Venegas. quedando en la tierra todos los demás comprometidos.

Para justificación de sus fechorías llevaban el veedor y el capitán gran número de denuncias de los oficiales contra el gobernador, capaces de perderle según la gravedad de los abusos que se le imputaban.

Como había sido incendiada la carabela, procedióse á reparar un bergantín, para hacer el viaje.

La noticia trascendió al momento, y llegó por conducto de Aracara, á oídos de Antón Bravo, postrado en cama en casa de Salazar de Espinosa.

—¡Se lo van á llevar y Alvar Núñez no podrá justificarse!—exclamó.—Eso no puede ser... Aracara... Es necesario que vayas esta noche á avisar á Juan de Herrera, el carpintero que está reparando el bergantín... Dile que venga cuanto antes... Es amigo fiel á toda prueba.

—Iré cuando me lo mandes.

—De vuelta del puerto, irás á ver al regidor Pedro de Molina, y le dirás te entregue los papeles que le dejamos yo y dos más; son informaciones contra los oficiales, que logramos llevarnos la noche del saqueo...

—Iré.

Cumplió puntualmente Aracara los encargos, y aquella misma noche tenía el carpintero en su poder legajos que le confiara Antón.

De regreso Juan de Herrera al puerto, echó mano á un robusto madero, de tres palmos de largo y palmo y medio de grueso, y con admirable habilidad comenzó á vaciarlo, ayudado por otro carpintero, también del partido de Alvar Núñez, aunque lo disimulara en extremo. Una vez ahuecado el madero, envolvieron los legajos en un encerado y clavaron el madero en la popa del bergantín, con seis clavos en la cabeza y el pie.

Sorprendido Cabrera de aquella operación hubo de preguntar á Herrera á qué venía clavar la pieza en la nave, y el carpintero respondió que había sido absolutamente necesario para fortificar el bergantín.

Ya en seguro los legajos, el carpintero se avistó

con un marinero, que era también de los amigos, y le confió el secreto, para que en llegando á España diese cuenta á los jueces de lo que iba contenido en el madero.

Al siguiente día, uno de los últimos de marzo de 1544, y al filo de media noche, Alvar Núñez se veía sorprendido por la irrupción en su calabozo de Alonso Cabrera y el factor Pedro Dorantes, que, seguidos de muchos arcabuceros con las mechas encendidas le tomaron por los brazos y le sacaron de la cama con los grillos, que jamás le habían quitado. á pesar de lo enfermo que estaba.

Así, salieron á la calle, y como Alvar Núñez, al cabo de once meses de encierro en el calabozo, contemplara las estrellas que brillaban en lo alto, exclamó:

—¡Ah! Dejadme dar gracias á Dios, que ha permitido volviera á ver el cielo, antes de morir.

Y diciendo esto hizo un esfuerzo para arrodillarse, en cuya actitud permaneció algunos minutos.

—¡Ea! ¡No estamos aquí para andarnos con melindres!—exclamó Garci-Venegas. Y dirigiéndose á dos ballesteros, continuó diciendo:

—Vosotros, coged á ese hombre, y llevadlo en brazos á embarcar.

Siguieron su camino los oficiales y la escolta, y Alvar Núñez, levantando la voz cuanto pudo, dijo:

—Señores, sed testigos que dejo por mi lugarteniente al capitán Juan Salazar de Espinosa, para que por mí, y en nombre de su majestad, provea lo que más servido sea.

Garci-Venegas, colérico al oír aquellas palabras, desnudó su puñal, y arremetiendo contra el pobre enfermo, flaco y tullido, gritó:

—¡No creo en tal, y si volvéis á mentar al rey, os saco el alma!

Alvar Núñez, sereno como los mártires delante de la muerte, repitió de nuevo las mismas palabras que había dicho.

Garci-Venegas fuera de sí, gritó:

—¡Ahora sí, que os doy de puñaladas!

Y se lanzó sobre Alvar Núñez con tal furia que

derribó al suelo á los dos ballesteros y con ellos á Alvar Núñez á quien dió una puñalada en la sien, aunque por fortuna, no pudo penetrar mucho la hoja, por haberle contenido el brazo algunos de los que le rodeaban.

—¡Corriendo! ¡corriendo al bergantín!—mandó Yrala, que con todos sus parciales se hallaba en la calle.

Ya en el barco, le llevaron á la popa, los carpinteros construyeron una alta barrera que le dejaba completamente aislado, asegurada la puerta de aquella con dos candados. De esta manera Alvar Núñez no podía comunicarse con nadie.

El bergantín se hizo al largo río abajo, y veinticuatro horas después, encontraba Chaves vacío el calabozo.

Iban en la nao con el gobernador y los dos oficiales, Isabel Venegas, los clérigos Miranda y Hernandez presos, y otras personas hasta el número de veintisiete, entre ellos dos criados suyos que el gobernador había solicitado para que le sirvieran en la travesía.

XXXVII

El anatema

A las nuevas que le había comunicado Aracara, dejóse caer abatido en tierra el alférez Chaves. Su compañero, el fraile llegado allí tan extrañamente exclamó:

—He de ver al gobernador, y lo veré. Iré en una canoa detrás del bergantín hasta alcanzarle: Dios me prestará su ayuda.

—Yo os seguiré—exclamó Chaves.—¡Vamos ya! Bajaron al río, pero nadie quiso aventurarse á salir á tales horas, y ni aun en pleno día, sin permiso del teniente de gobernador. En su consecuencia, retiráronse en la desierta casa de Luis

de Miranda. Chaves bajó á la mina, y la cegó ten un largo trecho, para que no pudieran ser sorprendidos si se descubría el agujero debajo de la cama que ocupara el gobernador en casa de Venegas.

Así transcurrieron largas horas, hasta que les llenó de sobresalto el ruido de los tambores que recorrían las calles pregónando un nuevo bando.

Reunidos Yrala, Cáceres y el factor, habían acordado prender al capitán Salazar de Espinosa y á Pedro Estopiñan Cabeza de Vaca, con amenaza de proceder contra cuantos osaran defender al gobernador.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, verdaderamente heroico, Antón Bravo fué á ver al regidor Medina para que le diera alguna noticia, si la sabía.

Medina le dijo:

—Los dos capitanes serán embarcados mañana en un bergantín, que irá río abajo hasta encontrar la nao en que va preso el gobernador y á la cual serán trasladados para que vayan también á España. Nada más os puedo decir.

Antón Bravo se apresuró á comunicar estas nuevas á Chaves, por conducto de Aracara, y volvió á salir.

—¡Dios me ha oído!—exclamó el fraile, perteneciente á la orden franciscana.—¡A todas costas lograré mi intento y volveré á ver á Alvar Núñez.

Chaves, en cambio, se hallaba en el colmo de la desesperación. Presentarse, era condenarse á muerte, ó cuando menos á prisión, de la cual le sería imposible salir. En un arrebató de desvarío profería las más terribles imprecaciones, pero el fraile, mirándole severamente, exclamó:

—Dudáis de la providencia de Dios, hijo, y se ve estáis poco acostumbrado á esperar... Joven sois, y no os faltarán medios para salir de aquí... Al fin y al cabo, sabéis dónde os halláis, y debe constaros que antes de tres ó cuatro meses podéis llegar á la costa del Brasil. Así he venido yo aquí, solo, como vinísteis vosotros, y así podréis hacerlo vos.

—¡Vuestras palabras me parecen un bálsamo divino, padre mío!—exclamó Chaves.

—Son las de un hombre que sabe lo que es la vida; y no desespera nunca de la protección de Dios, como no debe desesperar, á buen seguro, Alvar Nuñez.

—¿Es muy amigo vuestro, entonces?

—Más de lo que jamás pudierais figuraros... Once años hemos padecido juntos, en medio de los indios apelaches, sin saber jamás qué sería de nosotros, únicos supervivientes, con dos más de los seiscientos que partimos con Pánfilo de Narvaez á la jornada de la Florida.

—¡Ah! ¿Vos fuisteis uno de los cuatro que se salvaron?

—Sí... Todo lo perdí menos la vida... Me consagré á Dios, ya que no pude lograr la dicha que me esperaba al lado de la mujer á quien quería... Díome por muerto, y profesó... Cuando la volví á ver era ya esposa de Dios...

—Y ahora... ¿de dónde venís?

—De Mejico... Llegaron hasta allí noticias de que Alvar Nuñez había partido para la conquista del Plata, y no pude resistir el ansia de abrazarle. Pedí permiso para evangelizar en estas tierras, desembarqué en el puerto de Todos los Santos, y desde allí fuí en busca del río, para bajar á Buenos Aires, donde suponía encontraría al gobernador, pero unos religiosos á quienes encontré en Tugui, que volvían de la Asunción...

—Sí; el P. Armenta y otros...

—Los mismos; pues esos me dijeron que el gobernador se hallaba preso en esta ciudad, y que corría peligro su vida... Por eso me visteis en la prisión en que hasta entonces había gemido... pero, yo le veré!...

—¿Cómo lo alcanzaréis? ¡Imposible!

—Iré en el bergantín donde van los presos á reunirse con el que ya salió.

Antón Bravo, sin dar cuenta á nadie de lo que pensaba hacer, después de enterar á Aracara de las noticias que le diera el regidor, habíase en-

caminado á la cárcel y pedía le dejaran despedirse del capitán Salazar de Espinosa.

Accedieron los guardias y un momento después, penetraba el paje, doloridos los pies y todo él cubierto de mal cicatrizadas heridas en el calabozo.

El capitán Salazar le acogió con las mayores demostraciones de afecto, y dijo:

—Os doy gracias, Antón, por vuestro testimonio de dolencia.

—No, capitán—respondió el paje;—no me agradezcáis nada, porque no he venido á daros ningún consuelo, sino á acusaros.

—¿A mí? ¿Qué tenéis que decirme?

—He de deciros, que si vos no quisierais, el gobernador no fuera preso, ni menos pudieran sacarlo de esta tierra y llevarlo á Castilla: he de deciros, que, al presumir que con su partida ibais á quedar de lugarteniente, lo habéis disimulado todo...

—¡Miserable!... ¡eso osas decir!

—Es lo único que tenía que deciros. ¡Con Dios quedad!

El capitán rugió de rabia, pues cuanto le había dicho Antón Bravo era la pura verdad. Aquel hombre, dechado de hidalguía un tiempo, había dejado que se apoderase de él la ambición, y lo había olvidado todo por el afán de mando y de poder.

El P. Juan, que así se llamaba el fraile franciscano, compañero de Alvar Núñez, presentóse aquella tarde á Domingo de Yrala y le pidió le dejara embarcar en el bergantín que debía conducir á los otros presos, para acompañar á estos, y regresar luego á la Asunción. Apoyaba su petición en la necesidad de cumplir un voto que tenía hecho, y como diera á conocer su cualidad de misionero de Méjico y exhibiera una orden del virrey de Nueva España requiriendo á todos los oficiales de su majestad á que le prestaran asistencia otorgó el permiso.

Iba entretanto río abajo el bergantín que conducía preso y cargado de grillos al gobernador. Los oficiales andaban atareadísimos escribiendo los más

terribles cargos contra Alvar Núñez, en aquellos pliegos que hicieron firmar en blanco á los pobladores de la Ascensión, á raíz de la horrible fechoría de la prisión del gobernador. Los dos criados que este había solicitado para que le sirvieran de comer fueron bajados á los bancos, para que remasen.

Isabel, cuya desesperación era horrible, lloraba día y noche, aunque ocultando á su padre el motivo de sus lágrimas. Pensaba en que ya no volvería á ver más á aquel hombre á quien había comenzado por aborrecer de muerte para acabar por amarle más que á su vida; la inmensidad del mar y de la tierra les separaba para siempre.

Desde entonces la joven no pensó más que en velar por la suerte de Alvar Núñez. Haciendo un supremo esfuerzo para mostrarse tranquila, y aun risueña, logró que la dejaran acercarse al barreado recinto donde se hallaba aprisionado el gobernador, para ver si podría cruzar con él algunas palabras, así como visitar á los clérigos que iban presos en la cala.

Una noche, al subir desde el sollado á la cruzía detúvose al oír pronunciar el nombre del gobernador.

—A ti te toca—decía uno.

—Sí, ya lo sé; pero si quisieras tú encargarte, me quitarías de encima mucho peso.

—¿Eso te apena? ¡Valiente hazaña echarle rejalgar á un guisado?

—Di lo que quieras, pero no estoy hecho yo á esas cosas.

—Así irás aprendiendo. ¡No son pocos los jicarozos que yo he dado, y sin embargo, aquí me tienes, tan rollizo y tan ufano como un fraile de la Merced!

—Anda, Machin; encárgate tú.

—Duarte, no seas niño... Los hombres se han de acostumar á todo; además de que, ni sabemos qué día ha de ser, y ni siquiera si llegaremos á darle el rejalgar. El gobernador está tan malo, que tal vez se muera solo, sin necesidad de guisados.

Aquella conversación hizo estremecer á Isabel. Corrió de nuevo hacia donde yacía preso el clérigo Miranda y le dijo:

—Padre... he de preguntaros una cosa... Si á uno le dieran rejalgar, cómo podría salvarse?

—¡Me espantas, hija!—respondió el buen sacerdote.—¿Por qué me preguntas eso? ¿hay aquí alguien á quien quieran envenenar?

—No, padre; ha sido pura cavilación mía.

—Pues te diré, qué, por experiencia, me consta que no se conoce nada mejor, para librarse de la ponzoña, que beber aceite, en seguida, y mascar un pedazo de unicornio.

—Aceite no falta; pero ¿dónde encontrar lo otro que habéis dicho?

—¡Hija mía! ¡Dios me inspiró sin duda cuando se me ocurrió llevarme yo un buen trozo!

—¡Ah! ¡entonces, por caridad, dadme un pedazo!

—Pero ¿crees tú que nos van á dar ponzoña?

—No; á vosotros no, pero tal vez sí al gobernador.

—Entonces... ahí lo tienes.

Y Luis de Miranda puso en manos de la joven un pedazo de piedra amarillenta, que por su forma y sus pretendidas virtudes era equiparada al fabuloso cuerno del unicornio.

—Oh gracias, padre mío—exclamó Isabel.

Nadie hubo de extrañar de la vuelta de la joven al sollado, como tampoco de que, dirigiéndose al repostero del bergantín le pidiese una botija de aceite para la lámpara que tenía encendida en su cámara á la Virgen.

Al siguiente día, antes de romper el alba, Isabel se dirigía hacia la barrera que separaba la prisión de Alvar Núñez del resto de la cubierta, y le hacía señal de que atendiera.

—Alvar Núñez se fué á la borda, é Isabel hizo lo mismo, de manera que estaban á tocar, separados tan sólo por las tablas del improvisado tabique.

—Tomad—le dijo;—ahí tenéis aceite y este pedazo de piedra de unicornio. Todo es de temer... Si

por desgracia os sintierais enfermo y creyerais que os habían dado alguna cosa mala, bebed el aceite, poneos en la boca esta piedra, y sanaréis... Dios os guarde.

Pocas horas después, un vizcaino llamado Machin guisaba una tortilla de maíz para el gobernador y se la entregaba á Lopez Duarte, enviado á Castilla por Domingo de Yrala como procurador y agente suyo.

Apenas Alvar Núñez hubo de sentir, al corto rato de haber comido, violentos dolores de estómago, fuertes palpitaciones y un sabor como de ajos corrió á beber un poco de aceite, púsose en la boca la famosa piedra y no tardó en tener grandes vómitos, gracias á los cuales logró expulsar la ponzoña contenida en la comida.

Desde aquel día, repugnó en gran manera Alvar Núñez los alimentos que le traía Lope Duarte y guisaba Machin; dos veces más se sintió envenenado, hasta que á la tercera, manifestó resueltamente que si no dejaban guisar la comida á sus criados, y que estos se la trajesen, no probaría nada.

—¿Qué estáis diciendo ahí?—exclamó Alonso Cabrera. Tomaréis y comeréis de la mano que os lo dé, pues á nosotros no se nos importa nada que os muráis.

Alvar Núñez rechazó desde entonces todo lo que le traían, así estuvo varios días sin comer, hasta que, por fin, resignado á todo, aceptó lo que le traían, por haber convenido con Isabel, que esta, fingiendo un capricho, delante de su padre, cataría siempre los manjares que se le diesen.

Cuarenta días después llegaba el bergantín á la isla de San Gabriel, en el Paraná, cerca de su desembocadura en el Plata, y para descanso de la gente que llevaba bogando tanto tiempo, así como porque el barco había sufrido averías, acordóse que se procediera allí á su reparación, antes de salir al mar.

Tres días habían transcurrido cuando con asombro general el vigía anunció:—¡Vela al Norte!—

Todos acudieron, y pudieron ver que bajaba por el río otro bergantín, indudablemente uno de los que habían quedado en la Ascensión.

Ante el temor de que fuese á atacarles, para libertar al gobernador. Garci-Venegas dio la voz de alarma, y todos acudieron á cubierta con los arcabuces y ballestas que á prevención se habían embarcado.

Destacóse un esquife del bergantín que iba bajando, y se dirigió hacia la nave en que iba preso el gobernador, reconociendo entonces, con sorpresa, Garci-Venegas y sus cómplices, á un piloto llamado Martín de Ure, hechura de Yrala, y con él á los capitanes Estopiñan y Salazar y á un fraile á quien no recordaban haber visto nunca.

Atracó el esquife junto al bergantín, y subieron todos á bordo.

Martín de Ure, dirigiéndose al veedor le dijo: —De parte del señor lugarteniente Domingo de Yrala, del señor Felipe de Cáceres y del señor factor Pedro Dorantes, os entrego, presos, á esos dos capitanes, para que los conduzcáis á Castilla y allí se les castigue por los delitos que han cometido.

—¡Mentís bellaco! — exclamó Estopiñan. — Nosotros no hemos cometido más delito que ser fieles y leales al legítimo gobernador y al servicio del rey.

—¡Eh! ¡Tened la lengua! — gritó Cabrera, ó vive Dios que os arranco el alma.

—¡Me amenazáis porque no puedo defenderme, felón! — replicó Estopiñan.

—Bajadlos á la barra, y que les echen cepos! — dijo Garci-Venegas, dirigiéndose á unos marineros.

Cumplióse la orden y al pasar por delante de Isabel, palideció el capitán Salazar, saludándola con ceremoniosa cortesía, á lo que contestó la joven con una mirada de profunda tristeza, y tal vez de reprensión.

Garci-Venegas, entonces, como advirtiese la presencia del fraile preguntóle:

—¿Y vos, quién sois? ¿á qué habéis venido?

—He venido á que me dejéis ver á Alvar Núñez, y á que le pongáis en libertad.

—¡Estáis loco!—exclamaron el capitán Venegas y el veedor.

—¿Dónde está Alvar Núñez?—gritó con voz imperiosa el fraile.

—¡Vive Dios, que si no cerráis al punto la boca os voy á arrojar al río!—exclamó Garci-Venegas.

—¡Miserable! ¡Dí! ¿Dónde está Alvar Núñez?— Y sin esperar respuesta, gritó:—¡Alvar! ¡Alvar! ¡Hermano mío!

—¡Andrés de mi alma! ¡Andrés!—respondió en igual tono Alvar Núñez.

—El fraile intentó entonces acercarse á la barrera, pero le cerraron el paso Cabrera, Venegas y otros más.

—¡Dejádme! ¡quiero verle!—exclamó el fraile.— ¡Paso! ¡paso!

Era tan enérgica la entonación con que pronunció aquellas palabras, que los traidores se sintieron avasallados por la voz del fraile y le dejaron franquear la barrera, cuyos cerrojos descorrió él mismo.

Al ver Alvar Núñez al religioso se arrojó en sus brazos, y ambos se deshicieron en copioso llanto.

—¡Andrés! ¡Andrés!...

—¡Alvar!... ¡Pobre Alvar!...

No acertaban á decir más...

—Después de tantos años volvernos á ver... Gracias, gracias, Andrés Dorantes... Después de este gran consuelo que me has dado, moriré tan tranquilo como si hubiese Dios dispuesto de mi vida...

—Supe que habías vuelto á las Indias; te busqué en la Ascensión, y allí supe que acababan de llevarte preso... Dios ha querido sin embargo, que pudiéramos vernos antes de comparecer en su presencia...

—Ea, basta ya—exclamó Garci-Venegas, repuesto ya de su impresión.—Idos, idos... Nada tenéis que hacer aquí...

—No me iré sin llevarme á ese inocente víctima

de vuestra desapoderada codicia... ¡Entregadme en seguida á Alvar Núñez!

—¡Fuera de aquí, y por vuestra vida, no prosigáis escandalizando, pues lo vais á pasar mal!— exclamó Cabrera.

—¡Villanos! ¡Desprecio vuestras amenazas...! Soy tan hombre como vosotros, y he prestado al rey más servicios que todos los que aquí tenéis encarcelado al gobernador del Río de la Plata! ¡Vive Dios, que si los hábitos no me lo vedaran, y en vez de este rosario llevara un acero en el cinto, había de haceros morder á todos el polvo! Por tercera vez os requiero á que me entreguéis á Alvar Núñez.

—¡Ira de Dios!... ¡arrojadlo al río!—exclamó Cabrera.

—¿No queréis? Entonces, en nombre de Dios justo, en nombre de Dios que ha de premiar á los buenos y castigar á los malos, ¡anatema! ¡anatema! ¡anatema! sobre todos vosotros, siervos de iniquidad; ¡caiga sobre vosotros la maldición del cielo! ¡malditos! ¡malditos! ¡malditos!

Y volviéndose hacia donde yacía Alvar Núñez, gritaba:

—¡Adiós, Alvar! ¡adiós, hermano! ¡Bendígate Dios! ¡bendígate á ti y á cuantos te defiendan! ¡Llévete á salvamento, y perezcan los malvados que te atormentan!... ¡adiós! ¡adiós, hermano!

—¡Adiós, Andrés! ¡Adiós! ¡Que El te guarde!
La maldición del fraile llenó de espanto á la gente: Isabel cayó de rodillas, y al pasar fray Juan le miró con ademán suplicante. El fraile se detuvo, fijó en ella sus ojos con insistencia, y exclamó:

—¡Niña! ¡Bendígate el cielo! premie tu noble corazón, y te dé toda la felicidad que mereces!

En seguida, volviéndose al capitán Ure, que había contemplado aterrado aquella escena, le dijo con voz imperiosa:

—En nombre de Dios, y por orden del rey, volvedme á vuestro barco.

Nadie se atrevió á contradecir al fraile, que

pocos momentos después se hallaba á bordo del bergantín de Ure.

De vuelta este á la nave en que iba preso el gobernador, halló reunidos en el castillo de popa á Garci-Venegas, Pedro Dorantes, el veedor, que disputaban acaloradamente, pues querían matar á Alvar Núñez, y los demás se oponían á ello, amenazándoles con coserlos á puñaladas si se atrevían á hacerlo, pues se hallaban profundamente emocionados por los anatemas del franciscano.

—De todas maneras—dijo Dorantes,—estorban ya ese Paredes y ese fray Juan de Salazar; nos los llevamos para que nos favorecieran, y me temo que después de lo que han oído, no vayan á favorecer al gobernador.

—Igual presumo—respondió Cabrera.—Es necesario que nos desprendamos de ellos, y para no tener que arrojarles al agua, será lo mejor que Ure los vuelva á la Ascensión.

Puesto en conocimiento de lo dicho la resolución tomada respecto de ellos, rompieron en denuestos y dicerios, exclamando:

—¡Nos habéis traicionado! ¡por seguiros, según tantas veces nos suplicasteis que lo hiciéramos, vendimos á bajo precio nuestra hacienda, y ahora nos encontraremos sin casa, ni bienes... ¡Pobres de nosotros! ¡Desgraciada vida la que nos espera!...

—Basta ya... Idos al diablo, y que no vuelva á oíros—dijo el veedor.

Y á una señal suya, fueron bajados al esquiife, y desde allí trasladados al bergantín de Ure.

Una hora después, partían los dos buques haciendo contrario rumbo: el uno hacia la Ascensión; el otro hacia el mar.

XXXVIII

Miserere

Treinta y seis horas hacía que llevaba navegando el bergantín por las aguas del Plata cuando divisaron allá á lo lejos el dormido caserío de Buenos

Aires. cuya contemplación reavivó los inolvidables recuerdos que de su estancia allí conservaba Isabel... Allí había visto á Chaves; allí le había salvado de la muerte, ó tal vez, lo que era peor, de la esclavitud, arrancándole del poder de los indios... Allí había escuchado sus apasionadas palabras de amor y comprendido hasta qué extremo la quería...

Por fin salieron al mar, pero apenas hacía dos horas que habían perdido de vista la tierra, cuando comenzó á cubrirse el cielo de negras nubes, y no tardó en desencadenarse el furor de los elementos, con horrendísima violencia. Las olas, bariendo la cubierta del bergantín, inundaron rápidamente el buque, con lo cual se perdieron todos los víveres, y estuvieron á punto de perecer ahogados cuantos iban en la fragil nave.

Los marineros, espantados, atribuían la furiosa tormenta á las maldiciones del fraile, y proferían amenazas contra los que llevaban preso al gobernador. Isabel, por incomprensible excepción, era la única que parecía indiferente á los horrorosos peligros que á cada instante amenazaban con sepultar al bergantín en el abismo. Había bajado cada día á ver á Estopiñan y Espinosa en la barra, pero si prodigaba consuelos al primero, no tenía para el segundo más que palabras indiferentes; refugiada en aquel trance en su estrecha cámara, había rechazado la presencia del capitán Salazar, que, soltado, con su compañero, del cepo, pues corrían peligro de ahogarse por el agua, pretendía verla para infundirla valor en aquel supremo trance, y sin duda, asimismo para implorar su perdón.

Cuatro días transcurrieron de esta suerte, sin que cediese la tempestad; los clérigos á cada momento entonaban el «Miserere», coreado por los tripulantes; ya todos habían perdido la esperanza de salvación, y era unánime la creencia de que Dios les castigaba por el crimen que habían cometido. En esta convicción, y en medio de la tormenta que parecía ahora redoblar en furia, abrieron Garcí-Venegas y Cabrera la puerta de la barrera, de-

trás de la cual, y bajo una lona estaba recluído Alvar Núñez, y con asombro de este, arrodilláronse á sus pies.

—¡Perdón! ¡perdón!—exclamaron los dos miserables... ¡Confesamos el gravísimo delito que hemos cometido, pero aquí nos tenéis á vuestras plantas!

Y á pesar de la resistencia de Alvar Núñez, los dos traidores cubrieron de besos los pies del gobernador, hinchados por los grillos y la larguísima inmovilidad.

Alonso Cabrera, entonces, con una lima, le limó los hierros, y una vez quitadas las prisiones las arrojó al mar.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Dios es quien nos envía estos días de tormenta, por nuestros gravísimos pecados! ¡Interceded con él por nosotros! Venid, venid...

Y cogiendo al gobernador entre ambos lo sacaron de la popa, y le colocaron en medio de la cubierta, rodeado de cuantos iban en el bergantín.

—¡Señor gobernador! ¡Señor gobernador!—exclamó Alonso Cabrera... ¡Perdonadnos nuestros crímenes y delitos, ya que sois tan misericordioso y bueno! Yo confieso aquí, delante de todos, que yo y los demás os hemos hecho agravios y injusticias sin fin ni cuento...

—¡Señor gobernador! ¡señor gobernador!—dijo Garci-Venegas. Yo declaro ante todos que es falso de toda falsedad, y todo mentira, lo que han dicho y hemos dicho contra vos.

—Hemos jurado en falso más de dos mil veces para perderos, señor—continuó Cabrera;—hemos jurado por envidia y por malicia que de vos teníamos, pues en tres días habíais descubierto la tierra y los caminos de ella, y nosotros no habíamos podido hacerlo en doce años que estábamos allí...

—«¡Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!»—rezaban los clérigos Miranda y Hernandez, respondiendo á su voz el fragor del trueno...

—¡Perdón! ¡perdón, señor gobernador!—exclamaba Garci-Venegas.—Yo confieso que atenté con-

tra vuestra vida, haciendo os disparasen dos arcabuzazos, cuando fuimos á la guerra de los guaicurúes...

—Yo declaro que por tres veces os he hecho dar rejalgar en la comida... ¡Perdonadnos, señor gobernador!...

—«¡Miserere!»—contestaban los marineros á las palabras de los clérigos.

—Yo os ruego, por el amor de Dios, señor gobernador, decía Alonso Cabrera, que nos perdonéis y no deis aviso á su majestad de cómo os hemos preso...

—¡Yo os perdono, y que Dios os perdone!—respondió Alvar Núñez.

Como si aquellas palabras hubiesen sido un conjuro, amainó repentinamente el huracán; dejó de caer el agua y el cielo trocó su sombrío color por otro de suaves tintas, que en breve se trocaron de azul purísimo.

Los marineros maravillados, cayeron de rodillas, y uno de ellos, que sabía lo que había ocurrido á Alvar Núñez y á Andrés dorantes en su extraordinaria odisea desde el Atlántico al Pacífico, cuando el naufragio de la expedición de Pánfilo de Narváez decía:

—¡Era verdad lo que contaban! ¡Alvar Núñez hace milagros!

Ya desde entonces la navegación hubiera sido feliz, á no ser por la terrible hambre y la horrorosa sed que hubieron de pasar los que iban en el bergantín.

Lleno el barco de agua y destruídas las provisiones, habían podido salvarse á duras penas más que algunos sacos de harina de maíz, un poco de manteca y unos cuantos barriles de agua.

Las veintisiete personas que iban en el bergantín no podían tomar otro alimento que las repugnantes tortillas hechas con tales ingredientes, por lo cual los marineros se sublevaron, exigiendo que el barco tocase en la costa del Brasil ó bien fuese á recalar en la isla de Santo Domingo, pero á esto se negaron siempre los que mandaban.

—¿Cómo vamos á tocar en el Brasil ó en Santo Domingo, decían entre sí cuando nos van á tomar por hombres culpados,—como somos,—y creerán que nos venimos huyendo?

—Y creído esto, nos prenderán y harán justicia de nosotros, declarándonos alzados y alevés contra contra el rey... No; hay que pasar de largo, y gracias que al llegar á España no nos ahorquen.

Tres meses después de la salida de la Asunción llegaba el bergantín á Angra, en las Azores. Ya los foragidos, pasado el peligro, habían variado de parecer y volvían á dar malos tratos al gobernador, al par que disputaban violentamente sobre el partido que había que tomar.

Fondeado el bergantín en Angra, recibieron orden el capitán y los principales que en el barco iban de presentarse al corregidor, como así lo hicieron.

—Es preciso que, si podemos, lleguemos á España antes que Alvar Núñez de cuenta á su majestad de nuestros desacatos y delitos—dijo Cabrera.

—Ese es también mi parecer, ya que no habéis querido que le matésemos—contestó Garci-Venegas. Pero ¿cómo conseguirlo?

—Yo me encargo de que el corregidor lo haga así,—contestó Cabrera.

Ya en presencia de la autoridad portuguesa, el veedor, después de muchas zalemas, le dijo:

—Señor corregidor, lo que conviene al servicio de nuestro rey, es que prendáis luego á Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador del Río de la Plata, pues si bien en Castilla habrá de expiar los delitos que ha cometido en las Indias, antes los cometió en las islas de Cabo Verde, de su majestad portuguesa, doble robó, como perverso que es natural suyo, la tierra y el puerto.

El corregidor, con gesto desdeñoso, y expresión nada tranquilizadora, exclamó:

—¡Id allá, villanos! No es hombre mi rey para rebajarse á tan miserables venganzas, y no tiene sus puertos en tal dejadez que sea osado nadie á

robarlo. Conque así, salid pronto de mi presencia, y que no os vuelva á ver en mi presencia.

Los tres miserables salieron corridos del palacio, y una vez á bordo, resolvieron dejar á Alvar Núñez y los demás presos en un bergantín que fletaron, para salir dentro de algunos días, mientras ellos se hacían á la vela para desembarcar en Sevilla, donde pensaban hallar la corte, antes que el gobernador.

XXXIX

De las Indias á Castilla

Era la festividad de Santiago, y la villa de Madrid celebraba con inusitado regocijo la conmemoración del santo apóstol, ya que se encontraba allí la sacra cesárea majestad del emperador Carlos V.

Hablábase en la villa de la muerte del obispo de Cuenca, presidente del Consejo de Indias, que según trazas tenía deseo y voluntad de castigar duramente los desacatos hechos al gobernador, adelantado y capitán general del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por los oficiales de su majestad y algunos capitanes.

Comentábase lo que había ocurrido la víspera con el capitán Garci-Venegas, uno de los que habían traído preso al gobernador, al tener muerte tan desastrada y repentina, pues se le habían saltado los ojos de la cara, sin que los físicos hubieran podido dar explicación de tan extraña rareza, como no fuera que hubiera sido obra del demonio; y como si esto no fuera bastante, un oidor, que acababa de llegar de Loja había traído la noticia de que el veedor Alonso Cabrera, compañero de Garci-Venegas, había perdido el juicio, estando en Loja esperando la sustanciación del proceso, y desatinado había asesinado á su mujer.

Mas aun recordábase el fraile Bernardo de Armenta que había llegado tres meses antes para declarar contra el gobernador, había fallecido de

la mordedura de un perro rabioso, y que su compañero fray Antonio de Lebrón había aparecido una mañana cosido á puñaladas, sin haberse podido descubrir al asesino.

Tales eran los temas de conversación, no embargantes ciertamente de que en todas partes reinara la algazara más ruidosa, y de que, ante todo, se hiciera comento de la gran función de toros y cañas que debía celebrarse aquella tarde en honor á su majestad.

El capitán Garci-Venegas había sido enterrado al amanecer, y sólo habían acompañado sus restos al cementerio el gobernador Alvar Núñez y dos vecinos, compadecidos del desamparo en que quedara su hija, la bellísima Isabel, de quién aseguraban los que la habían visto, que no había en toda España hermosura que á la suya fuese comparable.

Si calurosa había sido la mañana, amenazaba la tarde con ser verdaderamente sofocante, pero esto no impidió que la villa entera abandonara la estrecha cárcel de los caserones y las casas en que habitaba para dirigirse al campo de S. Jerónimo á presenciar la soberbia fiesta.

Pero no tendría sin duda ganas ni lugar de concurrir á ellas un hidalgo, joven y apuesto, aunque asaz melancólico, que, con muestras de forastero y harto ignorante de las calles de Madrid, iba preguntando á escasos transeuntes, viejos y muchachos, con quienes se encontraba, por la plazuela de la villa, hasta que un mendigo, tullido al parecer, aunque bien pronto demostró poseer el perfecto uso de sus piernas, le acompañó hasta allí señalándole la casa de donde el día antes había sido sacado el cuerpo del capitán Garci-Venegas, aquel á quién se le habían saltado de súbito los ojos, creíase que por obra y gracia del demonio, noticia que pareció ocasionarle el más extremado sobresalto al hidalgo. Dió este un aldabonazo en la puerta y salió á abrirle una vieja dueña, no poco sorprendida al encontrarse de manos á boca con el apuesto hidalgo, cuando tal

vez esperara á algún clérigo gordinflón ó humilde fraile.

—¿Vive aquí el capitán Venegas? ¿Está su hija Isabel?—preguntó.

—Está su hija, pero el padre; Dios le tenga en su santa gloria! le enterraron ayer.

—¿Le enterraron? Entonces Isabel estará desconsoladísima...

—¿Y cómo no ha de estarlo? Pero ¿qué se os ofrece, señor hidalgo?

—He de ver á Isabel en seguida. Llevadme á ella...

—¡Eh! ¡Quieto hermano! ¿Se podrá saber quién sois?

—¡Por vida!... Os digo que he de ver corriendo á Isabel... y no sois vos quien me ha de hacer perder minuto.

Y dando un empujón á la vieja, penetró en el zaguán y subió á brincos la escalera gritando:

—¡Isabel! ¡Isabel!...

Apareció la joven en un rellano, y al ver al hidalgo, corrió hacia él, y arrojándose en sus brazos, comenzó á decir:

—¡Martín! ¡Martín de mi alma! ¡Ay Dios mío!... ¡Martín!...

La dueña se quedó viendo visiones, y creyó conveniente santiguarse ante tamaño escándalo. ¡Ver abrazados á la niña y á aquel mancebo, de quien no tenía la menor noticia! ¡Y qué abrazos, y qué besos!

—¡Dios de bondad!—exclamó por fin Isabel.— ¡Tú! ¡Eres tú! ¡Aquí!... ¡Dios mío!... ¿Sueño ó estoy en mi juicio?... ¡Martín!...

—Isabel... sí, yo soy; Dios ha sido misericordioso con nosotros... Después de tantas desgracias ha querido enviarnos un rayo de su luz... Sí, yo soy... el que dejaste en una mina de la Ascensión, bajo tierra... ¡Quince meses han transcurrido desde aquel día de tinieblas!...

—Pero... ¿cómo has podido llegar hasta aquí? ¡Te ha traído en sus alas algún ángel?

—No, pero casi pudiera decirte que así ha sido...

Al día siguiente de haber partido el bergantín que os condujo á España, llegó á la Ascensión, como si lo hubiera traído el cielo, un fraile llamado el P. Juan, compañero de Alvar Nuñez en la jornada de la Florida. Quiso verle, y le vió...

—Bien lo sé... ¡Aun resuenan sus anatemas en mi cabeza! ¡Por sus maldiciones ha muerto, sin duda, mi padre, tan desastradamente, y lo mismo el yeedor, loco, y parricida!

—¡Tristes nuevas las que me das! De regreso á la Ascensión, nos huímos al Brasil; allí esperamos que llegara el bergantín para saber qué había sido de Alvar Nuñez, pero, después de aguardar largo tiempo, nos convencimos de que habría naufragado, ó habría pasado de largo... No es menester que te dé cuenta de mi ansiedad horrible por si hubierais perecido... Ibamos con el P. Juan, el paje Antón Bravo y Aracara; bendijo el fraile su unión, y le siguieron á Méjico... Yo esperé un barco, y me embarqué en él... Llegamos á Angra, y supe noticias de vosotros; supe que vivías... ¡Cuánto me tardó el tiempo hasta llegar á Sevilla! Allí me informaron de que el gobernador y los que le habían traído preso se habían trasladado á Madrid, y corriendo aquí me vine... Llego, y me dicen que tu padre murió ayer... ¡Dios le haya perdonado!...

—Sí; eso es lo que tenemos que decir...

—Ya lo sabes todo; aquí estoy; ¿me quieres por esposo?

—¡Martín de mi alma! ¿Cuándo hubiera podido yo soñar con tanta dicha?

—No he acabado aún... Estoy cansado; aunque joven, he tenido ocasión de ver lo que es el mundo, y de aborrecerlo. ¡Vano humo de gloria! ¡vano fantasma de riqueza! Poca es mi hacienda, pero en mi pueblo no nos faltará qué comer. Si tu quisieras, nos iríamos á vivir allá, en mi rincón de Extremadura... olvidados de todos, pero eternamente juntos...

—¡Martín! ¡Me prometes el paraíso!

—No; te prometo tan sólo un amor que será igual hasta el día que entregue mi alma á Dios;

te prometo tan sólo una pobre casa, una vida exenta de afanes, y mucho rezar para los que necesitan las oraciones de los vivos á fin de que les sean perdonados sus grandes crímenes...

—¡Martín! ¡Tuya soy!... ¡Jamás hubiera podido ambicionar felicidad tan grande como la que se nos espera.

Dos meses después, quedaban unidos en perpetuo vínculo Martín de Chaves é Isabel Venegas, que se instalaban en la casa solariega del hidalgo, en Almendralejo.

El gobernador, adelantado y capitán general del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gloria purísima entre todos los conquistadores, permaneció ocho años preso en las cárceles de Madrid, que le fueron más pesados que los once años de cautiverio en el país de los apalaches, al cabo de los cuales fué declarado libre y quiso, pero no le devolvieron la gobernación, pues sus contrarios alegaron que si volvía á ella, querría y debería castigar á los culpables, y con ello se alborotaría la tierra. Y por este motivo se la quitaron, con todo lo demás, «sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en ir á socorrer y descubrir».

FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166, Barcelona

Sucursal: Espoz y Mina, 15, Madrid

Pesetas.

Abruzos, (Duque de los)—La Estrella Polar en el mar Artico. Lujosa obra de 725 páginas en dos tomos, con 250 ilustraciones, 2 panoramas y 3 mapas en colores de las regiones exploradas. En 18 cuadernos.	18
En rústica en dos tomos.	20
Lujosamente encuadernada en dos tomos.	25
Encuadernada en un tomo.	23 50
Juegos de tapas para un tomo.	2 75
Para encuadernar en dos.	3 75
Alarcón y Puyol.—Los Bandidos del amor ó El barranco de los cuervos. Dos tomos de cerca de 1000 páginas con láminas en color.	10
Alas, Leopoldo (<i>Clarín</i>).—El gallo de Sócrates.	1
— Nueva campaña.	2
— Ensayos y revistas.	2
— El siglo pasado.	2
— El Señor, y lo demás son cuentos.	2
Alexis, (Paul)—El fin de Lucía Pelegrin.	0 50
Alfaro, (Ibo)—Malditas sean las mujeres.	1
— Malditos sean los hombres.	1
— Malditas sean las suegras.	1
— Marina ó la hija de las olas.	1
— El hada de los mares.	1
— El Paraíso de las mujeres.	1
— El infierno de los hombres.	1
— El purgatorio de las solteras.	1
— Su majestad el amor.	1
— La hija de las flores.	1
Alles, (Juan)—Amor estéril.	1

	<u>Pesetas.</u>
Amicis, (Edmundo de) —España.	1
— Horas de recreo.	1
— La vida militar.	1
— La carroza di tutti, (2 tomos).	2
— Infortunios y amor.	2
— Combates y aventuras.	2
— Corazón.	3
Andersen. —Cuentos.	1
Argüello, (Santiago) —Viaje al país de la decadencia.	1
Arias Carvajal, (Pío) —Medicina de las familias y plantas medicinales (obra ilustrada).	2
Arrieta de Avila, (M.) —Prosa en verso.	1
Balmes, (Jaime) —Geografía general, con profusión de grabados y preciosos mapas en colores. Obra declarada de texto.	1
Balzac, (Honorato de) —El hijo maldito.	1
— Un crimen tenebroso.	1
— Fisiología del matrimonio.	1
— El corazón de un padre.	0 60
— La joven de los ojos de oro.	0 50
— El verdugo.	0 30
Bellemare. —Escenas de la vida mejicana.	0 60
Berned, (J. Adán) —Bautismo de Sangre.	0 30
Blasco, (Eduardo) —La esposa infiel. Dos tomos de 500 páginas con láminas en color.	10
Braddon, (M. E.) —La noche buena.	1
— La bandera roja.	1
— Casamiento al vapor.	1
— Miseria espléndida.	1
— Diavola.	1
— La hija de nadie.	1
— El secreto de lady Alicia.	1
— Lucha de razas.	1
— Roberto Godwin.	1
— Aurora.	1
— Publicanos y pecadores.	1
— La hija abandonada.	1
— ¡Desterrada!	1
— Mundo, demonio y carne.	1

	<u>Pesetas.</u>
Braddon, (M. E.)—El becerro de oro.	1
— Un viaje triste.	1
— Una mano oculta.	1
— Todo por el honor.	1
— Jugar con fuego.	1
— Corazón de bronce.	1
— La mujer privilegiada.	1
— Celos fatales.	1
— Vicio y virtud.	1
— La herencia de Carlota.	1
— Aves de rapiña.	1
Braemé, (Carlota M.)—Una lucha de amor.	1
— Dora.	1
— Azucena.	1
— Su único pecado.	1
— En su mañana de bodas.	1
— Invencible amor.	1
— La condesa de Cradoc.	1
— Casada con dos maridos.	1
— El secreto de lady Muriel.	1
— Los diamantes Ducie.	1
— Una historia de amor.	1
— Una víctima del gran mundo.	1
— En el crisol del amor.	1
— Juez y parte.	1
— De las tinieblas á la luz.	1
— Historia de un velo negro.	1
— Luchas del corazón.	1
— La expiación de un pecado.	1
— Un matrimonio desgraciado.	1
— El secreto del duque.	1
— La mártir del hogar.	1
— La niña mimada.	1
— La novela de una niña.	1
— La tentación de una mujer.	1
— Un casamiento desigual.	1
— Amores sublimes.	1
— A vida ó muerte.	1
— Locura de amor.	1

	<u>Pesetas.</u>
Braemó, (Carlota M.)—Corazón de oro.	1
— Arrepentimiento tardío.	1
— Rosas y espinas.	1
— La moderna Cenicienta.	1
— Caminos de oro.	1
— Los amores de Claribell.	1
— La venganza de una mujer.	1
— La estrella de amor.	1
— El castigo de una madre.	1
— Amor sin igual.	1
— Un corazón destrozado.	1
— Entre dos pecados.	1
— El anillo de bodas, roto.	1
— Sueños del corazón.	1
— Más débil que una mujer.	1
— El misterio del bosque.	1
— Redimida por amor.	1
— Las almas enamoradas.	1
— Una herencia misteriosa.	1
— El orgullo de lady Diana.	1
— El amor y el interés.	1
— Los amores de Juana.	1
— El último amor.	1
— El nido de Cupido.	1
— Un corazón muerto.	1
— Dos besos.	1
— El corazón de un padre.	1
— Dramas de amor.	1
— Cesarina.	1
— Sueños de amor.	1
— El lirio fatal.	1
— Un casamiento en el mar.	1
— Los diamantes de la duquesa.	1
— Espinas de una rosa.	1
— Un deber fatal.	1
— El triunfo del amor.	1
— Un juramento falso.	1
— El secreto de lady Muriel.	1
— Su único amor.	1
— Una belleza fatal.	1

	<u>Pesetas.</u>
Braemé, (Carlota de) —Luchas de amor.	1
— La hija del príncipe Carlos.	1
— Los votos de Irene.	1
— Los amores de una mujer.	1
— Un pecado oculto.	1
— Vivir para amar.	1
— Un amargo despertar.	1
— A toda costa.	1
— Entre dos amores.	1
— Una amarga expiación.	1
— La locura de Evelina.	1
— ¡Maldito!	1
— La mujer de un jugador.	1
— El divorcio de lady Castlemaine.	1
— Un crimen misterioso.	1
— La pupila de un actor.	1
— Luz y rosas.	1
— La conquista de una coqueta.	1
— La expiación de un conde.	1
— La nueva Magdalena.	1
— Las dos rivales.	1
— La lucha por el derecho.	1
— Margarita.	1
— ¡Si amor fuese amor!	1
— Los peligros de la belleza.	1
— Un gran misterio.	1
— La reina de los lirios.	1
— Las locuras de Hilario.	1
— Dafne Vernou.	1
— El error de una mujer.	1
— Violante.	1
— El amante de Madolina.	1
— A través del mundo.	1
— Los celos de una mujer.	1
— La lucha por un anillo.	1
— Andrea.	1
— El primer amor.	1
— El orgullo de una raza.	1
— Horas crueles.	1
— Perdón imposible.	1

	Pesetas.
Braemé, (Carlota de) —La bella Flora.	1
— La ambición de una mujer.	1
— Más allá del misterio.	1
— El veredicto de la sociedad.	1
— La abnegación de un amante.	1
— Nobleza y miseria.	1
— Sueños de oro.	1
— Un terror oculto.	1
— Todo lo puede el amor.	1
— Risas y lágrimas.	1
— Una esposa modelo.	1
— Los dos Ricardos.	1
— El pecado de una madre.	1
— Espinas en el corazón.	1
Barbará. —El asesinato del Puente Rojo.	1
— La justiciera de sí misma.	0 50
Belot, (A.) —La señorita Giraud, mi mujer.	1
— El secreto terrible.	1
Bernard, (Carlos) —La piel del león.	0 50
— La inocencia de un presidiario.	0 50
— La mujer de cuarenta años.	0 50
Biorson, (B.) —Las sendas de Dios.	0 50
Blanco-Belmonte, (M. R.) —La poesía en el mundo. Obra ilustrada.	2
Boccacio. —Los cien cuentos de (4 tomos).	4
Bodin, (Carlos) —El monstruo.	0 50
Bray y Sempau. —El capitán Dreyfus. Proceso y rehabilitación (2 tomos).	2
Burgos, (Carmen de) —Por Europa. Un tomo de 506 páginas con 234 ilustraciones.	4
Burguete, (Ricardo) —¡La Guerra!—Cuba. (Diario de un testigo).	1
— ¡La Guerra!—Filipinas. (Memorias de un herido).	1
— Corsarios y piratas.	2
Byron, (Lord) —Don Juan. Obra ilustrada.	4
Briot, (Carlos) —Tratado de álgebra superior. Conforme á los programas oficiales.	2
Calcagno, (Francisco) —Historia de un muerto. (Ilustrada con ocho láminas).	1

Pesetas

Carrillo, (Alvaro)—Hija, esposa y madre. Dos tomos de 500 páginas con láminas en color.	10
Castellanos, (Julián)—Los ratas.	1
Cavia (<i>Sobaquillo</i>), (Mariano de)—Salpicón.	2
— Azotes y galeras.	2
— De pitón á pitón.	2
Estos tres tomos están profusamente ilustrados por Angel Pons.	
Cervantes, (Miguel de)—Don Quijote de la Mancha (2 tomos).	2
— Las mujeres del Quijote.	2
Climent y Orts, (Tomás)—El rey de los cocineros. Novísimo arte de cocina: contiene 650 fórmulas y un Tratado de pastelería.	1
Colet, (Louise)—Los niños célebres.	1
Conscience, (Enrique)—La tumba de hierro.	1
— El avaro.	0 50
Conway, (Hugo)—¡Misterio!	1
— Un secreto de familia.	1
— Sin madre.	1
— El secreto de la nieve.	1
— Confusión.	1
— La casa roja.	1
— Un pecado capital.	1
— Herido por un rayo.	1
— Días sombríos.	1
Copée, (y otros).—Amores adúlteros.	0 75
Chateaubriand, (Vizconde — Atalá. — René.	
— El último abencerraje. (Tres novelas).	1
Chaves, (A. R.)—La Corte de los Phelipes.	2
Cherbuliez, (Víctor)—Negros y rojos.	1
— La aventura de Ladislao Bolski.	1
— El novio de la señorita Saint-Maur.	1
D'Annunzio, (Gabriel)—El triunfo de la muerte. (Dos tomos).	2
— El placer. (Dos tomos).	2
— El fuego. (Dos tomos).	2
— Las vírgenes de las rocas.	1
— El inocente.	1
Darío, (Rubens)—Los raros.	2

	<u>Pesetas</u>
Díaz de Escobar, (Narciso)—Cantares.	0 30
Dicenta, (Joaquín)—Traperías.	2
— Tinta negra, con ilustraciones de Muñoz Lucena.	2
Dante.—La divina comedia. Obra ilustrada y elegantemente encuadernada.	4
Daudet, (Alfonso)—Tartarín de Tarascón.	1
— Fromont y Risler. (Obra premiada por la Academia francesa).	1
— Poquita cosa.	1
— Jack. (Dos tomos).	2
— El nabab. (Dos tomos).	2
— El académico.	2
— Los reyes en la emigración.	1
Daudet, (Ernesto)—Noche trágica.	0 50
— El crimen de Juan Malory.	1
Diderot, (Dionisio)—La monja.	1
Delclós y Ragón, (Emilio)—Libro de cuentas ajustadas.	1
Delgado, (Jacinto M. ^a)—Adiciones á la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.	1
Dostoyewski, (Fedoro)—El jugador y las noches blancas.	1
— Los presidios de Siberia.	1
— Crimen y castigo. (Dos tomos).	2
Dreyfus, (Alfredo)—Cinco años de mi vida. Obra ilustrada con numerosos fotograbados.	1
Droz, (Gustavo)—Papá, mamá y el niño.	1
Dumas, (Alejandro)—El conde de Montecristo. (Dos tomos).	6
— Los mil y un fantasmas.	0 50
— Los tres mosqueteros. (Dos tomos).	2
— Veinte años después. (Dos tomos).	2
— El vizconde de Bragelone. (Seis tomos).	6
— Viaje á Suiza.	0 60
— Don Pedro el cruel.	0 30
— Los caballeros de Sierra Morena.	0 30
Camp, (Máximo)—Memorias de un suicida.	1
Cotoin, (J.)—Las iniquidades de un Czar.	1

	<u>Pesetas</u>
Eça de Queiroz, (José María) —La reliquia.	1
— La Ciudad y las Sierras.	1
— El primo Basilio. (2 tomos).	2
— Los Maias. (Tres tomos).	3
Enseñat, (Juan B.) —Los amores de Catalina de Médicis.	1
— Los infiernos de París.	1
— La pasión carnal.	1
Fereal, (M. V. de) —Misterios de la Inquisición de España. (Obra ilustrada).	3
Feuillet. —Un matrimonio del gran mundo.	1
— Honor de artista.	1
— Diario de una mujer.	0 50
— Historia de un joven pobre.	0 60
— La muerta.	1
Féval, (Paul) —Los compañeros del silencio. (Dos tomos).	2
— La fábrica de crímenes. Novela espantosa 7,300 víctimas.	2
Fischer-Dückelmann, (Ana) —La Mujer, médico del hogar. Obra de 850 páginas, con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color. Premiada con gran medalla de oro. Lujosamente encuadernada.	30
Flaubert, (Gustavo) —Salambó.	1
— La señora de Bovary. (Dos tomos).	2
— Las tentaciones de San Antonio.	1
France, (Anatole) —El olmo del paseo.	2
— El maniquí de mimbre.	2
— El titiritero de la virgen.	0 75
Frfas, (Heriberto) —Leyendas históricas mexicanas. (Obra ilustrada).	2
Frontaura, (Carlos) —Documentos humanos, con dibujos de Angel Pons.	2
Farnés, (J. M.) —Los desterrados, 2 tomos.	2
Galland, (Antonio) —Las mil y una noches. (Obra ilustrada).	2 50
— Los mil y un días. (Obra ilustrada).	3
Gautier, (Teófilo) —La señorita de Maupín.	1
— El vellocino de oro.	1

Gautier, (Teófilo) —El capitán Estruendo. Con 40 láminas de G. Doré, ricamente encuadrada.	10
Girón, (R. B.) —Dramas argentinos ó los crímenes de los celos.	1
Godo, (Francisco Javier) —Musolino. (Su vida y proceso). Obra ilustrada.	1
Goethe. —Fausto.	0 60
Gómez Carrillo, (E.) —El alma encantadora de París.	1
Goncourt, (Edmundo y J. de) —Sor Filomena.	1
Gorki, (Máximo) —Los vagabundos.	1
— En la estepa.	1
— Los degenerados.	1
— Caín y Artemio.	1
— Tomás Gordeief.	1
— Los tres.	1
— La angustia.	1
— El matrimonio Orlof.	0 50
Grenville Murray. —Viuda ó casada.	0 50
Guerrazzi, (Francisco Domingo) — Beatriz Cénci. (Dos tomos).	2
Guerrero, (Rafael) —Crónica de la guerra de Cuba y Filipinas. Cinco tomos ilustrados con más de 2,000 grabados.	20
— Crónica de la guerra del Riff.	2
Gourmont, (Remy de) —La física del amor.	2
Guzzoni, (Félix) —La hija del Cardenal. Novela histórica con profusión de ilustraciones.	3
Helen-Keller. —Historia de mi vida.—Sorda, muda, ciega.	2
Hoffman. —Cuentos fantásticos.	1
Holiday, (Guillermo) —La reina Mab.	1
— La cabeza de la bruja.	1
Houssaye, (Arsenio) —El contrato del diablo.	1
— Las lágrimas de Juana.	1
— Señoritas fáciles.	1
Hugo, (Víctor) —Los Miserables, 2 tomos.	6
— Los trabajadores del mar. (Dos tomos).	2
— Noventa y tres. (Dos tomos).	2

	Pesetas
Hugo, (V́ctor)—Un reo de muerte.	0 30
— Nuestra Señora de París. (Dos tomos).	2
— El hombre que ríe. (Dos tomos).	2
— Han de Islandia ó el hombre fiero. (Dos tomos).	2
Ibsen, (Enrique)—Los espectros.	1
Invernizio, (Carolina)—Los misterios de Florencia, 4 tomos.	
— 1.º La huérfana de la Judería.	1
— 2.º Pasiones y delitos.	1
— 3.º El espectro del pasado.	1
— 4.º Los amores de Marcelo.	1
— La mujer fatal. (Dos tomos).	2
— Corazón de madre. (Dos tomos).	2
— La sepultada viva. (Dos tomos).	2
— Rina ó el ángel de los Alpes. (Dos tomos).	2
— El beso de una muerta.	1
— La venganza de una loca. (Segunda parte de El beso de una muerta).	1
— El crimen de la condesa.	1
— El resucitado. (Segunda parte de El crimen de la condesa).	1
— Las hijas de la duquesa.	1
— El ermitaño. (Segunda parte de Las hijas de la duquesa).	1
— La maldita.	1
— El hijo del ahorcado. (Segunda parte de La maldita).	1
— Paraíso é infierno.	1
— El último beso.	1
— El genio del mal.	1
— El secreto de un bandido.	1
— La lucha por el amor.	1
— Las víctimas del amor.	1
— Las tragedias de los celos (4 tomos).	
— 1.º Dora.	1
— 2.º Los martirios del amor.	1
— 3.º El cofre misterioso.	1
— 4.º El castigo de un malvado.	1

	Pesetas
Invernizio, (Carolina) —La pecadora.	1
— Corazón de obrero. (Dos tomos).	2
— Aventurera. (Dos tomos).	2
— Heroísmo de una mujer. (Segunda parte de Aventurera).	1
— Al borde del abismo.	1
— Lazo funesto. (Segunda parte de Al borde del abismo).	1
— Cadena eterna. (Cuatro tomos).	
— 1. ^ª La boda trágica.	1
— 2. ^ª La hija del cementerio.	1
— 3. ^ª Hija sin padres.	1
— 4. ^ª El triunfo de la inocencia.	1
— La reina del mercado. (Dos tomos).	2
— Amor triunfante. (Segunda parte de La reina del mercado).	1
— Misterios del crimen. (Cuatro tomos).	
— 1. ^ª Satanela.	1
— 2. ^ª La mano de la muerta.	1
— 3. ^ª El suplicio de la inocencia.	1
— 4. ^ª Justicia divina.	1
Isaacs, (Jorge) —María (novela americana).	1
Jacolliot. —El crimen del Molino de Usor.	1
— Magdalena la mendiga.	1
— Un drama sangriento.	0 50
Janín, (Julio) —El asno muerto.	0 50
J. B. (V.) —Novísimo diccionario santoral, ó nomenclator de todos los santos.	1
Kock, (Ch Paúl) —El prado de amapolas.	1
Laboulaye, (Eduardo) —Hitoria popular de los Estados Unidos. Dos tomos, con numerosos grabados, encuadernados en uno.	10
Lamartine, (Alfonso de) —Rafael.—Graziella. (Dos novelas juntas).	1
— El manuscrito de mi madre.	1
Laserna, (José de) —Prosa ligera, con ilustraciones de Angel Pons.	2
Lamennais. —Palabras de un creyente y el libro del pueblo.	0 30
Latino, (Anibal) —Lejos del terruño.	2

	<u>Pesetas</u>
León Pagano, (José) —A través de la España literaria (obra ilustrada). Dos tomos.	4.
López del Arco. —Sor María de las Nieves.	1
— Historia de España. En cartoné.	1
— Las ciencias y las artes al alcance de los niños. En cartoné.	1
López Bago, (Eduardo) —La torería.—Luis Martínez, el espada.	2
Martínez Barrionuevo. —Sevilla famosa.	2
— Fin de una raza.	2
L'isle-Adam. —El secreto del cadalso.	0 50
Mármol, (José) —Amalia. (Dos tomos).	2
Maupassant, (Guy de) —Los domingos de un burgués en París.	2
— Antón.	2
— El señor Parent.	2
— Las hermanas Rondoli.	2
— El doncel de la señora Husson.	2
— Rollo de Manteca.	2
— Claror de Luna.	2
— El Horla.	2
— Cuentos del día y de la noche.	2
<i>Las obras de Maupassant, que anteceden, van ilustradas</i>	
— Las termas de Monte Oriol.	2
— Una vida.	2
— El buen mozo. (Dos tomos).	2
— La señorita Perla.	1
— La criada de la granja.	1
— Berta.	1
— Bajo el sol de Africa.	1
— El testamento.	1
— La loca.	1
— La abandonada.	1
— Miss Harriet.	1
— Inútil belleza.	1
— El suicidio del cura.	1
— Madre y celestina.	0 75
Mastriani, (Francisco) —La ciega de Sorrento. Novela profusamente ilustrada.	1 50

	<u>Pesetas</u>
Matoses, (Manuel) —Danza de monos, con ilustraciones de Angel Pons.	2
Mauclair, (Camilo) —El Oriente virgen.	2
— Las madres sociales.	2
Mary, (Julio) —Un matrimonio de confianza.	1
Mendes, (Cátulo) —Amor que ríe y amor que llora.	1
— La cama encantada.	1
— Historia sin camisa.	1
— La señorita de oro.	0 75
— La virtud en la deshonra.	0 75
— La pequeña emperatriz.	0 75
Merejkeoswki, (Dmitri) —La muerte de los dioses. (Novela de Juliano el Apóstata). Dos tomos.	2
Merimée, (P.) —Las ánimas del purgatorio.	0 50
Milton. —El paraíso perdido. Obra ilustrada y elegantemente encuadernada.	4
Millán, (Camilo) —Un drama del siglo XXI.	1
Millan, (Pascual) —Corazón y brazo, con ilustraciones de los mejores artistas.	2
Mirbeau, (O.) —El jardín de los suplicios.	1
— Memorias de una doncella.	1
Molénes, (Paul) —La comedianta.	0 50
— Los sufrimientos de un húsar. Obra ilustrada.	0 50
Morris, (G.) —Noticias de ninguna parte.	1
Moreno Cebada, (Emilio) —Las herejías. Contiene todos los cismas y errores de todos los siglos. Cuatro tomos voluminosos en rústica.	10
Encuadernados en tela.	15
Müller, (T.) —Novísimo Diccionario Universal de Agricultura. Tres tomos, con más de diez mil grabados y encuadernados en pasta española.	65
Murger, (Enrique) —Escenas de la vida bohemía. Versión castellana completa de Rafael Ruiz López.	1
— Un crimen infame.	0 50
Musset, (Alfredo de) —Dos queridas.	0 75

	Pesetas
Soulié, (Federico)—Un sueño de amor.	0 50
— El maestro de escuela.	0 50
Souvestre, (Emilio)—Los pecados de la juventud.	0 75
Stevenson, (Roberto Luis)—El tesoro del pirata.	1
Suárez Casañ, (V.)—Historia de doce mujeres. Doce primorosas novelas juntas encuadernadas en tela, en un tomo.	6
Sué, (Eugenio)—Los misterios de París, (dos tomos con ilustraciones).	6
— El Judío errante, (dos tomos con ilustraciones).	6
— La salamandra.	1
— Kernock el pirata.	0 30
Tapia, (Luis Gonzaga)—Ultimo y completo alivio del párroco. Cinco volúmenes de más de 500 páginas cada uno, primorosamente encuadernados.	15
— El estudiante católico. Un hermoso tomo de 584 páginas encuadernado en tela con plancha dorada.	3
Terrail, (Ponson du)—La juventud de Enrique IV, 8 tomos.	
— 1.º La hermosa platera.	1
— 2.º La favorita del rey de Navarra.	1
— 3.º Los amores de la bella Nancy.	1
— 4.º Los juramentados.	1
— 5.º Enrique y Margarita.	1
— 6.º La noche de San Bartolomé.	1
— 7.º La reina de las barricadas.	1
— 8.º El regicida.	1
Aventuras de Enrique IV, 2 tomos.	
— 1.º Galaor el Hermoso.	1
— 2.º La traición del mariscal Birón.	1
Los ladrones del gran mundo 7 tomos.	
— 1.º Cartahut ó el Buque Fantasma.	1
— 2.º El misterio del pasaje del Sol.	1
— 3.º El señor de la montaña.	1
— 4.º El sacrificio de Juana.	1

	<u>Pesetas</u>
— 5.º Mousseline la vengadora.	1
— 6.º Las celadas de Olimpia.	1
— 7.º El desaffo de amor.	1
— El herrero del convento. (Dos tomos).	2
— Los amores de Aurora. (Dos tomos).	2
— La justicia de los gitanos. (Dos tomos).	2
— El paje Flor de Mayo.	1
— La herencia de un cómico.	0 50

Colección completa de Rocambole

Los dramas de París, 5 tomos.	
— 1.º La herencia misteriosa.	1
— 2.º Sor Luisa, la hermana de la Caridad.	1
— 3.º Club de los Explotadores.	1
— 4.º Turquesa la Pecadora.	1
— 5.º El conde de Artoff.	1
Hazafias de Rocambole, 4 tomos.	
— 1.º Carmen la Gitana.	1
— 2.º La condesa de Artoff.	1
— 3.º La muerte del salvaje.	1
— 4.º La venganza de Bacará.	1
El manuscrito del dominó, 4 tomos.	
— 1.º Los caballeros del Claro de Luna.	1
— 2.º La vuelta del presidiario.	1
— 3.º Testamento del Grano de Sal	1
— 4.º Daniela.	1
La resurrección de Rocambole, 5 t.	
— 1.º El presidio de Tolón.	1
— 2.º La cárcel de mujeres.	1
— 3.º La posada maldita.	1
— 4.º La casa de locos.	1
— 5.º ¡Redención!	1
La última palabra de Rocambole, 7 t.	
— 1.º La Taberna de la Sangre.	1
— 2.º Los estranguladores.	1
— 3.º Historia de un crimen.	1
— 4.º Los millones de la gitana.	1
— 5.º La hermosa jardinera.	1
— 6.º Un drama en la India.	1

	<u>Pesetas</u>
— 7. ^o Los tesoros del rajah.	1
Las miserias de Londres, 5 tomos.	
— 1. ^o La maestra de párvulos.	1
— 2. ^o El niño perdido.	1
— 3. ^o La jaula de los pájaros.	1
— 4. ^o El cementerio de los ajusticiados.	1
— 5. ^o La señorita Elena.	1
Las demoliciones de París, 2 tomos.	
— 1. ^o Los amores del Limosino.	1
— 2. ^o La prisión de Rocambole.	1
La cuerda del ahorcado, 2 tomos.	
— 1. ^o El loco de Bedlán.	1
— 2. ^o El hombre Gris.	1
La vuelta de Rocambole, 4 tomos.	
— 1. ^o El compadre Vulcano.	1
— 2. ^o Una sociedad anónima.	1
— 3. ^o Los amores de una española.	1
— 4. ^o La venganza de Rocambole.	1
— Las tragedias del matrimonio. (Dos tomos).	2
— Los dramas sangrientos. (Dos tomos).	2
Tikovara, (Hesibo) —La guerra ruso-japonesa.	
— Port Arthur.	2
— Del Yalú á Mukden.	2
— De Mukden á la paz.	2
Tinsau, (León de) —Culpas ajenas.	2
— Hacia el ideal.	2
Tokutomi, (Kenjiro) —Nami-ko. Novela japonesa.	2
Tolstoy, (León) —La guerra y la paz, 3 tomos.	3
— Ana Karenine. (Dos tomos).	2
— Resurrección. (Dos tomos).	2
— El matrimonio.	1
— Placeres viciosos.	1
— La esclavitud moderna.	1
— La verdadera vida.	1
— La sonata de Kreutzer.	1
— Los cosacos.—Imitaciones.	1
— Amor y libertad.	1
— ¿Qué es el Arte?	1







